BOLETIN de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

ENERO-DICIEMBRE 1974

AÑO XLIII - NÚMERO 94

DEPÓSITO LEGAL:
CO - 27-1959

Tipografía Artística. - San Alvaro, 1. - Teléfono 221040. - Córdoba

SUMARIO

		Páginas
I.	Retrato de Don Juan Valera y Alcala Galiano ...	3
II.	Cartas familiares de Juan Valera, por Mr. Cyrus Decoster	5
III.	Genealogia de los Valeras. Estudio sobre la genealogía cordobesa de Eamon de Valera, Jefe de Estado de Irlanda, por Don Gregorio Sánchez Mohedano	27
IV.	En el centenario de la novela de Pepita Jimenez, por Don José Valverde Madrid	35
V.	Tres cartas ineditas de Don Juan Valera, por Don Rafael Gracia Boix	41
VI.	Vidas paralelas, por Juan Gómez Crespo	49
VII.	Miscelaneas valerianas	
	a). *Juicios críticos en el 150 aniversario del nacimiento de Don Juan Valera, por Paco Carmona*	57
	b). *Contribución a una moderna bibliografía de Valera*, por Don Antonio Moreno Hurtado	61
	c). *El sepulcro de Pepita Jiménez*, por Doña Matilde Galera de Reina	64
	d). Conferencia de Doña Matilde Galera sobre el tema: "*Don Juan Valera y su Obra*"	68
	e). En la Real Academia de Córdoba. *Sesión conmemorativa de la obra "Pepita Jiménez"*	73
	f). *La agricultura y Valera*, por Don Bernardo V. Carande	76
	g). *El talante filosófico de Valera*, por Don Angel Rodríguez Bachiller	78
	h). *Sesenta aniversario de la muerte de Don Juan Valera*, por P. C.	80
	i). *Don Juan Valera torna a su tierra*, por Don Juan Infante Galán	94
	j). *Don Juan Valera, en la feria de abril de 1851*, por Don J. Valera	95
	k). *Del testamento de Don Juan Valera*, por Don Julián García	97
	l). *Testamento de la viuda de Valera*, por Don Julián García García	99
	m). *Valera orientalista*, por Don Rafael Castejón	101
VIII.	Cronica academica	103
IX.	Historia de la Casa de Priego, de autor anónimo, páginas separatas desde 9 a 42.	

El Director responsable de esta publicación es el de la Academia, asesorado por el Consejo de Redacción, formado por la Junta Rectora de la misma.

Este Boletín sólo refleja actividades de la propia Academia, no tiene publicidad comercial y su presupuesto se cubre con subvenciones oficiales del Estado, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Diputación Provincial y Ayuntamiento de Córdoba.

Domicilio de la Academia:
Pedro López, 7. Córdoba - España

BOLETIN

de la

Real Academia de Córdoba

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

PATRONATO
"JOSE MARIA QUADRADO"

Año XLIII Enero-Diciembre 1974 Núm. 94

1974
Tipografía Artística, - San Alvaro, 1
CORDOBA

Boletín de la Real Academia de Córdoba,

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

Fundada en el año 1810

Incorporada al Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

AÑO XLIII	ENERO - DICIEMBRE 1974	Núm. 94

"Retrato de D. Juan Valera y Alcalá Galiano donado a la Academia por su hija D.ª Carmen Valera en el año 1933, la cual hizo copiar de uno muy bueno de su propiedad". (Texto que figura escrito en el marco del mismo)

Cartas familiares de Juan Valera (1849-50)

Por Cyrus DECOSTER

Juan Valera, el más notable epistológrafo español del siglo XIX, escribió miles de cartas durante el curso de su larga y fecunda vida. Esas cartas son imprescindibles para conocer no sólo al hombre y al escritor sino también la historia literaria y política de España en la segunda mitad del siglo. Desafortunadamente, las cartas de su juventud, las que escribió cuando estudiaba Derecho en Granada y Madrid, han desaparecido. Las primeras que han sobrevivido son unas setenta y ocho de los años 1847-51, destinada principalmente a miembros de su familia, que están en posesión de sus herederos. Hay diez cartas del mes de enero de 1847 en copias mecanografiadas, que escribió en Madrid cuando estaba buscando su primer puesto diplomático; la mayoría de ellas están publicadas. Seis cartas que escribió desde Nápoles en 1847 y 1848 fueron coleccionadas en las **Obras Completas.** Valera volvió de Italia a Madrid en noviembre de 1849 y pasó unos siete meses en la corte buscando otra colocación. Restan treinta y seis cartas de este período, todas originales y dirigidas a su familia. En junio de 1850 fue nombrado agregado en Lisboa, donde iba a quedarse un año. Las veinte y siete cartas correspondientes a este lapso han sido publicadas. En los años siguientes su familia guardó solamente unas cuantas de las cartas escritas desde Dresde y Rusia. No obstante, contamos con las valiosas colecciones dirigidas a Estébanez Calderón desde Lisboa y Río de Janeiro, a Cueto desde Rusia y a Gumersindo Laverde desde Madrid.

De las treinta y seis cartas escritas en Madrid en 1849 y 1850, doce fueron recopiladas en sus **Obras completas.** Carmen Bravo-Villasante pu-

blicó cinco más con fragmentos de otras en su **Biografía de don Juan Valera,** y Carlos Sáenz de Tejada incluyó una en su **Juan Valera. Serafín Estébanez Calderón (1850-1858).** Las otras dieciocho las publicamos a continuación. (1). De las cartas que Bravo-Villasante publicó en forma incompleta, las reproducimos **in toto** aquí. Estas dieciocho cartas traen datos interesantes sobre este período de transición en la vida de Valera. Para lograr una visión más completa se debe leerlas en conjunción con la correspondencia de las otras tres colecciones.

Valera tenía veinticinco años cuando llegó a Madrid en noviembre de 1849. Pronto reanudó su antigua vida mundana. Gracias a sus relaciones familiares tenía entrada en las más encopetadas casas, entre ellas la de la condesa de Montijo, la madre de la futura Emperatriz Eugenia. Asistía a bailes, reuniones y comidas donde tenía éxito, como siempre, con los miembros del sexo femenino. Flirteó con Malvina, la hija mayor del duque de Rivas, su antiguo jefe en Nápoles. La joven era graciosa y atractiva, y en su correspondencia Valera se refiere a ella con el apodo de **La Culebrosa.** Malvina, aunque de familia distinguida, era tan pobre como su pretendiente. Este hecho, más el temor de que fuera demasiado coqueta, desistieron a Valera de hacerla su esposa.

Frecuentó las tertulias literarias del Café del Príncipe e hizo cierto esfuerzo por escribir. Empezó una novela epistolar, **Cartas de un pretendiente,** pero perdió interés después de terminar sólo dos capítulos. Proyectó un drama histórico sobre Juan I de Aragón, pero otra vez la obra se quedó en el tintero. Escribió un ensayo sobre la situación religiosa en España para el periódico **El País,** que fue rechazado por demasiado liberal. Lo único que publicó fueron dos poemas bastante largos, "A Cristóbal Colón", y "La resurrección de Cristo".

Valera estaba divirtiéndose pero sabía muy bien que su familia no podía continuar manteniéndole. Era preciso decidir sobre una carrera, crearse un porvenir. Pensó en presentar su candidatura a diputado; su hermano, Pepe Freuller, que vivía en Málaga y que tenía relaciones influyentes, podría ayudarle en las elecciones. El General Serrano, amigo de la familia, le presentó a Narváez y a Sartorius. Tenía esperanzas de ser nombrado agregado en Londres o París, pero había muchos otros candidatos con más antigüedad e influencia. Finalmente en junio fue nombrado agregado con sueldo en Lisboa. Fue a visitar a su familia en Andalucía y después se embarcó en Málaga para Lisboa. Esta etapa madrileña de su vida había terminado

INDICE DE CARTAS QUE VALERA ESCRIBIO EN MADRID EN 1849-50

Padre	Madrid	1 diciembre 1849	OC (2)
Ramona	Madrid	14 diciembre 1849	
Madre	Madrid	22 enero 1850	OC
Padre	Madrid	27 enero 1850	
Madre	Madrid	31 enero 1850	OC
Madre	Madrid	5 febrero 1850	BV
Padre	Madrid	8 febrero 1850	OC
Madre	Madrid	16 febrero 1850	
Madre	Madrid	20 febrero 1850	
Madre	Madrid	21 febrero 1850	
Padre	Madrid	23 febrero 1850	BV
Padre	Madrid	8 marzo 1850	OC
Madre	Madrid	17 marzo 1850	
Padre	Madrid	27 marzo 1850	BV
Padre	Madrid	3 abril 1850	BV
Padre	Madrid	5 abril 1850	OC
Padre	Madrid	7 abril 1850	OC
Padre	Madrid	8 abril 1850	
Padre	Madrid	10 abril 1850	
Padre	Madrid	15 abril 1850	
Padre	Madrid	19 abril 1850	OC
Padre	Madrid	22 abril 1850	OC
Padre	Madrid	24 abril 1850	BV
Madre	Madrid	28 abril 1850	
Padre	Madrid	29 abril 1850	
Padre	Madrid	1 mayo 1850	
Madre	Madrid	3 mayo 1850	
Padre	Madrid	3 mayo 1850	OC
Madre	Madrid	5 mayo 1850	
Padre	Madrid	8 mayo 1850	OC
Madre	Madrid	23 mayo 1850	
Madre (?)	Madrid	24 mayo 1850	
Padre	Madrid	27 mayo 1850	
Madre	Madrid	31 mayo 1850	
Madre	Madrid	2 junio 1850	OC
Madre	Madrid	15 junio 1850	ST

Madrid, 14 de diciembre de 49

Querida hermana Ramona: (3)

Siento en el alma el malestado de tu salud que con el de casa y la desesperación de mi querida madre porque no me ve colocado, como supone que merezco, forman una trinidad de dolores que me dan muy malos ratos.

Espero que te mejores y que nuestros negocios domésticos anden mejor, a lo que contribuiré cuanto pueda, gastando lo menos posible, y si es necesario, retirándome a Doña Mencía.

En cuanto a mi colocación, ya escribí ayer a mi padre lo que hay. Serrano (4) me presentó al Ministro y se empeñó en mi favor con grande interés; pero Pidal (5) le contestó que era imposible darme sueldo, ni en la secretaría ni en una embajada, que hay 48 a 50 agregados en el mismo caso que yo, todos pidiendo sueldo, con poderosos valedores y algunos con 6 y 7 años de servicio y que no consiguen nada, y por último que si me contentaba con un consulado, vería si podía dármelo, luego que se hiciese el arreglo, que Dios sabe cuando se hará

Como todo esto lo sabía yo de coro, no me he llevado chasco. Y nada hay que responder a las observaciones del oso de Don Karila, porque son justísimas. Me he mostrado agradecidísimo a Serrano, y seguiré visitándolo, porque verdaderamente se ha interesado por mí, y ha hecho al parecer cuanto ha podido. Dile a mamá que le escriba también dándole las gracias, pero que, por Dios, no lo atormente más con empeños inútiles.

Estoy convencido que para ser algo, con mi carácter incapaz de bajezas y adulaciones, tengo que escribir y trabajar. Si naufrago en este empeño por mi falta de ingenio, de instrucción o de fortuna, me iré a esa o a Doña Mencía, sin desesperarme, y apelaré al estoicismo.

Hasta ahora no me he apesadumbrado ni llorado ni rabiado porque no tengo sueldo. Mi posición ridícula, en mi entender, de agregado meritorio con 25 años de edad y los gastos excesivos que hacía en Nápoles me hicieron rabiar y por último saltar de allí a pesar de los pesares. Ahora nace mi aflicción de considerar los disgustos que he dado a mi familia, su estrechez y desconsuelo, y mi deseo y resolución de permanecer en Madrid, de que tengo todavía la ilusión de creerme con alma para ser útil a mi país y con ansia de popularidad y nombre.

Cuando esta ilusión se desvanezca, ya verás con cuanta tranquilidad de espíritu me hago campesino y me retiro del mundo.

Entretanto seré muy económico, y estudiaré y escribiré. Pero para

empezar a escribir de política necesito enterarme bien de los hombres y de las cosas, y esperar aún dos meses lo menos. Adios, y créeme tu buen hermano

Juan

Madrid, 27 de enero de 1850

Querido padre mío:

Tengo aún sin contestar tres cartas de V. m., del 16, del 20 y del 22. Veo con dolor, por la última que recibí ayer, que mi sobrino Pepito no tiene ya esperanzas de vida y siento en el alma el gran disgusto de todos en casa (6).

Afligidísimo estoy, no sólo por esto, sino por el mal estado de nuestra hacienda, por los muchos pesares y ningún consuelo que doy a mi familia, y por la inutilidad e impotencia mía, que no hallo modo de buscarlo decoroso y bueno, de no ser gravoso a mis padres, ya que no puedo, con mi corto ingenio y menguada fortuna, hacer fructificar los gastos que en mi educación y viajes se han hecho. Me faltan, además, audacia y energía, y pesa sobre mi corazón tan grande desaliento que imagino que al fin y al cabo me iré por ahí a echarla de Cincinato. Haré, sin embargo, aún cuantos esfuerzo pueda para salir adelante.

Ya ve V. m. que quien duda de lo que vale intrínsicamente, quien no espera en su porvenir sino muy poco, mal podrá forjarse ilusiones acerca de su importancia presente. La otra noche estuve en casa del duque de Frías, donde hubo un gran baile; pero me fastidié en grande. ¿Qué papel había yo de hacer en medio de tanto personaje? Allí estaba Riánsares con sus hijas y hermana (7), al Bondocani don Ramón (8), Serrano y tonto de Bedmar (9) que parecía la sombra de Nino (10). Sin embargo, tonteé un poco con Malvinita (11) y con otras damas. No me ha parecido saco de paja una de las niñas de la Reyna Cristina. Don Javier Istúriz fue quien me llevó a esta fiesta (12).

Iré a ver a Martín de nuevo, aunque estoy seguro que por este lado no conseguiré nada (13).

Nunca mejor ocasión para Serrano de presentarme a don Ramón que en aquel baile, y no lo hizo. Ahora S. E. está dando tales voces y charlando con tantos que materialmente no me deja escribir; por lo que V. m. me dispensará que no sea más largo por hoy. Además me duele mucho la cabeza.

Adiós, querido padre mío; créame V. m. su amante hijo

Juan

Madrid, 16 de febrero de 1850

Querida madre mía:

Por su carta de V. m. del 13, veo con gran pesar que mi hermana Ramona está tan enferma. ¡Dios quiera enviarle la salud! Dirá V. m. a Alonso (14) que ya no van por el correo el jarabe y el Manual de **Galvanoplástica,** sino que los lleva Lafuente Alcántara (15), que salió esta mañana a las ocho para esa ciudad. Por no incomodar más a Tito Livio, no le he dado también una historia de los pintores españoles de Viardot (16), que quiero remitir a Sofía.

En casa del amabilísimo, tontísimo y espetadísimo barón del Solar he visto, aunque mal, porque no llevaba lentes y estaba muy alto, un cuadro de Sofía (17), que me ha parecido muy bonito y excitado el deseo de tener algo del mismo autor para que adorne mi cuarto.

Anoche en el Café del Príncipe, y hablando yo con Rubí (18) y Auset, topé con un pariente nuestro de Ecija, que viene en busca de turrón. Es el tal don Rafael Pareja, buen señor al parecer, pero asaz ordinario y no menos tronado. Ha venido después a verme a casa, me ha contado sus percances, y yo he estado con él muy amable y afectuoso. No le he ofrecido nada, porque nada tengo que ofrecer sino una miseria más brillante que la suya.

Con esta fecha escribo a Pepito sobre mi diputación (19). Entretanto cada día van siendo más grandes mis tentaciones de ir por ahí, y creo que al fin llegarán a ser irresistibles.

Nada más se me ocurre por hoy que de contar sea.

Adiós, madre mía; créame V. m. su amante hijo.

Juan

Madrid, 20 de febrero de 1850

Querida madre mía.

Sin ninguna de V. m. a que contestar, le escribo para decirle que hago cuanto puedo por servir a mi hermano en lo que desea de que don Diego de la Rosa sea nombrado teniente de alcalde en Málaga; pero, como Díaz-Martín se opone y trabaja por otro, acaso no conseguiré mi objeto.

Ayer comí con Bedmar y hoy comeré en casa de Gabriel Tassara, director del **País** (20). Poco a poco me voy dando a conocer y ganando amigos.

Mañana escribiré a V. m. una muy larga carta, hablando de cierto

asunto que ha menester tanto misterio que nadie sino V. m. quiero que se entere de él.

Me tiene con mucho cuidado el no recibir cartas de V. m., y más sabiendo que mi hermana está enferma. ¡Dios le dé salud!

Adiós, madre mía; créame V. m. su amante hijo.

Juan

Madrid, 21 de febrero de 1850

Querida madre mía.

Ayer recibí su carta del 18, y mucho contento al saber que mi hermana Ramona está mejor; espero que acabará pronto de ponerse buena.

No dejaré de visitar de vez en cuando a Serrano, e iré a ver al marqués del Arenal para que me presente a Pérez Hernández.

Estoy ahora estudiando con empeño la lengua alemana.

Pronto saldrán versos míos en **El País**; yo suscribiré a V. m. a este periódico para que lea en él las cosas de su hijo.

Vamos ahora a hablar de aquel asunto secreto que anuncie a V. m. ayer, creo, hará un mes, cuando más, que ví en casa de Montijo, y llamó mi atención por su gracia, elegancia, etc., una señorita, cuyo nombre ignoraba, pero a quien, sin embargo, eché muchas miradas tiernas. Pregunté a Hinestrosa cómo se llamaba ella, y me dijo que la condesita de Tilly. Le rogué que me presentara y lo hizo.

No he bailado con ella más que un rigodón, aunque la he hallado otras cuatro o cinco veces en los bailes; pero ha estado ella tan amable conmigo, me ha preguntado tantas veces que por qué no iba, como ella ha ido, a Granada, y luego a Sevilla a ver la Semana Santa, y me ha hablado de Vds., que apenas conoce, con tanto interés, que, puede que sea fatuidad mía, he llegado a creer que lo tenía grande por mí, y a sentir no haberle hecho la corte, y buscado medio de explicarme con ella para averiguar si era una tontería el decirme que fuese por ahí y a Sevilla, o deseo de que la siguiera porque gustaba de mí. Yo, si esto hubiera sido, como la niña por todos estilos me gusta, la hubiera seguido, salvo mejor opinión de V. m.

Pero como se ha ido a Granada sin que yo me explique, las cosas se han quedado en el aire. Y mi solo deseo es que Sofía, sin buscarla afectadamente, se haga, si puede, amiga suya, y averigüe qué piensa la niña

de mí; porque, si, cuando apenas me conocía, estaba conmigo tan cariñosa, me parece que no debo haberle parecido mal.

Me alegraré que ni Alonso ni nadie se entere de este negocio.

Créame V. m. su amante hijo

Juan

Otro de los motivos que tengo de creer que ocupo un lugar preferente en el corazoncito de la graciosa y rica condesita es que el hijo mayor de San Felices, que le hace la corte, me ha tomado un odio y mala voluntad que me lisonjean sobremanera.

Madrid, 17 de marzo de 1850

Sin haber recibido ninguna carta de V. m., querida madre mía, le escribo para anunciarle que muy pronto llegarán a esta capital, de la de Francia, el agregado Narváez y su futura.

Yo deseo ir a París y haré cuanto pueda por conseguirlo. Escriba V. m. ahora a Serrano sobre el particular, porque el destino tiene infinitos golosos y será difícil lograrlo.

Mi salud es excelente; pero Madrid no me divierte, y, si no hubiera sido porque deseaba ser algo, me hubiera ido por ahí tiempo ha.

La Culebrosa tan adorable y adorada como siempre. La sociedad madrileña tan frívola y presumida como de costumbre, y los literatos tan **mauvais ton.** Como algunas veces con Tassara y otras con Bedmar, mi rival. A casa de Teresa Valencia no voy ya nunca.

Cada día estoy más fastidiado y arrepentido de haberme venido de Nápoles.

Nada más tengo que decir a V. m.

En la diputación confío poquísimo. Sé que es muy difícil luchar contra Ríos Rosas (21), pero tampoco confío gran cosa en que Serrano y don Ramón cumplan su promesa y me envíen a París.

Adiós, madre mía; créame V. m. su amante hijo.

Juan

Madrid, 8 de abril de 1850

Querido padre mío:

Antes de ayer recibí dos cartas de V. m. del 31 y del 2, en esta última la letra de 600 reales que agradezco a V. m. mucho, y en ambas sumo contento de saber su buena salud. Mamá me da las mejores noticias de la de Ramona, y me anima y alienta con sus consejos. Yo estoy bueno; pero dudo no poco del buen éxito de mis pretensiones turroneras y parlamentarias. Sin embargo, hago y haré cuanto sea posible por lograr ser agregado y padre de la patria, aunque cada día más convencido de que el medio más seguro, noble y rápido de **porvenir** está en mí, si Dios me da audacia e ingenio.

En el día el Gobierno debe hacer poquísimo caso de mí, y la gente lo mismo. Yo no he trabajado ni me he dado a conocer en nada, y esto es lo que se necesita. Mi posición es excelente, y, si el estado de nuestra casa no fuese tan malo, yo me pudiese avenir a vivir mal, y tuviese confianza en mis fuerzas, podría levantarme sobre esta canalla y llegar a ser algo en el mismo.

No puedo quejarme de mi suerte. Tengo amigos que me quieren bien, que me consideran y me creen acaso hombre de más provecho de lo que soy en realidad. Me ofrecen las columnas de un periódico para que escriba en ellas y me dé a conocer, y me prometen pagarme si escribo. Me aconsejan algunos que escriba algo para el teatro, y no dudo que si hiciera yo una comedia, siquiera mediana, me valdría tres o cuatro mil reales lo menos y algunos elogios en los diarios. La dificultad, por consiguiente, está en mí. No sé si depende de lo no acostumbrado que estoy a escribir, porque el escribir se aprende con el uso, o de la esterilidad de mi talento, o de la agitación de mi espíritu. Además V. m. comprenderá muy bien que yo no puedo escribir en **El País** artículos de fondo como si fuera redactor; yo no estoy en los trotes de la política **palpitante,** ni de acuerdo con las ideas de Tassara. Yo debo escribir juicios críticos de los libros que se publiquen o de teatros, y si acaso artículos doctrinales sobre cuestiones importantes, como la de los frailes (22). Lo que escribí sobre este asunto lo dejaré dormir por ahora y me ocuparé de otra cosa, a ver si tengo mayor fortuna y acierto.

En casa de la Villagarcía (23) (donde como los jueves) veo a Iradier, el maestro de música (24). No crea V. m. que lo que le voy a decir esté en desacuerdo con lo que antes he dicho, pues se puede hacer dos cosas a la vez. Volvamos a nuestro cuento. Iradier me ha propuesto que haga una loa o drama alusivo al nacimiento del príncipe o princesa en ciernes y él hará la música, para que se represente en las fiestas reales. Yo le he

dicho que lo haré si puedo, y ya el jueves que viene debo llevar algo hecho, que se leerá en presencia de la noble **Saladita** y demás gente que vaya a comer allí.

Dicen que don Javier volverá a Londres, ahora que los negocios con Lord Palmerston se han arreglado. No sé si sería posible que me llevase consigo, ni tampoco si sería conveniente, porque Londres es un país carísimo.

Voy muy a menudo a casa de la divina **Culebrosa;** pero las ternuras, las miradas de inteligencia, los pisotones y las dulces palabras pasaron ya, y acaso para siempre.

Hace un siglo que no recibo carta de **La Muerta,** ni su marido tampoco. Esto me tiene con cuidado, porque es persona a quien quiero mucho.

Estoy deseando saber qué le han parecido a V. m. mis últimos versos. No se puede V. m. figurar cuán grande es mi deso de darme a conocer y hacer valer mi nombre. El estado oscuro y miserable en que me hallo me desespera; y más que en ninguna parte en Madrid, donde sólo se aprecia a los hombres por su posición.

Estos últimos días he estrenado una levita muy elegante y he notado que todo el mundo estaba más amable conmigo, y me saludaba y hablaba con más cariño. Calcule V. m. por aquí lo que vale en Madrid el andar bien vestido y compuesto.

Cuanto me alegraría de que mi madre y hermanas viniesen a esta corte. Sofía lo deseará con ahinco.

Sigo aprendiendo el alemán, en compañía del ilustre Quevedo. (25). El griego no lo abandono y Bedmar me ha regalado una hermosa Biblia en este idioma, que era de su mujer, por lo que tiene doble mérito para mí.

No tengo nada más que decir a V. m. Adiós, querido padre mío; créame su amante hijo

Juan

Madrid, 10 de abril de 1850

Querido padre mío:

Anoche, en casa de **La Culebrosa,** me dijo Serrano que don Ramón le había prometido enviarme a París en vez de su sobrino, luego que éste se case. Yo aún no estoy seguro del cumplimiento de esta promesa, pero tengo algunas esperanzas y vehementísimo deseo. Para que se logre hablaré a Tassara, que espero se empeñará con Mon y Pidal (26) en favor mío. No sabe V. m. cuánto trabajo me cuesta dar estos pasos y andar con se-

mejantes empeños, ni lo que padece mi orgullo; si lo supiera, comprendería V. m. lo desengañado y desanimado que estoy. A Bedmar no le hablo porque sería tonto empeñarme con él para que me enviasen a París, donde su mujer pasará el invierno que viene.

Hoy me he levantado a las siete para ir a despedir a mi protector, que me ha reiterado la promesa.

Hace algunos días que no recibo carta de Granada, lo que me tiene con mucho cuidado por la salud de Ramona.

Se me olvidaba decir a V. m. que Serrano se va por uno o dos meses a su pueblo. Adiós, y créame su amante hijo

Juan

Madrid, 15 de abril de 1850

Querido padre mío:

Recibí ayer carta de V. m. de 7 del presente, y noticia de su buena salud. La mía es excelente y el humor mejor que de ordinario.

Ya he dicho a V. m. y vuelvo a repetir que no sé si seré o no bueno para escribir y que me estoy ensayando ahora. Luego que me convenza de que sé escribir cosas interesantes o graciosas, me daré al público.

Tengo algunas esperanzas de que me saquen a diputado por la provincia de Málaga, gracias a lo que trabaja mi hermano.

Parece que Narváez le prometió muy seriamente a Serrano que me enviaría a París. Dios quiera que lo cumpla.

No crea V. m. que estoy incomodado ni celoso contra Serrano porque le hace la corte a Valvina. Esta es, más bien que coqueta y loca, una infeliz que hace mil inocencias y tonterías, que aquí, donde todo el mundo tiene tan mala lengua, la compromete y yo, que no soy muy grave de carácter para estas cosas y sí algo propenso a murmurar, lo he hecho con V. m. de ella y hablando de la progresión cuyo último término suponía yo que debía ser el rey don Paquito. (27).

Ayer estuve de paseo en Atocha y luego en el café con Belda y el paisano Cubero. (28). Martín no hizo más que hablar de su grande influencia en toda esa provincia, y que él sacará diputado a quien le de la gana y otras cosas por el estilo, dándose tono de personaje importantísimo.

Me alegro que le hayan gustado a V.m. mis versos a la Resurrección, y tiene V. m. razón en creer mejores los a Colón, que son los que valen más de cuantos he escrito.

Adiós, y créame su amante hijo.

Juan

Madrid, 28 de abril de 1850

Querida madre mía:

La esperanza que tuve de que don Javier me llevase consigo a Londres se ha desvanecido enseguida. Este diplomático tiene ya completo y más que completo el personal de su embajada. Es preciso que nos desengañemos; para cada empleo en la diplomacia hay 50 golosos, todos con los mismos méritos que yo y con más favor, y que sepamos que lo mejor que hay que hacer es dedicarse a la abogacía, a la literatura o a otra cualquiera cosa y dejarse de pretender, porque será tiempo perdido. De hoy en adelante no pienso buscar empeños para que me empleen, y quiero olvidarme hasta de que hay empleos en España y lanzarme a escribir aunque sean las más tremendas paparruchas.

He vuelto a hablar en la Academia de Elocuencia y ya no lo he hecho tan mal: lo que quiere decir que lo hice mal. Pero se me trasluce que todos mis compañeros académicos han conocido que soy muy erudito y que hacen grande aprecio de mí. Se trata de escribir un libro sobre la elocuencia, en cuya confección tomará parte toda la Academia, porque será de historia principalmente. Se han nombrado cinco señores para que formen el plan de la obra y dirijan los trabajos, y yo soy uno de los nombrados.

Diga V. m. a Alonso que el martes sin falta saldrá su comunicado en **La Patria.** El director de este periódico es el más elocuente de nuestros académicos y de la comisión de que yo soy también. De modo que hoy mismo lo veré.

Adiós, madre mía; créame V. m. su amante hijo

Juan

Madrid, 29 de abril de 1850

Querido padre mío:

Adjunta va la contestación a la carta de don José Fernández, cuya lectura me ha sido muy grata. Yo sigo bien de salud y de mejor talante, dedicado a elocuentizarme, oral y gráficamente. El sábado volví a hablar en nuestra Academia y ya no lo hice tan mal como la vez primera. Dicen y creo yo, puede ser que me adulen y yo me equivoque, que la cortedad y ninguna costumbre son las que me han impedido hasta ahora pronunciar un bello discurso y que, luego que venza estas dificultades, lo haré muy bien. Lo cierto es que todos mis compañeros reconocen que soy el más erudito y científico de ellos, y esto ya es algo. Se trata de escribir un libro sobre la historia de la elocuencia, en que todos los de la Academia,

que son 18 nada más, trabajarán y yo he sido nombrado con otros tres como bibliófilo, etc., para la dirección y coordinación de la obra.

Estos últimos días he tenido alguna esperanza de ir a Londres con don Javier, pero ya se desvaneció cuando supe que este diplomático tiene completo y más que completo el personal de su legación. He hablado a Tassara y mi tío (29) a Istúriz, pero todo ha sido inútil y me parece que lo mejor será desechar por ahora estas pretensiones y buscar en mí mismo mejor medio de medrar, porque el andar en pos de destinos diplomáticos es perder el tiempo, y yo, para descender de diplomático que soy, a oficinista o escribiente de algún ministerio, prefiero irme a Doña Mencía. Entienda V. m. que yo llamo oficinista o escribiente a tener 6 o 7 mil reales de sueldo, estar hecho un ganapán y perder para siempre el poco prestigio que uno pueda tener. De hoy en adelante voy a trabajar con energía en escribir y hablar, y espero que Dios me dará su ayuda para salir adelante.

6 meses ha que estoy en Madrid, y no he hecho más que gastar dinero. Pero, ¿acaso V. m. cree que el escribir es un oficio que se aprende en 4 días? Y digo que no he hecho nada, no porque no haya puesto de mi parte, sino porque nada, hasta ahora, ha dado resultado ninguno. Porque mucha parte de mi tiempo la he empleado en estudiar y no poca en relacionarme y darme a conocer y en pretender empleos que no he logrado.

Voy a menudo a casa de Malvinita y veo claramente que la duquesa tiene empeño en que me comprometa con su hija. Esta está amabilísima conmigo y el duque, mi ex-jefe, hace de mí portentosos elogios en sus cartas, así al menos me lo han dado a entender.

La diputación me parece también algo difícil. Pienso, no obstante, trabajar cuanto pueda para salir a diputado y utilzar los ensayos que ahora hago en la Academia.

Adiós, querido padre mío; páselo V. m. bien, y confíe en el mucho cariño de su amante hijo

Juan

Madrid, 1 de mayo de 1850

Ayer, querido padre mío, recibí carta de V. m. del 26 del pasado, y contento de saber que está bueno. Yo también lo estoy, pero sin esperanza ninguna de ir a Londres ni a París de agregado. En Londres la legación está completa, como dije a V. m. en mis anteriores, y el puesto que con el casamiento de Pepito Narváez quedará vacante en la embajada de París tiene mil pretendientes muy relacionados y con más servicios que yo; en-

tre otros Enrique Stuardo, hermano del duque de Alba, que lleva ya 6 años de agregado sin sueldo, y un joven de Santander, hijo del marqués de no sé cuantos, que, después de haber estado 4 años sin sueldo de agregado en Inglaterra, pasó con él a la China, donde permaneció más de dos, y, por último, ha vuelto a España con pliegos. Si a éste le dieran el empleo en París, podría yo pretender el que él deja en la China; pero es el caso que aquella legación se va a suprimir muy pronto y sería una broma pesada tener que hacer viaje tan largo y costoso, dado caso de que me dieran aquel empleo, para tener que volverme a Europa en seguida sin haber disfrutado de él. Es de saber que el primer viaje lo tiene que hacer a su costa el agregado que tiene sueldo por primera vez. A pesar de todo, haré cuanto pueda porque me envíen a París, pero sin ninguna probabilidad de conseguirlo. No he escrito aún a Serrano, pero lo haré mañana sin falta.

El Sr. de Cueto es hermano de la duquesa de Rivas y por eso está conmigo tan amable y afectuoso. (30). El duque, a lo que entiendo y me dicen ellos, les ha escrito mil elogios míos y todos quieren, esto lo veo más claro que el sol, que yo cargue con Malvinita. Y sobre este asunto voy a decir a V. m. francamente lo que pienso.

Como cálculo no me parece una cosa ventajosísima el casarme con la niña; pero no deja, sin embargo, de tener sus ventajas. Ella no es rica, pero su posición es muy buena, y el duque, Cueto y sus amigos me levantarían y ayudarían entonces. **La Culebrosa,** además, tendrá por lo menos 10 o 12 mil reales de alimentos y su título de marquesa. Como cosa deleitable no deja de serlo, porque la muchacha es graciosísima. Los inconvenientes son: 1.°, que aunque yo ahora soy un perdido, puedo mañana o el otro llegar a ser persona de valía y encontrar mejor acomodo si me quiero casar; y 2.°, que la muchacha unas veces me parece inocente y otras coqueta, y temo que casándome con ella, si bien puede ser virtuosísima, sea lo contrario, en cuyo caso tendré que dar un escándalo a la antigua, esto es, mandarla a paseo o romperme la cabeza con alguno, u otro al uso del día, esto es, echar a los 2 o 3 meses de matrimonio cada uno por su lado, quedando tan amigos como antes y haciendo cada cual lo que mejor le parezca, que es lo que hacen Bedmar y otros mil.

No puedo negar que la niña me gusta mucho y que si no fuera por estos temores, ya me hubiera enredado en amores con ella. La madre lo desea, y ella también, más que la madre. Esto lisonjea mi amor propio cuando creo que es por mí, pero no cuando imagino que lo que ambas desean es un marido y lo encuentran en mí a propósito y de su gusto. Yo he hablado a V m. muy mal de **La Culebrosa,** pero acaso lo que a mí me

ha parecido criticable no lo sea, porque estoy inclinadísimo a pensar mal de todo.

Por hoy no tengo más que decir a V. m.

Ayer tuvimos academia, pero yo no hablé.

Adiós, querido padre mío; cuente V m. con el cariño de su hijo

Juan

Madrid, 3 de mayo de 1850

Querida madre mía :

Acabo de recibir carta de V. m. fecha 30 del pasado, y mucho contento de saber que está buena. También yo lo estoy, y me alegro de ver que V. m. conoce ya cuán difícil es que me den el destino deseado, y que debo escribir o dedicarme a la abogacía o salir a diputado o ser las tres cosas, si quiero ser algo en el mundo.

La Culebrosa y su madre siguen amabilísimas conmigo, y yo hago la corte a la muchacha sin meterme del todo, lo que entiendo que la tiene muy aburrida.

Estoy pensando dos o tres artículos que pienso escribir y publicar en los diarios. Leo mucho, en particular libros de economía política, socialismo, etc., y estudio mi alemán.

Ayer estuve en casa de Teresa Valencia, donde hacía un siglo que no había puesto los pies. Me embromaron mucho con **La Culebrosa** y me dijeron que estaba mareado, etc. Si esta muchacha no fuera tan viva de genio, acaso, acaso me convendría cargar con ella.

Si yo llegara a escribir bien o a hablar en el Congreso y sonara por ahí mi nombre, se cumpliría lo que V. m. dice de que vendrían a buscarme y no tendría yo que mendigar favores de nadie.

De ir a París no debo tampoco esperar nada. Enrique Stuardo y otros dos o tres, más relacionados y con más servicios, porque Stuardo, por ejemplo, lleva ya 6 años de agregado sin sueldo. pretenden aquel destino y no es natural que me lo den a mí habiendo tales pretensiones. Además, Serrano está en Arjona y don Ramón ya no se acordará ni de mí ni de las promesas que hizo al General.

Adiós, madre mía; yo confío en que saldremos pronto de este estado tan deplorable, y ruego a V. m. crea en el cariño de su hijo

Juan

Madrid, 5 de mayo de 1850

Querida madre mía :

Dicen que han nombrado a Gayoso, hermano de las Camarasas, agregado de planta en París en vez de Narváez. De modo que ya ninguna esperanza nos queda de tener empleo, y yo entiendo que lo mejor será dejar de pretenderlo, ver si puedo escribir o hacer algo de provecho por otro camino, y, dado que para nada sirva, irme buenamente a esa ciudad o a la ilustre villa de Doña Mencía. Yo me alegraría más de que V. m. viniese a Madrid, donde una familia puede vivir tan bien y tan barato como en provincia.

El Sr. duque de Rivas me ha escrito una carta muy afectuosa, aunque llena de tonterías y humos ducales.

Adiós, madre mía; cuente V. m. con el cariño de su hijo

Juan

Madrid, 23 de mayo de 1850

Querida madre mía.

Hace 3 o 4 días que no recibo carta de V. m. Yo sigo bien de salud y deseando vuelva Serrano de Andalucía, a ver si por fin me dan turrón: deseo que no tendría a no saber los apuros de casa, porque si mi hermano consigue que me nombren diputado, confío en Dios que me he de hacer valer por más y ganar nombre. Me han dicho aquí, y no mi hermano en sus cartas, que éste trata ahora de sacarme a diputado por La Alhameda, para lo que se unirá con los progresistas, de lo que me alegraré infinito, porque esto de salir diputado con apoyo del Gobierno tiene para mí mucho de desagradable.

Ayer estuve por la mañana en casa de la duquesa de Rivas, y hemos quedado yo y Malvina, con quien tuve una larga y solitaria conferencia, en querernos mucho de un amor platónico y fraternal.

El miércoles hablé contra el socialismo en la Academia de Elocuencia, y no lo hice tan mal como las primeras veces. Al menos mis ideas eran buenas y más claras que las ideas de los demás, porque cuantos hablaron después dijeron con otras palabras lo que yo había dicho, y hubo socialistas que se convirtieron. Verdad es que eran socialistas de chicha y nabo, como suele decirse. Hasta ahora me cuesta un trabajo grandísimo el hablar, y entiendo que lo haría mejor si hubiera polémica, pero ésta no se permite, o si los discursos los preparase de antemano, pero yo quiero acostumbrarme a improvisar.

Vuelvo a frecuentar la casa de Teresa Valencia a quien he dicho que acaso venga V. m. por aquí el invierno próximo, y me parece que se ha alegrado y sus niñas también.

Adiós, madre mía; cuente V. m. con el mucho cariño que le tiene su hijo

Juan

Madrid, 24 de mayo de 1850

En este momento acabo de recibir su carta de V. m. del 21, (31) que me ha sido muy grata, y me alegro que Serrano se interese tanto por mí y que Pepito trabaje para sacarme a diputado.

Me inscribiré muy pronto y sin falta ninguna en la Academia de Jurisprudencia; esto es, renovaré la inscripción, porque antes de ir a Nápoles me inscribí y pagué por ello tres o 4 duros, aunque no llegué a ir a las secciones ni una vez tan sólo.

El día 18 de este mes hizo 3 años que llegué yo a Nápoles, de manera que ya hace algunos días más de tres años que no nos vemos.

Haré cuanto pueda por ver a Don Ramón y a Pidal, y veremos si se consigue algo. El tonti-bellaco de Martín Belda me ha ofrecido también su protección sin que yo se la pida. Con esta ayuda todo está vencido y seré lo que desee.

Adiós; créame su amante hijo

Juan

Madrid, 27 de mayo de 1850

Querido padre:

Veo por su última carta, con gusto, el que ha tenido V. m. de abrazar a mi hermana Ramona, cuya salud deseo se restablezca completamente en ese lugar. La mía es excelente, el humor no tan malo, y las noticias que de mamá tengo buenísimas. Esta me dice que vea a don Ramón y le recuerde la promesa que hizo a Serrano de enviarme a París; pero, a lo que parece, mi madre ignora cuán imposible me es ver al Bondocani, y que aunque pudiera verlo, sería inútil cuanto yo le dijera. Si viene Serrano, que pronto vendrá, le hablará en favor mío, y puede que consiga algo. Grande es mi deseo de ir a París, pero no desconozco lo difícil que será que se cumpla. Hay 30 o 40 muchachos antes que yo, esto es, con más años de

servicio y que todos desean lo mismo. El conde de Galbe, hermano del duque de Alba, pretende que lo envíen a París con sueldo, y tiene más años que yo de agregado sin sueldo y mejores valedores y, por lo tanto, más probabilidad de conseguirlo.

Antes de ayer estuve en casa de Tassara, y logré hallarlo en ella. Me dijo que había hablado de mí a Pidal, y que éste le hizo patente lo difícil que era enviarme a ninguna parte, cuando no imposible. Y yo entiendo que Tassara, que me quiere mucho, le hablaría de mí con empeño. No crea V. m. que es mala fortuna mía, ni poca bondad de parte de los que mandan, sino dificultad grande en conseguir destinos, que son tan pocos y que tienen tanto goloso.

Tassara me aconseja siempre que voy a verlo que escriba, y me ofrece pagarme los artículos, si lo hago para su periódico. Y añade que si lograse yo vencer la dificultad de escribir y pereza que me domina, tendría más porvenir siendo escritor y periodista que de diplomático. Mucho elogia, además, mi talento e instrucción y me las promete felices. Ahora tiene el proyecto de publicar un nuevo periódico con el título del **Conservador** y quiere que yo sea de la redacción. Iré por allí de 3 a 4 a hablar con él del asunto.

Sigo amando a **La Culebrosa** con amor fraternal, y ella me corresponde. Casi todas las noches estoy de tertulia en aquella casa. Pronto vendrá de Andalucía Corina, otra hija del duque, también muy culebrosa y algo literata, a lo que tengo entendido.

Aún no heido a ver a la **Diosa Tetis,** que ha tiempo está en Madrid, y vive con su padre, Díaz Martín, a quien por mal nombre llaman aquí **La Hidra.**

Creo haber dicho a V. m. que el mentecato de Belda me ofreció el otro día su protección, sin yo pedírsela, se entiende. Porque, como, estando yo en su despacho, me hablase uno de si querría ir a París de agregado en vez de Pepito Narváez; dije que sí, y entonces don Martín replicó que Pidal le había prometido que me enviaría a mí a aquel destino y que se lo tenía que cumplir, y luego añadió: Ahora mismo, si V. m. gusta, vamos a ver al Ministro — Yo le dije que llovía a cántaros. — No importa — respondió — tomaremos un coche; espere V. m. que concluya lo que estoy escribiendo. Esperé por espacio de una hora y, viendo que no concluía, le dije: Adiós, don Martín, hasta más ver — y él me respondió despidiéndome, dándome por desentendido u olvidado del ofrecimiento que todo lo había dicho sin pensar y para darse tono de alcanzar favor y tener influencia que no tiene. También a mi tío Agustín le ofreció sacarlo a diputado por la provincia de Córdoba, y mi tío, a pesar de sus matemá-

ticas, se había confiado en la oferta. Pero ya no le habla de la diputación y el tío se ha desengañado y conocido que Belda es un presumido mentecato.

Lo que yo deseo es que mi hermano logre sacarme a diputado por la Alhameda, y entonces ya verá V. m. como podré ver a Narváez cuando quiera y ofrecer protección en vez de mendigarla en vano.

Estoy ya reuniendo materiales para fraguar mi estudio sobre los oradores de la edad media. Pienso también escribir de la batalla de Bailén para el certamen que será en el próximo mes de octubre.

El tío Agustín rabiando con su pobreza y retirado completamente del mundo. Soñando con que manden los progresistas para que lo hagan coronel efectivo.

Muchas memorias de las niñas Topetes. Délas V. m. mías a Ramona, a tía Carmen, al Sumo Pontífice y a don Juan de Mata, y confíe en el cariño de su hijo Juan

---

Madrid, 31 de mayo de 1850

Querida madre mía:

Por su carta de V. m. del 27 veo con gusto que está buena y Sofía también, y tan amiga de Eugenia Montijo, con quien me alegraré venga a pasar mi hermana algunos meses a Madrid, que yo iré por ella si es necesario cuando lleguen las fiestas.

Estoy ya instalado en la nueva casa, calle del León n.º 24, principal, como creo que le tengo dicho a V. m. en mi anterior.

Sígame V. m. contando los progresos de la amistad y cariño entre mi hermana y Eugenia.

Creo haber ya noticiado a V. m. la llegada a esta villa de los padres de la duquesa de Rivas y de las dos hermanitas de **La Culebrosa,** culebrosas también y llamadas Corina y Leonor.

El General Serrano debe llegar muy pronto de Arjona.

Adiós, madre mía, y créame su cariñoso hijo Juan

Siento que el cuadro que mi hermana pinta no sea para mí, porque quedándose con él Eugenia Montijo lo hará valer más, aunque no lo aprecie tanto.

Cyrus C. DeCoster.

Northwestern University
Evanston, Illinois

NOTAS

(1) Estoy muy agradecido a los nietos de Valera, don Luis y doña Dolores Serrat. por su generosidad en permitirme publicar estas cartas.

(2) OC: Juan Valera. **Obras completas,** Madrid, Aguilar, Vol. III (3.ª ed., 1958), pág. 27-38. BV: Carmen Bravo-Villasante, **Biografía de don** Juan Valera, Barcelona, Editorial Aedos,1959, pág. 57-70 ST: Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti, **Juan Valera. Serafín Estébenez Calderón (1850-1858),** Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1971, pág. 91-92.

(3) Ramona, hermana de Valera, casada con Alonso Mesía y Coello, en esta época vivía en Granada, así como la madre de Valera y su otra hermana, Sofía. Su padre permanecía en Doña Mencía y cuidaba de las propiedades de la familia allí.

(4) Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre (1810-85), militar y político, amigo de la familia de Valera.

(5) Pedro José Pidal (1800-65), entonces ministro de Estado en el gobierno Narváez.

(6) Pepito, hijo de Ramona, murió pocos días después.

(7) Agustín Fernández Muñoz, duque de Riánsares (1808-73), segundo esposo de la reina regente, María Cristina.

(8) Ramón Narváez (1800-68), entonces presidente del Consejo.

(9) El marqués de Bedmar vivía separado de su mujer, Lucía Paladi, **La Muerta.** Valera la había tratado mucho y se había enamorado de ella en Nápoles. Véase Manuel Azaña, **Valera en Italia. Amores, política y literatura,** Madrid, Páez, 1929; Alejandro Busuioceanu, "Una historia romántica. Don Juan Valera y Lucía Paladi, **"Revue des Etudes Roumaines,** I (1953), 27-43.

(10) Nino, rey legendario de Asiria, esposo de Semíramis, a quien se atribuía la fundación de Nínive.

(11) Malvina Saavedra, **La Culebrosa,** hija mayor del duque de Rivas.

(12) Francisco Javier Istúriz (1790-1871), presidente del Consejo y ministro de Estado en 1847, había firmado el nombramiento de Valera como agregado en Nápoles.

(13) Martín Belda, más tarde marqués de Cabra (1815-81), político cordobés, oriundo de Córdoba.

(14) Alonso Mesía y Coello, esposo de Ramona.

(15) Miguel Lafuente Alcántara (1817-50), historiador y político, acababa de ser nombrado fiscal de Hacienda en La Habana, donde murió poco después de llegar.

(16) Luis Viardot (1800-83), crítico de arte francés, publicó varios estudios sobre el arte y la historia de España.

(17) Sofía, hermana de Valera, aficionada a la pintura.

(18) Tomás Rodríguez Rubí (1817-90), fecundo y popular dramaturgo andaluz.

(19) José Freuller, hermano de Valera, vivía en Málaga.

(20) Gabriel García Tassara (1817-75), poeta y periodista andaluz, Valera publicó dos poemas. "A Cristóbal Colón" y "La resurrección de Cristo", en **El País** en febrero y marzo de 1850.

(21) Antonio de los Ríos Rosas (1812-73), político andaluz.

(22) Tassara había rechazado un artículo que Valera había escrito sobre los frailes para **El País** por ser demasiado liberal.

(23) Valera había coqueteado con la marquesa de Villagarcía, **La Saladita,** en Nápoles. Véase Azaña, **Valera en Italia,** pág. 27-37.

(24) Sebastián Iradier (1809-65), compositor de zarzuelas y canciones.

(25) Heriberto García de Quevedo (1819-71), poeta venezolano establecido

en Madrid. Cuatro cartas de Valera a Quevedo fueron publicadas en las **Obras completas**

(26) Alejandro Mon (1801-82) y Pedro José Pidal.

(27) El 3 de abril Valera había escrito a su padre: "Después fui a ver a **La Culebrosa**... El general Serrano estaba allí, haciéndole la corte a **La Culebrosa.** Esto se explica así. Yo atraje a Bedmar y Bedmar a Serrano; el último término de la progresión no puede ser otro que don Paquito, y ya vendrá". (Bravo-Villasante, pág. 67-68).

(28) Juan Cubero, acomodado terrateniente de Doña Mencía.

(29) Agustín Valera, hermano del padre de Valera.

30. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar (1815-1901), literato y político. En 1856-57, cuando Cueto era sub-Secretario de Estado, Valera le dirigió sus famosas cartas desde Rusia.

(31) Carta probablemente dirigida a su madre.

(32) En 1858 la Emperatriz Eugenia arregló la boda de Sofía con el duque de Malakoff, y después Sofía vivió en París.

Genealogía de los Valera

Estudio sobre la genealogía cordobesa de Eamon de Valera, Jefe del Estado de Irlanda

Por Gregorio SANCHEZ MOHEDANO

Eamon de Valera, nació en Nueva York en el mes de Octubre de 1882. Su padre fue un emigrado español llamado Antonio (Vivión, allí) Valera Armenteros; su madre una mujer emigrada de Irlanda llamada Kate (Catalina) Coll. Se casaron el año anterior al nacimiento del hijo, el 19 de Septiembre de 1881 en una iglesia católica.

El padre enfermó de tuberculosis y al final de su vida, como no podía hacer esfuerzos físicos se dedicaba a la pintura; falleció pronto, pues, cuando murió, Eamon sólo tenía tres años.

El pequeño Eamón vino a la tierra de su madre con un tío suyo que regresaba y lo que en principio fue preparado como visita a los abuelos, se convirtió en residencia definitiva para Eamon.

Estos datos están tomados de los que fueron publicados en el periódico "Córdoba" en el año 1969 en una crónica del enviado especial del periódico y de la Agencia Pyresa, Antonio Castro. En dicha crónica que es resultado de la entrevista concedida al periodista por el propio Eamon, Jefe del Estado de Irlanda, éste afirma que su padre era español, nacido en Sevilla. Hay otras muchas revelaciones en esa crónica, que resulta muy interesante y periodística, sobre la vida de este hombre en su larga lucha por la independencia de su Patria contra la dominación inglesa, en la que sufrió prisiones y hasta la condena a muerte, librándose del fusilamiento por su pasaporte norteamericano.

Siempre tuve la suspecha de que podía haber una relación de familia entre Eamon de Valera y los Valera de Doña Mencía y llevado por este interés, ya antes, en una ocasión que estuvo en mi casa de Doña Mencía, la nieta de Don Juan Valera, Doña Dolores Serrat Valera, le pregunté si sabía algo de este parentesco y me contestó, con palabras textuales: "yo no lo sé, pero él, Eamon, cree que sí, porque, recuerdo, que siendo yo una

niña, mi madre, (Doña Carmen Valera) recibió, en una o dos ocasiones, unos mensajeros de Eamon de Valera, un señor ya viejo y una joven, pero ignoro también el objeto que podían tener aquéllas, una o dos visitas recibidas por mi madre". Esto debió suceder por los años 1917 o 1918, calculo yo, precisamente por los años en que la lucha por la independencia de Irlanda estaba en su punto más álgido.

Pudiera muy bien haber sucedido esto, a juicio del autor de estas líneas, con motivo de los insultos aparecidos en un periódico de las autoridades inglesas de Dublín, según la crónica periodística a que antes nos hemos referido. "De Valera pertenece a una raza de asesinos traidores y ha conducido a Irlanda hasta el sendero asesino propio de su raza". Esto era un ataque infame a España, a la memoria de su padre. Es un insulto oficial a España, gritó De Valera, y envió una copia del artículo con una carta a nuestro Embajador en Londres para que interviniera. La gestión produjo efecto. Pero también pudo a la vez enviar esos mensajeros a la familia que tenía en España, los hijos de Don Juan, Doña Carmen Valera y Don Luis Valera, Marqués de Villasinda, también diplomático, casado con una nieta del Duque de Rivas, fallecido en 1926, con el fin de que influyeran en nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores para que elevara a la vez una nota de protesta al Gobierno inglés.

Hay otros detalles en esa crónica que nos recuerdan al mismo Don Juan Valera. "El problema son sus ojos". "Cuando sonó el teléfono fue perceptible el titubeo de su mano hasta alcanzarlo". Como su tío, está casi ciego o ciego en los últimos años de su vida.

Después del informe de la nieta de Valera que me aseguraba definitivamente que existía parentesco entre aquel Valera y éstos, supe por mi amigo Don Jaime Garrido Moreno, que, como Alcalde de Cabra se había dirigido directamente a Eamon de Valera y había recibido su contestación, una o más veces, diciéndole que en efecto su madre, cuando la visitó en 1919, le relató mil detalles de su padre, al que realmente no llegó a conocer; recordaba, decía, haberle oído contar que aún cuando él era de Sevilla, su familia era oriunda de un pueblecito de los alrededores de Cabra, y otros más que probaban, al rememorarlos, el gran cariño que aquel hombre sentía por la memoria de su padre y por todo lo relacionado con su vida, su ascendencia y su tierra de origen. Además de la noticia de esta correspondencia, mi amigo Garrido me entregó una relación de la ascendencia de los Valera, que abarca desde Salvador Valera y López de Ocaña, nacido en 1582 en Doña Mencía, hasta Juan José Valera Roldán, nacido el 4 de Enero de 1751, también en Doña Mencía, entre los cuales hay cuatro generaciones; confrontada esta relación del Sr. Garrido con el árbol genea-

lógico publicado por el autor de estas líneas cuando era Secretario del Ayuntamiento de Doña Mencía, y fue Premio Juan Valera en Cabra en 1948, no difieren en esencia, sólo que la del Sr. Garrido parece tomarse de archivos de Protocolos notariales y se anotan en algunos la fecha del testamento y ante quién; hay algunas diferencias en fechas de nacimiento o matrimonio que por su escasa diferencia no cambian la veracidad de las seis generaciones que comprende la nota del Sr. Garrido

Volviendo al hilo generacional, el último nombrado Don Juan José Aquilino Valera y Valera, o Roldán, debe ser este último el segundo apellido pues la madre se llamaba Doña Teodora Roldán y Gálvez, nacido en 1751, fue Regidor en Doña Mencía y Maestrante de la Real de Ronda; casó en el Puerto de Santa María con Doña María Josefa Viaña y Sánchez de Sanz. Este matrimonio tuvo **once** hijos, uno de ellos Don Antonio Valera y Viaña, que casó con Doña Mercedes Armenteros, y uno de los hijos que tuvieron se llamó también Antonio Valera Armenteros, el cual después de estudios artísticos de escultura y pintura en Madrid y París, emigró a Nueva York.

La posible genealogía de Eamon de Valera, como hijo de padre español y en relación con el diplomático y escritor Don Juan Valera, después de consultados los trabajos anteriores del autor de este estudio y la relación facilitada por el ex Alcalde de Cabra Sr. Garrido, es la siguiente:

La 5.ª generación de los Valera asentados en Doña Mencía desde los últimos años del siglo XVI, fue:

Don Juan Miguel Valera Alcalá-Galiano, nacido en 1723 ó 25, fue Regidor en Doña Mencía y casó con Doña Teodora Roldán y Gálvez, Parto de la 5.ª generación para dejar sentado que también la estirpe de los Alcalá-Galiano entra en la ascendencia del libertador irlandés, que es también una aportación honrosa.

6.ª generación:

Don Juan José Aquilino Valera y Roldán, nació el 4 de Enero de 1751, fue también Regidor de Doña Mencía y Maestrante de la Real de Ronda; casó en el Puerto de Santa María con Doña María Josefa Viaña y Sánchez de Sanz.

La fecha de este matrimonio se ignora de momento. Tuvieron once hijos y residieron sucesivamente en el Puerto de Santa María, en Doña Mencía, en Cabra y en Sevilla.

No sabemos a ciencia cierta el orden de prelación de estos hijos, ni aún el nombre de todos; algunos de ellos pasaron por el Real Colegio de la Purísima Concepción de Cabra, como naturales de Doña Mencía, según

aparece en la Historia de este Colegio de Don Manuel de Vargas publicada en 1879.

Ordenando los datos que tenemos de esta numerosa prole, aparecen de la siguiente forma:

Don Salvador Valera y Viaña, nació en el Puerto de Santa María y casó en Cabra. Su hijo Don Fernando Valera casó también en Cabra con Doña Angeles Freuller y Alcalá-Galiano, medio hermana de Don Juan Valera por ser hija del primer matrimonio de su madre.

Don Pedro Valera y Viaña, pasó como natural de Doña Mencía por el Real Colegio de la Purísima Concepción de Cabra; fue Brigadier del Real Cuerpo de Artillería y Gran Cruz de la Orden de San Hermenegildo; se ignora la fecha de su nacimiento y si tuvo descendencia.

Don José Valera y Viaña, también pasó por el Colegio como nacido en Doña Mencía. Marqués consorte de la Paniega por su matrimonio con Doña Dolores Alcalá-Galiano y Pareja, en Sevilla el 31 de Octubre de 1823, fue Brigadier de la Real Armada, Gobernador Civil dela provincia de Córdoba, Caballero Gran Cruz de San Hermenegildo. Estos fueron los padres de Don Juan Valera.

Don Agustín Valera y Viaña, fue Coronel de Artillería e ignoramos otras circunstancias.

Hubo otro Coronel de Artillería al que familiarmente le llamaban "el Gordo". Así se lee en algunas cartas familiares de Valera.

Aparece también como alumno del Colegio de Cabra, como nacido en Doña Mencía, Don Antonio Valera y Viaña, llegó a Capitán de Navío y en una situación política fue Subsecretario del Ministerio de Marina. Casó en Sevilla con Doña Mercedes Armenteros y tuvieron un hijo llamado Antonio Valera Armenteros, que después de cursar estudios artísticos en Madrid y París, marchó a Nueva York. Aquí, como se dice al principio, conoció a otra emigrada irlandesa, Catalina Coll y después de casarse en una iglesia católica, tuvieron a Eamon de Valera, futuro libertador de Irlanda, bautizado en la católica de St. Agnes 43-Street.

Hay una hija perfectamente identificada en esta familia que se llamó Doña Dolores Valera y Viaña, nacida también en Doña Mencía como sus hermanos. Sabido es que Valera apenas salió del círculo de sus parientes o conocidos, mencianos o cabreños exclusivamente, para formar los tipos originarios de los personajes de sus novelas. En los "Ensayos sobre Valera" de Manuel Azaña y en la parte que dedica a la novela "Pepita Jiménez", dice: "El lance principal, la seducción del seminarista por la viuda, traslada, alterándolo un poco, cierto caso de familia. Doña Dolores Valera y Viaña era novia del joven Don Felipe Ulloa; pobres los dos, no se determina-

ron a casarse. La madre de Dolores concertó la boda de su hija con Don Casimiro Valera, el Don Gumersindo de la novela, ochentón inofensivo, que en brazos de tres fámulos fue puesto en la cámara nupcial. Dolores, menos sumisa que la Pepita novelesca a la autoridad materna, se dejó convencer por argumentos de este orden: Si te casaras con un viejo de cincuenta años, tendrías viejo para toda la vida; con uno de ochenta lo tendrás por poco tiempo". El joven Ulloa, que por despecho se había acogido al Seminario, volvió de temporada a Cabra; Dolores ya viuda lo sedujo y se casaron".

Esta versión es tan real que no puede ser deducida por el ensayista, pues, trae a colación nombres de personas reales; se trata, indudablemente, de un informe confidencial dado por la familia de Don Juan Valera; su hija Doña Carmen, sin duda alguna, que fué la heredera de la biblioteca y la mayor parte de los documentos, notas y el acervo emotivo de su padre. La causa de que Manuel Azaña tuviera acceso al archivo de la familia de Don Juan, fue que Doña Carmen Valera era amiga personal de Cipriano Rivas Cherif y con una hermana de éste, Dolores Rivas Cherif casó Azaña en 1929. En cuanto a Don Casimiro Valera, era Maestrante de Ronda y fué vecino de Doña Mencía; aparece en los archivos de este Ayuntamiento, en los años finales de la Guerra de la Independencia, como contribuyente forastero con motivo de los fuertes tributos que imponía el ejército invasor; fue de los que abandonaron este pueblo al producirse la francesada y podía ser pariente muy cercano de Pepita Jiménez. Es sabido que durante esta guerra la mayoría de las personas importantes de Doña Mencía se refugiaron en Cabra, por estimar encontrarse más seguros en esta población de mayor vecindario. Pocos de los emigrados durante la guerra volvieron a Doña Mencía; desde Cabra, obligados por las necesidades de la vida y el cambio que significó aquel período de tiempo para las clases nobles y de escaso patrimonio, las obligó a lanzarse a conquistar puestos en la sociedad; de esta manera salieron todos los Valera y no lo hicieron los Alcalá-Galiano por haberse adelantado medio siglo.

De los Valera Viaña volvió a Doña Mencía el padre de don Juan Valera, casado en Sevilla con la marquesa de la Paniega, que también era de estirpe menciana. Estos conservaron el escaso caudal que tenían, al que tan apegado estaba Don José Valera, que pasaba largas épocas en Doña Mencía, administrándolo, a la vez que se retiraba a la tranquilidad de su pueblo para librarse de las persecuciones que en aquella época sufrían los tildados de liberales. El último período que vivió, casi siempre solitario, en Doña Mencía, en la casa de su mujer la Marquesa, fue desde 1843 a 1859 en que se fue a Madrid con la familia para morir a poco y todavía

se conserva este patrimonio algo disminuido, en poder hoy de la nieta de Don Juan Valera, Doña Dolores Serrat Valera.

Resumiendo, tenemos que la célebre Pepita Jiménez era tía de Don Juan Valera y tía abuela de Eamon de Valera.

En cuanto a que el Jefe del Estado de Irlanda fuese hijo de un Valera nacido en Sevilla, es lo más lógico; los once hermanos Valera Viaña, en su mayoría, tuvo que ser Sevilla la ciudad donde se acogieron para dedicarse al estudio y conquistar puestos en la sociedad; de los conocidos unos llegan a tener alta graduación en la Marina de Guerra y otros en el Real Cuerpo de Artillería, donde en aquellos tiempos no podían ocupar plaza más que los nobles; el mismo abuelo de Eamon de Valera, Don Antonio Valera y Viaña, alumno del Colegio de Cabra, procedente de Doña Mencía, fué Capitán de Navío y en una situación política Subsecretario del Ministerio de Marina.

El periodista de la Agencia Pyresa al que se alude al principio, que tuvo una entrevista con el Jefe del Estado de Irlanda, dice que cuando éste fué a Fátima con su hijo, al pasar por Loyola vieron una estatua firmada por Coullaut-Valera, cosa que suponemos les agradaría sobremanera, comentando que en Madrid había otra, la del monumento al Quijote; tal vez no supieran que este escultor era sevillano y de su misma estirpe.

Don Juan Valera decía de sus antepasados "que no es casta la suya de ganapanes o destripaterrones humildes, sino de gente del bronce, hidalga, de ánimo levantado, en quien prevalecen los bríos y el vivir heroico de los pobladores de Doña Mencía en la Edad Media que eran guerreros fronterizos de tierras de moros". Bueno, esto lo dice Valera por boca del Doctor Faustino, novela que coinciden todos los críticos en estimar que se trata en mucho de su propia autobiografía.

No es sólo en esa novela donde Don Juan habla de sus antepasados en tono entusiasta. En "El Comendador Mendoza" que coinciden muchos en apreciar se trata de un episodio de la vida de uno de sus antepasados, llega a decir: "Aunque contrarios en el fondo del alma al pensamiento político de los españoles de entonces, le habían servido (al rey) con brillantez por su amor a la vida inquieta; pero en la administración tranquila de sus bienes jamás se habían empleado con acierto, de suerte que, decaida España de su antigua pujanza, sin Flandes, Indias e Italia, donde ir a rehacer o mejorar patrimonios, el de los Mendoza había caido por tierra del modo más lamentable". Como todo está considerado como historia, en términos generales, de la vida de sus antepasados, puede ser aplicado al héroe de la independencia de Irlanda.

Como complemento haré a continuación relación de algunos de los hombres con el apellido Alcalá-Galiano que nacieron en Doña Mencía y de los que al final iban saliendo.

En el año 1653 en que se compró la jurisdicción al Sr. Duque de Sessa, era Regidor un Francisco López de Alcalá.

El apellido compuesto Alcalá-Galiano se formó en este pueblo

Don Juan Alcalá-Galiano, figura en el año 1680, como Alcalde y Juez ordinario de Doña Mencía.

El Alcalde ordinario en 1701, era Don Jacinto Roldán Alcalá-Galiano.

En este mismo año 1701, aparece un documento en el archivo municipal de Doña Mencía, en el que el Sr. Duque de Sessa dá las gracias a Don Miguel Francisco Alcalá-Galiano Barnuevo, Alcaide del Castillo y Fortaleza de Doña Mencía, que salió con los milicianos que correspondieron a este pueblo para el socorro de Gibraltar.

En 1751 era Regidor-Capitular Don Juan Miguel Valera Alcalá-Galiano; éste fué transbisabuelo de Eamon de Valera y bisabuelo de Don Juan Valera.

Don Antonio Alcalá-Galiano y Pareja, Caballero de Santiago; fue Coronel del Regimiento Provincial de Ecija con el cual se distinguió en la guerra del Rosellón en 1793 y 94 y especialmente en la defensa de Bellegarde; llegó a ser Mariscal de Campo y Comendador de la Orden de Alcántara.

Su primer hijo, nació en Doña Mencía y murió en la misma guerra del Rosellón cuando acababa de alcanzar el grado de Coronel.

Don Vicente Alcalá-Galiano y Alcalá-Galiano, segundo hijo del anterior, nació en Doña Mencía en 1758, fue Comisario de Guerra, Hacendista, director General de Rentas y Tesorero General del Reino, falleció en Cádiz en 1810.

Don Dionisio Alcalá-Galiano y Alcalá-Galiano, tercer hijo, nació en Cabra en 1762 (nótese que en el tiempo que media entre el nacimiento de estos dos hijos, se marcha esta familia a Cabra), fué eminente marino, matemático, astrónomo y murió heroicamente en la batalla de Trafalgar mandando el navío Bahama.

Don Antonio Alcalá-Galiano y Villavicencio, hijo del anterior, nació en Cádiz en 1789, político y orador insigne, murió en Madrid en 1865, siendo Ministro.

A éste último le llamaba Don Juan Valera su tío, aún cuando no era tan cercano su parentesco. En las notas biográficas y críticas que escribió sobre él dice: "En la misma ciudad en que yo nací, en Cabra, había na-

cido el padre de Don Antonio, el sabio marino Don Dionisio Alcalá-Galiano, que en el combate de Trafalgar cerró, cual varón fuerte, gloriosa vida con heroica muerte. Y en la cercana villa de Doña Mencía, en espacioso y elegante templo, testimonio, si no de la riqueza, de la piedad, desprendimiento y devoción de sus habitantes, se ven, desde hace dos siglos los retablos de roble esculpido y dorado, las capillas y las bóvedas sepulcrales de las familias de los Galiano y de mi madre y que llevan aún el mismo apellido. Mi parentesco con Don Antonio no era, pues, muy cercano, pero por las expresadas circunstancias, parecía más íntimo y de más valer que si lo fuese"

Damos punto final a este trabajo considerando que están suficientemente probadas las raíces familiares de que procede el insigne irlandés, Eamón de Valera, con lo que se demuestra a la vez que las características de una familia o raza permanecen a través del tiempo de una forma sorprendente.

En el centenario de la novela de Pepita Jiménez

Por José VALVERDE MADRID

En el mes de marzo de 1874 se publica el primer fascículo de la novela Pepita Jiménez en la Revista "España". Su autor es don Juan Valera, quien había sido el fundador de dicha revista hacía poco tiempo. Como su biografía es muy conocida vamos a señalar solamente en este centenario de la aparición de esta bella novela algunos detalles relacionados con ella.

Tenía en aquel tiempo Valera cincuenta años. Ya era Académico de la Española desde el año 1861 y su fama como crítico literario y bibliófilo era muy extendida en los ambientes culturales. Poeta desde los quince años, su primer libro de versos lo publicará en Granada gracias a su padre, pero a la novelística no había dedicado nada más que la labor crítica. Un género que cultivaba mucho era el epistolar, de ahí que la novela Pepita Jiménez comience, en esa forma, su narración. Son miles sus cartas de las que las más bellas fueron las publicadas recientemente por Sáenz de Tejada en su epistolario con Estébanez Calderón "El solitario" y las más densas las que, en el año 1930, publicaron Artigas y Sáinz Rodríguez de su epistolario con Menéndez Pelayo.

Solamente, en una breve síntesis biográfica, diremos que Valera estudió leyes y filosofía en los seminarios de Málaga y Granada, en éste en el Sacro Monte y solamente un año en Córdoba estudios primarios, con ocasión de que su padre fuera nombrado, después de 1833, a la muerte de Fernando VII, comandante militar y jefe político de Córdoba. Desempeñó misiones diplomáticas de secretario con don José Delavat en Bra-

sil, con Alcalá-Galiano en Lisboa y con el duque de Rivas en Nápoles, aparte de su estancia en Moscú con el duque de Osuna. Sus amoríos fueron múltiples, desde su enamoramiento de Gertrudis Gómez de Avellaneda, pasando por la Marquesa de Beldmar, "La muerta" hasta Corina Rivas y la hija del secretario de Estado de Estados Unidos. Hay monografías dedicadas a sus amadas, como la muy bella del Marques de Santo Floro a Luisa Paladi. Y así llegamos al año 1874. Muerto su padre en 1859, su hermana Ramona, marquesa de Caicedo, en 1867, y su madre, en un desgraciado accidente cerca de París, en 1872, se encuentra con que tiene que administrar el caudal heredado de doña Dolores Alcalá Galiano, Marquesa de la Paniega, su madre. Esta había casado primeramente con un general suizo al servicio de España, don Salvador Freuller, con el que tendría un hijo llamado José, que sería el IV Marqués de la Paniega, luego ella casó con un marino liberal: don José Valera Viaña, con el que tendría tres hijos; Juan, Sofía, la gran belleza que emulaba a la de Eugenia de Montijo en los salones granadinos, y Ramona. En la temporada de Granada de sus padres alternaban con los Montijo. Quería doña Dolores emular aquellas bodas de su amiga cuyas dos hijas casaron con el emperador de Francia y el duque de Alba.

Ya estaba casado Valera desde el año 1867. Se casó con la hija de su jefe en el Brasil, don José Delavat, pero muy pronto empezaron los disgustos y acordaron la separación. Una separación amistosa con frecuentes misivas entre el matrimonio, y debida, quizás, al carácter indomable de la suegra de Valera, que, ya viuda, acompañaba al matrimonio. Conoció a su mujer cuando estaba de secretario de Embajada en Río de Janeiro y al casarse le llevaba veinte años Don Juan. Estaba enamorado de ella y en muchas cartas expresa su pena de que no le quiera, de ahí que su estancia en Doña Mencía fuera un lenitivo para una insufrible convivencia. Tras de una época brillante epistolar con "El Solitario" hay, en la época de Valera de los año 70, un bache epistolar. No se acusa, entre su denso correo, más cartas que a su esposa y es ya desde el año 1878, cuando comienza la época brillante epistolar con Menéndez Pelayo. Solamente hay, de este año 1874, la carta dirigida a don Francisco Moreno, cacique de Doña Mencía, la que, merced al alcalde de este pueblo, Sr.Navas, trascribo y que así dice:

"Madrid 18 de noviembre.

Querido amigo Moreno: Por si no llega por ahí el Almanaque de la Ilustración Española he encargado al Editor que envíe a Vd. un ejemplar, en cuanto salga. En él va un cuento muy curioso que se me ha ocurrido,

Anverso y reverso de medalla conmemorativa en homenaje a la obra valeriana "Pepita Jiménez" (ejecutada por la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre)

Madrid 18 de Noviembre.

Querido amigo Moreno:

Por si no llega por ahí el Almanaque de la Ilustracion española he encargado al Editor q. envie á Vd. un ejemplar, en cuanto salga. En él vá un Cuento muy curioso q. se me ha ocurrido, y cuyo héroe sale de Vesci, que así se llamaba la poblacion antiquísima que hubo en el Laderon, junto á Doña Mencia. Mi personage,

BRAC, 94 (1974) 35-40

contemporáneo de Salomon, 1000 años antes de Cristo sobre poco mas ó menos, figura en mil estupendos lances, como Vd. verá, si me lee.

Espero la fotografia para darla al punto al dibujante y grabador que me saquen una preciosa lámina para adornar á Pepita Jimenez.

Pida Vd. á Manuel Martinez los 7200 rs. que venda vino para pagarlos.

Adios: Conservese bueno; dé expresiones cariñosas á Manolita y creame siempre su afmo amigo

J. Valera.

BRAC, 94 (1974) 35-40

y cuyo héroe sale de Vesci, que así se llamaba la población antiquísima que hubo en el Laderón, junto a Doña Mencía. Mi personaje, contemporáneo de Salomón, mil años antes de Cristo sobre poco más o menos, figura en mil estupendos lances, como Vd. verá, si me lee.

Espero la fotografía para darla al punto al dibujante y grabador que me saquen una preciosa lámina para adornar a Pepita Jiménez.

Pida Vd. a Manuel Martínez los 7200 reales — que venda vino para pagarlos.

Adios. Consérvese bueno: dé expresiones cariñosas a Manolita y creame siempre su afmo. amigo J. Valera".

Está escrita desde Madrid, cuando, ya terminada la recolección de la uva, rinde cuentas con el dueño del lagar y nos prueba que ya en el otoño estaba terminada la novela "Pepita Jiménez". En una carta, posterior en años, le dice a Menéndez Pelayo que había tardado, en otra novela, cuatro meses en escribirla y que eso era, en él, tardar mucho, luego calculamos que entre los meses de enero, febrero y parte de marzo escribiera los primeros fascículos de la novela que se empieza a fines de marzo a publicar en Madrid. También aflora, en esta carta, el cariño que siempre tuvo a Doña Mencía y que hiciera que, aún habiendo recorrido muchos países extranjeros, en su novelística siempre salieran a relucir personajes y parajes de Doña Mencía, aunque no era su pueblo natal. Allí había una casa de los Alcalá-Galiano que era la de don Pedro Leonardo Alcalá, que fue de regidor y se quedó a vivir y donde se crió don Juan Es la casa que hoy es cuartel de la Guardia Civil, en la calle Vuelta del Sacramento. Esta casa aún conserva en la escalera los escudos, con la cruz de Santiago acolada, de los Alcalá y los Pareja de la Serna, los dos apellidos de la madre de don Juan. Por cierto que el de los Alcalá tiene los mismos cuarteles que el de los Alcalá-Zamora de Priego y la misma forma oval, como descendientes todos de un mismo tronco en el que hay que hacer notar las grandes figuras de Dionisio Alcalá-Galiano, al sabio marino, héroe de Trafalgar, y la de Antonio Alcalá-Galiano, el literato autor de la obra "Literatura del siglo XIX", tío suyo y jefe en misiones diplomáticas de don Juan Valera. Por el contrario su padre, don José Valera Viaña, era natural del Puerto de Santa María, aunque oriundo de Doña Mencía.

Mas esta casa de los Alcalá-Galiano no fue en la que se gestó la inmortal novela, sino la que, en la calle Llana, compró don Juan cuando se hizo cargo de la labor que le correspondía, en las fincas Alamillo y la Paniega, a la muerte de su madre. También llevaba la de su hermana

Sofía, quedándose la casa de los Alcalá para el primogénito y Marqués, su hermano don José Freuller Alcalá-Galiano, que era, a la sazón, alcalde de Málaga y político preheminente en aquella región. Este ayudó mucho a su medio hermano Valera y hasta en su candidatura a diputado a Cortes contó con sus votos malagueños.

La casa en la calle Llana de Doña Mencía tiene una bonita portada en la que hay un escudo, al parecer, del propietario anterior que era familiar del Santo Oficio de apellido Gómez Roldán y aneja estaba la casa de labor, más pequeña, en la que también campeaba el emblema de la Inquisición. No creo que fuera el escudo de los Valera que no es así. El precio que pagó por ella fueron 28.000 pesetas, que es el que, cuando muere se inventaría en la herencia de don Juan Valera. La vida que hacía en Doña Mencía era de plena felicidad y se refleja gráficamente en una pequeña obra, con el título "Delicias de Doña Mencía", que dibujara Jules de Greind, un buen amigo de Valera, quien, por cierto, no llegó a conocer Doña Mencía pero que, por los relatos de don Juan, la reflejara con gracia y donosura. No hay pues esa enfermedad, "sindineritis", de que se habla en la biografía valeriana pues cuando estaba de diplomático cobraba un gran sueldo que le permitía vivir bien y llegaba a coleccionar libros costosos, pues era un bibliógrafo impenitente; luego, en las temporadas que no estaba en misión diplomática, tenía sus fincas, y más caudal aún que su esposa.

Dice Azaña, en sus estudios sobre Valera, quien debía estar bien enterado por su acceso al archivo familiar de la hija tenía a su disposición en Madrid, que la trama de Pepita Jiménez se basa en el enlace de doña Dolores Valera Viaña, hermana del padre del escritor, con un joven Ulloa de Cabra. No hay prueba documental de esto, es más: ponemos en duda que sacara a relucir amoríos de su tía carnal, que ésta fuera de origen humilde, como lo fuera Pepita Jiménez, que casa con don Casimiro Valera, viejo rico y luego con su antiguo novio, ya seminarista cuando ella era viuda.

Era Dolores Valera hermana de un maestrante de Ronda, como era el padre de don Juan y menor que él, ignoramos la fecha de su muerte, pero sería, poco más o menos, alrededor de la fecha de composición de la novela. Por el contrario, en los libros parroquiales de Doña Mencía, hallamos múltiples apellidos "Jiménez" y "Vargas" que son los de la novela, en la que se ven muchos detalles autobiográficos de la juventud de don Juan y es tradición menciana que fue una tía de don Juan Valera, doña Carmen Alcalá la que quizás diera origen a la trama. Esta dama, al parecer,

murió soltera, era hermana menor de su madre y en las cartas de la juventud de Valera siempre mandaba recuerdos para ella.

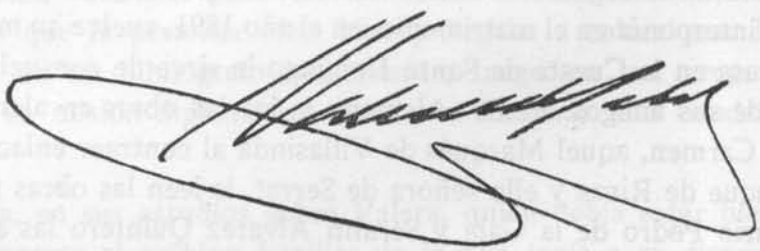
Que ya tenía pensado hacer una novela en los años cincuenta tenemos una prueba en la correspondencia de Valera con "El Solitario", es más, pensaba dedicársela a éste. Con la muerte de Estébanez se cortó esta correspondencia tan sugestiva en la que tanto aflora el cariño a Doña Mencía. En otras palabras del inmortal novelista sale a relucir el pueblo, sus pagos y sus personajes. Aquel caballero santiaguista, su bisabuelo, es el que inspira el Comendador Mendoza. Y Valera, que, por sus viajes, podría habernos descrito escenarios europeos y americanos, se ciñe en sus descripciones a Doña Mencía y a su mundo circundante. Es la época feliz, el mundo de ayer que diría Stefan Zweig, que vive en el recuerdo del novelista, pues conforme avanza la vida de Valera se le acumulan las desgracias. Primeramente la época calamitosa de Norteamérica que fue un bache intelectual de cerca de diez años sin producir nada, solamente de él salvamos sus "Cartas americanas", luego el drama de su amada Katerine y su suicidio en Washington, al enterarse de la vuelta a España de su amado y por último la ceguera. Cuando muere su suegra, la que, a mi parecer, era la que se interponía en el matrimonio, en el año 1891, vuelve su mujer a él y allí, en la casa en la Cuesta de Santo Domingo le sirve de consuelo. También la visita de sus amigos. El Dr. Alemany le lee las obras en alemán, sus hijos Luis y Carmen, aquel Marqués de Villasinda al contraer enlace con la nieta del Duque de Rivas y ella señora de Serrat, le leen las obras francesas y su secretario Pedro de la Gala y Serafín Alvarez Quintero las escritas en español. A su secretario le dicta su producción literaria y su hijo Luis lee el discurso de los Juegos Florales de Córdoba en 1903. Eugenio d'Ors es su consultor en materia de arte, a él recurre si le parecen o no bien las ilustraciones de sus obras o inclusive los bustos que le hiciera su sobrino Collaut-Valera. Detengámosnos en esta figura pues es el escultor del modernismo, de aquel bello estilo que Valera intuyera en la obra "Azul" de Rubén Darío, que prologa en el año 1888.

La vida académica de Valera continúa hasta poco antes de morir. En el año 1904 lee su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Politicas y sufre un desvanecimiento mortal el día 12 de abril de 1905 cuando le estaba leyendo su hijo el discurso que se le había encomendado por la Real Academia para conmemorar la edición del Quijote, discurso que le había dictado el día anterior a su secretario.

Valera había hecho testamento un año antes ante el Notario madrileño Sr. Turón, en el que se ve su cariño a su hija Carmen pues dos tercios

de su herencia van a ella más una parte de su legítima, declara que tiene separación de bienes con su esposa, a la que no deja ni un recuerdo, y cuando se efectúa la partición de sus bienes se vé que son muchos miles de pesetas los que tiene en sus fincas, las que había acrecentado con compras afortunadas y con los derechos de autor de sus obras.

La novela "Pepita Jiménez" ha sido objeto de muchas ediciones, destaquemos entre ellas la del prólogo de Azaña, la de lujo de Calpe de 1925 con ilustraciones de Lozano Sidro y la de la Biblioteca Nueva, ya por su 11.ª edición, ilustrada por Fernando Marco. Medalla conmemorativa se hizo años hace una por la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, que tiene la efigie de Pepita con los ojos vendados por un amorcillo y en el dorso un bonete con un ratón y una frase de la obra. Ópera hizo una Luis Serrano, loa, la famosa de los Quintero y poesía más bella a esta obra dedicada, la de Mariano Roldán desde las columnas del número 75 del Boletín de la Academia cordobesa que fue, en el centenario, lo más destacado que intelectualmente se hiciera.



Tres cartas inéditas de Don Juan Valera

Por Rafael GRACIA BOIX

Todos los grandes hombres que han ocupado un lugar preeminente entre las pléyade de astros que han formado la constelación en el firmamento de las Ciencias, las Artes y las Letras, su vida y obra, a partir de la fecha de su muerte, han sido objeto de un tan minucioso desmenuzamiento que, en la mayoría de los casos, ha sido llevado a tal extremo y con tanto rigor y escrupulosidad —no quisiéramos pecar de exagerados— que bien puede decirse que han sido microscópicamente analizados —éste es el tributo que han de pagar las glorias cuya fama les llevó a traspasar el umbral de las fronteras nacionales— y como es lógico, de este meticuloso examen no podía escapar ni ser una excepción —debido a su gigantesca dimensión en el mundo de la literatura— nuestro insigne comprovinciano don JUAN VALERA Y ALCALA GALIANO que, aunque el actual príncipe de las letras hispánicas, don José María Pemán, diga que se le ha estudiado poco (1), sin embargo —perdónesenos la osadía de disentir de tan alta autoridad— consideramos que, del Valera diplomático, político y, mucho más, del literato, se han empleado toneladas de papel y se han invertido arrobas de tinta —sirva como ejemplo, el que, en el intervalo de algo más de dos meses, en el espacio que media entre el 10 de diciembre de 1946 al 23 de febrero del siguiente año, en el diario "A B C" de Sevilla, el maestro de Monóvar, Azorín, le dedicó nada menos que cuatro artículos (2)— e incluso el mismo don José María Pemán, algo más adelante del escrito que comentamos (3) dice: que todo lo había dicho él de sí mismo y que **Valera es uno de esos escritores que "se dan por descontados"; que "se callan por sabidos",** por lo tanto quiere decir que ya está casi todo dicho y, por si algo faltara —apostillamos nosotros—, ahí está la Asociación de **"Los Amigos de don**

Juan Valera" instituida en su pueblo natal, Cabra, que, periódicamente, convoca un certamen en el que ha de ponerse de manifiesto alguna de las facetas que aún puedan quedar ocultas del egregio autor de **Juanita la larga.**

Con motivo del ciento cincuenta aniversario de su nacimiento, y del medio siglo de la aparición en letra impresa de su inmortal obra **Pepita Jiménez,** la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, siempre atenta a cualquier manifestación de índole cultural o que sea de la incumbencia de su instituto, ha querido en esta ocasión, honrar la memoria de tan ilustre prócer, dedicándole un sencillo, pero emotivo, homenaje de admiración y recuerdo, al cual hemos querido contribuir con esta modesta aportación.

No es necesario hacer mucho hincapié para demostrar que, la epístola, ha sido de siempre un género literario que ha gozado de las más diversas fortunas a través de los tiempos. Unas veces, fueron redactadas para ser dirigidas a destinatarios indeterminados y otras, a personas conocidas. Ha sido, de siempre, un medio de comunicación social entre las personal cultas y, hasta se nos ocurre pensar —perdón por lo descabellado de la idea que, tal vez, hace muchos milenios, los egipcios, escribirían largas misivas en jeroglíficos, teniendo por soporte el legendario papiro.

Grandes epistológrafos han existido durante todas las épocas, baste recordar, y que son sumamente conocidas por todo el mundo cristiano, la epístola de los Apóstoles: las de San Pablo a los romanos, corintios, gálatas, efesios, etc.; las de Timoteo; Santiago, San Pedro; San Juan y las de Judas Tadeo y, aún después, las de nuestro paisano Séneca, cuyas cartas a Lucilo y a su madre Helvia (4), consolándolos durante su destierro, forman una gran parte de su grandiosa producción filosófica, y sin salirnos de nuestra demarcación geográfica de esta **piel de toro,** en que nos ha tocado vivir, Antonio Ponz (1725-1792) (5) que utilizó este medio para dar a conocer su genial obra **Viage de España.** Bécquer (1836-1870), (6) cuyas **Cartas a mujeres** o **Desde mi celda,** escritas en el Monasterio de Veruela y publicadas muchas de ellas en **El Contemporáneo** —diario prestigioso de la época— y que, por su delicadeza narrativa, aún hoy día se leen con verdadero placer y deleite. Angel Ganivet (1865-1898) (7), que comenzó su carrera literaria de este modo, puesto que, sus artículos **Granada la Bella** y **Cartas finlandesas** están redactadas en forma de misivas a personas imaginarias. Jaimen Balmes (1810-1848) con **Cartas a un escéptico en materia de religión.** Las famosas de José Blanco White (1775-1841) (8), que, después de siglo y medio, han visto la luz en lengua castellana sus **Cartas a España.** y, no echemos en olvido, los incluídos dentro de la

llamada generación del 98: entre ellos a Menéndez Pelayo (1856-1912), (9) que, aunque le dijera a su amigo Farellino **"reconozco que soy tardío y perezoso para la correspondencia epistolar..."**, no hubo amigo con el que no mantuviera una tan larga como jugosa e interesante correspondencia en todos los órdenes; Unamuno (1864-1936); Benavente (1866-1954) con su no menos célebres **Cartas a mujeres** y Donosos Cortés, quien al parecer, solía decir que, cuando Dios le pidiera cuentas de en qué había empleado su existencia, ten dría que responderle: (10) **"Señor, en hacer visitas y escribir cartas"**, y, en fin, para qué proseguir, epístolas se han escrito en todas las épocas y en las más variadas formas..., con más o menos éxito, por quienes han usado como medio la expresión el cálamo.

Con motivo del centenario del nacimiento de don Juan Valera, la Real Academia Española, en 1924, por especial deseo del entonces su digno Presidente el Conde de las Navas, se nombró una Junta que organizara un homenaje en memoria de tan singular escritor, que fue denominado: **"Semana conmemorativa de don Juan Valera"**, se repartieron los asuntos a tratar y, según confiesa el último de los anotadores del **Quijote** y las **Novelas Ejemplares** de **Cervantes**, don Francisco Rodríguez Marín (11), —buen andaluz y mejor amigo de Córdoba y Valera— le cupo el gran honor de que le tocara en suerte estudiar al universal egabrense como epistológrafo, para lo cual, contó —según nos dice— con gran número de cartas, entre ellas con las colecciones que poseían don Narciso Campillo; Menéndez Pelayo; las del propio presidente, Conde de las Navas; la de don Manuel Tamayo y Baus; las del terrateniente de Doña Mencía, don Juan Moreno Güeto —quien según tengo entendido, favorecía, o al menos, en varias ocasiones sacó de apuros económicos a don Juan, además de velar por los pocos intereses que éste poseía en aquel pueblo —y otras que se hallaban en poder de los deudos del vate pontanés Manuel Reina, a parte de las que poseía y algunas de oidas. Con todas ellas, en la noche del 12 de diciembre de dicho año (1924), en el salón de actos de la docta corporación, el selecto público asistente, tuvo la inmensa satisfacción, de poder deleitarse con el ameno e interesante discurso que, Rodríguez Marín, su entrañable amigo, había compuesto, para según él, rendirle un escaso tributo al saber tan portentoso que poseía Valera.

Con el mismo motivo, aunque dos años más tarde, en 1926, vio la luz la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos del Ayuntamiento de Madrid, una serie de Cartas, igualmente inéditas, debidas al Sr. Domínguez Bordona.

En repetidas ocasiones, nuestra secular Academia, cuando se ha pre-

sentado la oportunidad para ello, también se ha ocupado de exaltar y poner de manifiesto las dotes humanísticas e intelectuales de don Juan Valera.

Pasados los años, en 1967, nuestra erudita compañera de Academia, doña Africa Pedraza, publicó un folleto con un sabrosísimo **Epistolario valeriano,** (12) en el que recoge y analiza varias cartas de muy diverso contenido, pero eso sí, siempre rebosante de ese jugoso casticismo y gracejo del que, cual ninguno, poseía ese gran cordobés de Cabra.

Todo cuanto hemos visto relacionado con el epistolario de don Juan Valera, han sido pequeños fragmentos que, en la mayoría de los casos, son los que han dado ocasión y proporcionado a su autor materia para hacer los oportunos comentarios y ese análisis de que antes hablábamos, nosotros, vamos a insertar textualmente el contenido de las cartas y su reproducción, por entender que, un documento, según sea el estudioso o investigador que lo utilice, puede de él extraer muy diferentes y diversas conclusiones, según la materia que se trate —historia, política, sociología, filología, etimología y en especial, aquí tienen los grafólogos un extraordinario caudal donde poder sacar conclusiones y explicar muchas de las características ignoradas de tan relevante personalidad, limitándonos por nuestra parte a efectos unas levísimas consideraciones sobre ellas.

Hemos de confesar la gran fortuna del hallazgo de estas tres cartas, que consideramos inéditas, ya que en nuestra búsqueda no se ha encontrado noticias —ni aún fragmentarias— de su publicación en parte alguna.

De las tres cartas en cuestión, dos de ellas están escritas de su puño y letra y como todas ellas —de la última o tercera ya diremos— fueron dirigidas a un prócer baenense y tienen la particularidad de haber omitido —como se puede apreciar el año de su data.

La primera carta está redactada en un folio doblado en cuartillas de 33 x 210 mm. ocupando sólo las dos primeras páginas —anverso y reverso— las dos restantes permanecen en blanco. Tiene un membrete oficial y su texto dice así:

"MINISTERIO DE ESTADO.--Subsecretaría.--Particular. Madrid 13 de Enero.--Mi querido amigo Dn. Antonio: Sin tiempo para más le escribo a escape dándole infinitas gracias por todo el interés, tan eficaz, que se toma Vd. en favor de mi candidatura. Si esta triunfase, para lo cual confío mucho en la actividad, decisión y empuje de Vd. y de sus amigos, tendría yo pronto el gusto de ir á dar á todos personalmente las gracias y á conocer a las que no conozco. Con esto haría además, una visita á mi

MINISTERIO DE ESTADO

Subsecretaría

Particular

Madrid 13 de Enero...

Mi querido amigo D.ⁿ Antonio: Sin tiempo para mas, le escribo á escape dandole infinitas gracias por todo el interes, tan eficaz, q.e se toma V.d. en favor de mi candidatura; Si esta triunfase, para lo mucho que cuento con la actividad, decision y empuje de V.d. y de mis amigos, tendria yo prontisimo gusto de ir á dar

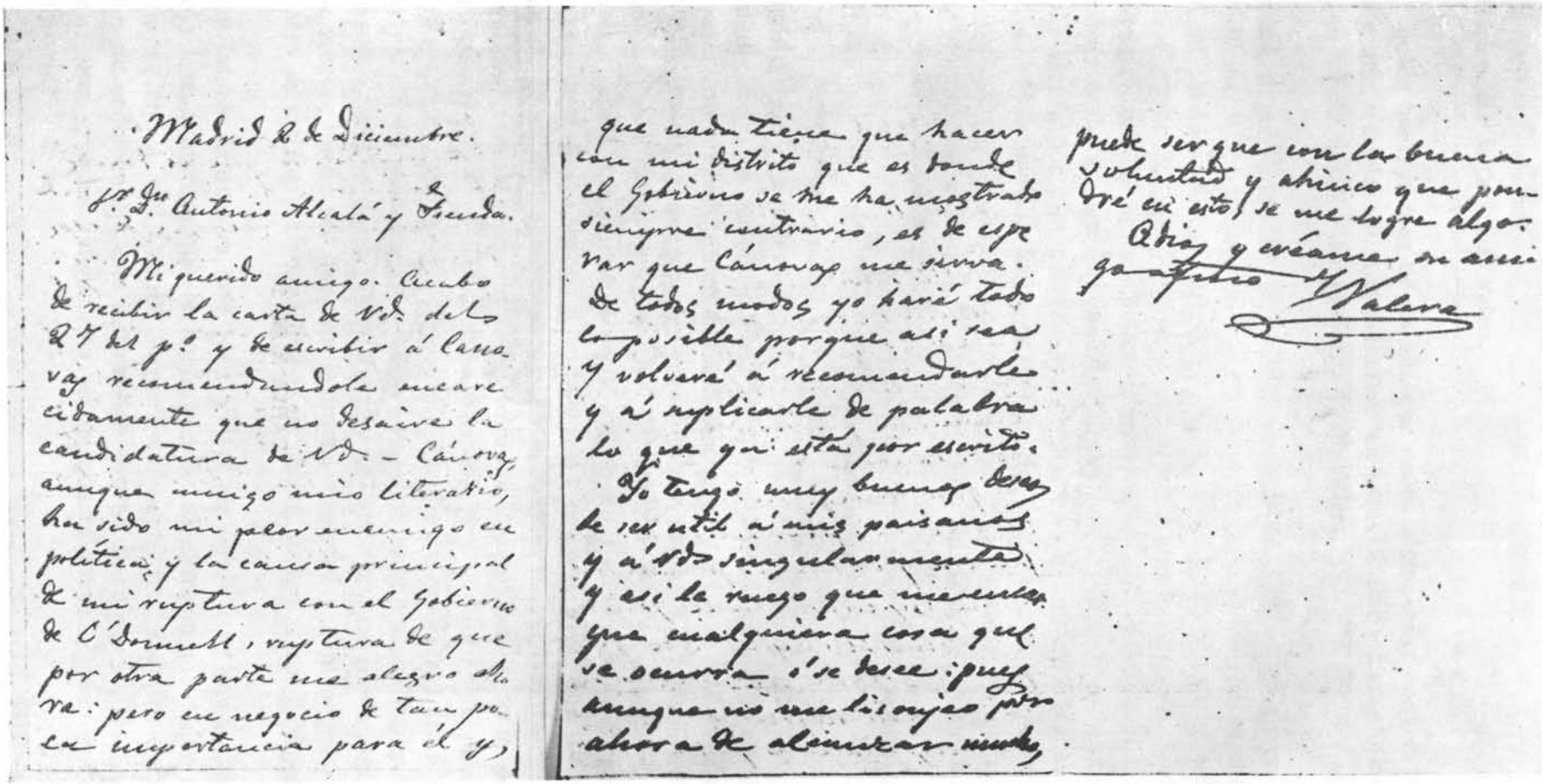
CARTA NUM. 1 (Anverso)

á todos personalmente las gracias y á conocer á los que no conozco. Con esto haría además una visita á mi madre, á quien hace ya mas de un año que no he visto.

Muy conveniente ha de ser que redoble Vd. sus esfuerzos en estos últimos días.

Adios. Creame su afmo amigo y compañero Juan Valera

CARTA NUM. 1 (Reverso)



Madrid 8 de Diciembre.

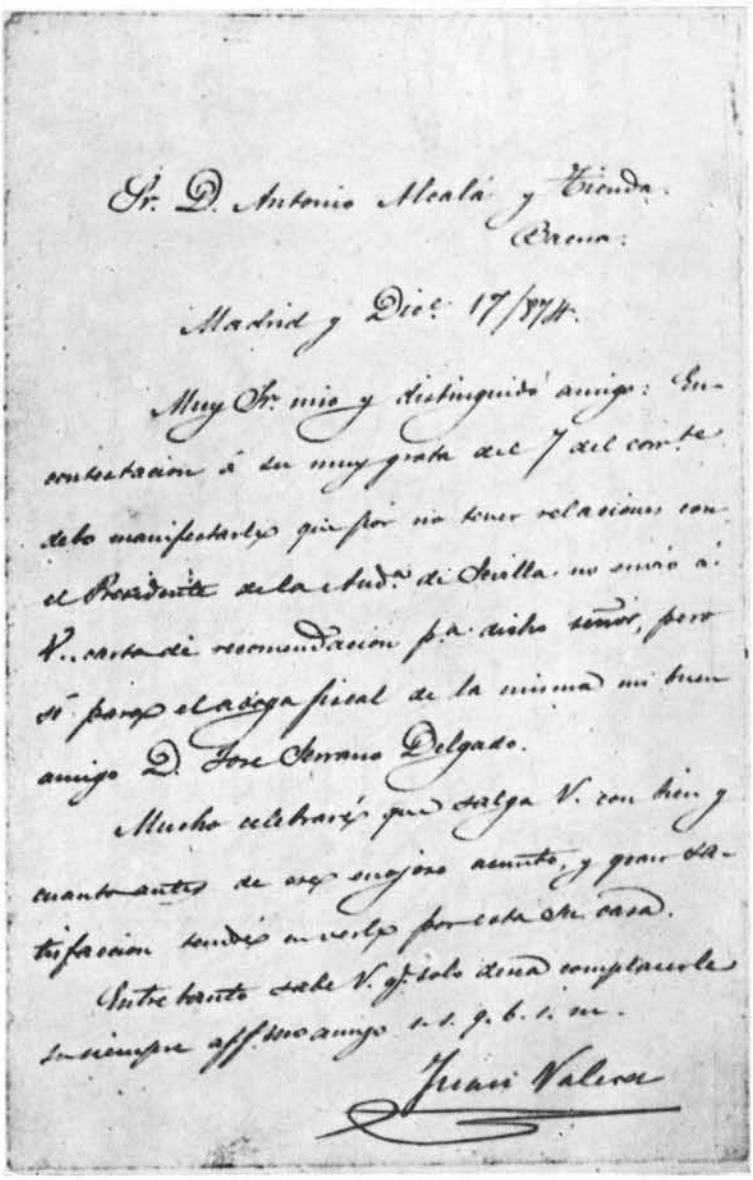
Sr. D. Antonio Alcalá y Zamora.

Mi querido amigo. Acabo de recibir la carta de Vd. del 2 7 del p.º y de escribir á Cánovas recomendándole encarecidamente que no desaire la candidatura de Vd. - Cánovas, aunque amigo mío literario, ha sido mi peor enemigo en política; y la causa principal de mi ruptura con el Gobierno de O'Donnell, ruptura de que por otra parte me alegro ahora: pero es negocio de tan poca importancia para él y, que nada tiene que hacer con mi distrito que es donde el Gobierno se me ha mostrado siempre contrario, es de esperar que Cánovas me sirva. De todos modos yo haré todo lo posible porque así sea y volveré á recomendarle y á replicarle de palabra lo que ya está por escrito.

Yo tengo muy buenos deseos de ser útil á mis paisanos y á Vd. singularmente y así le ruego que me mande que cualquiera cosa que se ocurra ó se desee: pues aunque no me lisonjeo por ahora de alcanzar mucho, puede ser que con la buena voluntad y ahínco que pondré en esto se me logre algo.

Adios y créame su amigo afectísimo y Valera

CARTA NUM. 2



Sr. D. Antonio Alcalá y Tienda.
Baena:

Madrid y Dic.e 17/874.

Muy Sr. mio y distinguido amigo: En contestacion á su muy grata del 7 del corr.te debo manifestarle que por no tener relaciones con el Presidente de la Aud.a de Sevilla no envió á V. carta de recomendacion p.a dicho señor, pero sí para el abogado fiscal de la misma mi buen amigo D. Jose Serrano Delgado.

Mucho celebraré que salga V. con bien y cuanto antes de ese enojoso asunto, y gran satisfaccion tendré en verle por esta su casa.

Entre tanto sabe V. q.e solo desea complacerle su siempre aff.mo amigo s. s. q. b. s. m.

Juan Valera

CARTA NUM. 3

madre, a quien hace ya mas de un año que no he visto.--Muy conveniente ha de ser que redoble Vd. sus esfuerzos en estos últimos días.--Adios.--Creame su afmo. amigo y compañero.--Juan Valera."

Como del contenido se desprende, se trata de recabar el apoyo de sus partidarios, y amigos de los amigos, para la consecución de candidaturas en su partido político con el fin de escalar a un escaño en el edificio de la Carrera de San Jerónimo de Madrid, como Diputado. Como no consigna el año de su expedición, consideramos sería anterior al 1868, pues en esta fecha ya era Diputado a Cortes por la ciudad de Montilla (Córdoba). Como por otra parte —por premura no ha sido posible el investigarlas— ignoramos la fecha de defunción de la madre, no podemos precisar con exactitud cuándo fué escrita. La letra es abierta y estirada, con gran dominio de pulsación y sin titubeos y no denota —como buen literato— rectificación alguna en las ideas, ni cambios de giros.

Aún más sabrosa y de mayor interés es esta otra carta, igualmente escrita de su puño y letra, cuyo contenido es el siguiente:

"Madrid 2 de Diciembre.--Sr. Don Antonio Alcalá y Tienda. Mi querido amigo. Acabo de recibir la carta de Vd. del 27 del p.° y de escribir a Cánovas recomendándole encarecidamente que no desaire la candidatura de Vd.--Cánovas, aunque amigo mío literario, ha sido mi peor enemigo en política y la causa principal de mi ruptura con el Gobierno de O'Donnell, ruptura que por otra parte me alegro ahora: pero en negocio de tan poca importancia para él y, que nada tiene que hacer con mi distrito que es donde el Gobierno se me ha mostrado siempre contrario, es de esperar que Cánovas me sirva.--De todos modos yo haré todo lo posible por que así sea y volveré á reconmendarle y a suplicarle de palabra lo que ya está por escrito.--Yo tengo muy buenos deseos de ser útil á mis paisanos y á Vd. singularmente y así le ruego que me encargue cualquiera cosa que se ocurra o desee: pues aunque no me lisonjeo por ahora de alcanzar mucho, puede ser que con la buena voluntad y ahinco que pondré en esto se me logre algo.--Adios y créame su amigo afmo. J. Valera."

Gran interés demuestra don Juan Valera en servir a su amigo consiguiéndole la candidatura que le había pedido, al extremo, de tener que suplicarle a Cánovas del Castillo —que debió ser altivo, enérgico e insobornable, sin ceder un ápice la intromisión dentro de su parcela política— y eso que eran grandes amigos, tan es así que Cánovas le puso prólogo a los libros de Valera.

Esta carta, debe ser posterior a la ya transcrita, y el motivo de su pesadumbre, creemos se debe al encontrarse impotente —porque aún no alcanza mucho— en política, para compensar presto, lo mucho que, posiblemente, le debía del apoyo prestado para la consecución del puesto de Diputado que por el distrito de Montilla había logrado. Otra de las conclusiones que de la misma se deriva —para nosotros la más importante— es su manifiesto cordobesismo, ya que como él mismo declara, está dispuesto a serle útil a sus paisanos. También se expone a las claras todo el intríngulis de entre bastidores de la política del siglo XIX, sus intrigas e hipocresía, las recomendaciones y los deseos de medrar, aunque para ello hubiera necesidad de utilizar los más ruínes sistemas —pero eso no ha sido privativo de una época determinada—, lo importante era intentar asirse —unas veces para resolver la precaria situación económica y otras por vanidad— a la tabla de salvación del estamento gubernamental.

Está escrita igualmente en papel tamaño folio doblado por su mitad formando dos cuartillas unidas. Carece de membrete, tiene rellenas tres páginas, cuyos tamaños difieren muy poco de la anteriormente indicada.

La tercera y última carta, sólo contiene de don Juan Valera el espíritu y la firma, ya que denota está realizada por un amanuense, tal vez —no nos hemos parado a investigarlo— por su buen Periquito Gala que lo tuvo de secretario durante mucho años y le sirvió de ojos a don Juan durante el último decenio de su vida, aunque por la edad, bien pudiera ser otro, ya que es la única que tiene consignada el año de expedición y dice como sigue:

Sr. D. Antonio Alcalá y Tienda

Baena.

Madrid y Dic. 17/874

Muy Sr. mío y distinguido amigo: En contestación á su muy grata del 7 del corriente debo manifestarle que por no tener relaciones con el Presidente de la Aud.ª de Sevilla no envío á V., carta de recomendación p.ª dicho señor, pero sí para el aboga (sic) **fiscal de la misma mi buen amigo D. José Serrano Delgado.**

Mucho celebraré que salga V. con bien y cuanto antes de ese enojoso asunto, y gran satisfacción tendré en verlo por esta su casa.

Entre tanto sabe V. q. solo desea complacerle su siempre affmo. amigo s. s. q. b. s. m.

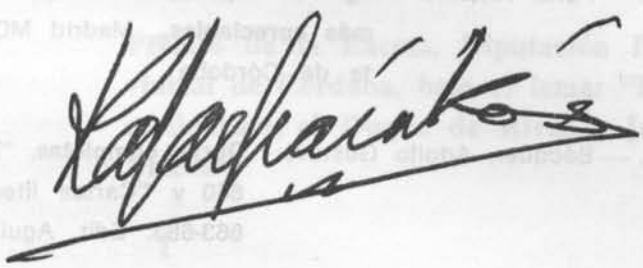
Juan Valera

Se aprecia que esta carta es de total compromiso y sin ninguna clase de secreto. Está escrita en una cuartilla por una sola cara.

Para concluir con esta disertación, diremos que, también don Juan Valera sostuvo en 1865 una larga correspondencia con don Ramón de Campoamor, que trató **"sobre lo absoluto"**, por lo que es muy posible, que el autor de las **Doloras y Humoradas** y el **Tren expreso**, ante el asombro de la suprema sabiduría, fuera cuando exclamara:

— ¡Cuántas cartas, Dios mío, en esta vida
debiéndose escribir no se han escrito!

Así le quedaría de regusto...



(Córdoba, Abril de 1974)

BIBLIOGRAFIA

(1). — Pedraza, Africa: **"Epistolario valeriano"**. Monografía. Lucena 1967. Pág. 5.

(2). — Martínez Ruiz, José: **"Azorín"** en el diario "A B C", edición Sevilla, de las fechas mencionadas.

(3). — Pedraza, Africa: **op. cit.** pág. 5. Prólogo de don José María Pemán.

(4). — Anneo Séneca, Lucio: **Obras completas.** Cartas a Lucilio, pág. 435-767. Consolación a la madre Helvia, págs. 111-128. Edit. Aguilar, Madrid, 1949.

(5). — Ponz, Antonio: **Viage de España, en la que se da notico De las cosas más apreciables...** Madrid MDCCXCII (El Tomo XVII trata de Córdoba).

(6). — Bécquer, Adolfo Gustavo: **Obras completas.** "Desde mi celda", págs. 533-660 y "Cartas literarias a una mujer", págs. 663-683. Edit. Aguilar. Madrid, 1954.

(7). — Ganivet, Angel: **Obras completas.** "Granada la bella", págs. 61-47. Cartas finlandesas", págs. 669-872. — Edit. Aguilar. Madrid, 1951.

(8). — Blanco White, José: **Cartas de España.** — Alianza Editorial. — Madrid, 1972.

(9). — Menéndez y Pelayo, Marcelino: **Antología general de...** B.A.C., n.º 155. Sección VIII, Tomo I. pág. 8. — Madrid, MCMLVI.

(10). — Rodríguez Marín, Francisco: **DON JUAN VALERA, Epistológrafo. Conferencia dada en la sala de Actos de la Real Academia Española, en la noche del 12 de Diciembre de 1924.** Madrid MCMXXV. página 11.

(11). — Rodríguez Marín, Francisco: **op. cit.** pág. 14.

(12). — Pedraza, Africa: **op. cit.** Lucena, 1967.

VIDAS PARALELAS

Por Juan GOMEZ CRESPO

(Publicado en el diario "Córdoba" del 25, 26 y 27 de Septiembre de 1974, bajo el seudónimo de Rafael Angel Valera)

Premio de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba, bajo el lema: "Dos cordobeses, el Duque de Rivas y Juan Valera".

I

EL DUQUE ROMANTICO

Pocas biografías de españoles ilustres del siglo XIX ofrecen tan variados aspectos, para el más cabal conocimiento de su tiempo, como la del cordobés don Angel de Saavedra, tercer Duque de Rivas.

Héroe a los 18 años en una guerra intensamente popular, poeta fecundo, dramaturgo inspirado, fogoso orador, discreto político y diplomático, prestigioso académico, excelente pintor, historiador ameno y erudito, andaluz apasionado, español insobornable. Estas tan diversas facetas que presenta su azarosa existencia, ofrecen motivo más que suficiente para considerarlo figura representativa de aquellos críticos años, en que la secular monarquía tradicional española se transforma en el Estado constitucional, liberal y parlamentario, propio de los tiempos contemporáneos.

Nacido en la última década del siglo XVIII, en el seno de una familia cordobesa de la más encumbrada nobleza (su padre era "grande de España"), el solo hecho de su nacimiento le suponen cuantiosos privilegios propios de aquella sociedad estamental. Aunque al no ser primogénito, no estaba llamado a heredar el título de Duque de Rivas, ni los bienes a él vinculados, esto no era obstáculo para que desde su más tierna

edad recibiera mercedes y honores, inherentes al hecho de pertenecer al estamento nobiliario.

De ello da idea el que le impusieran la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta y la banderola de guardia de corps supernumerario cuando sólo contaba unos meses de edad; a los seis años ya era capitán del regimiento del Infante, con el correspondiente sueldo y a los ocho se le otorga la venera de Santiago.

Igualmente privilegiada es la educación que recibe, en razón a su noble origen, pues en 1802 comienza sus estudios en el Real Seminario de Nobles de Madrid, centro modelo en el que para ingresar había que demostrar "limpieza de sangre y nobleza de padres y abuelos paternos y maternos", tras el meticuloso expediente, con obligada información testifical.

Al fin viste el uniforme de la Guardia Real, junto con su hermano mayor, en los días precursores del alzamiento nacional contra los invasores franceses, en mayo de 1808. La actitud de ambos hermanos fue desde un primer momento de total repulsa al poderío napoleónico, lo que les lleva a desertar de la Guardia Real para unirse a las tropas españolas, en aquella singular contienda avivada a la vez por el sentimiento nacional y el religioso.

Es bien comprensible que la participación de Angel de Saavedra en esa lucha, aquellas heridas mortales que recibiera cuando aún era un adolescente, las azarosas circunstancias a que debió la vida cuando yacía moribundo en el propio campo de batalla, entre cadáveres y despojos bélicos, su dramática huida —en tan grave estado— ante el avance del enemigo y las variadas peripecias por que pasó hasta que pudo refugiarse en Cádiz, que fue bastión irreductible de la independencia española, dejarían en su espíritu honda huella, de notorio influjo en la trayectoria de su vida política y literaria.

Su estancia en Cádiz, en esos años de exaltación patriótica y política en que se elaboró el texto constitucional de 1812, en un ambiente de indudable apasionamiento, es otro factor no menos poderoso y decisivo a tener en cuenta.

Allí alterna las armas con las letras y en aquellos años fraguó su amistad con Quintana, Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, que tanto habían de influir en sus aficiones literarias y en sus ideas políticas.

No obstante ello, debió mantenerse en una posición discreta, hasta que después del pronunciamiento de Riego en 1820, su amigo Alcalá Galiano, nombrado Intendente de Córdoba, le induce a presentarse a diputado a Cortes por esta provincia, y tanto se distingue en aquella asam-

blea por sus ataques a los Gobiernos de la Santa Alianza, que prapara-ban la invasión de España, que fue sacado a hombros del Congreso, por sus fogosas intervenciones.

Por aquellos años Giuseppe Pechio, un liberal italiano emigrado en España, describe a Angel de Saavedra como "un joven diputado de ojos negros y penetrantes, con una herida en el pecho, grande de España y grande de corazón, que dividía su tiempo entre la poesía, el amor y la libertad".

Ante la entrada de los cien mil hijos de San Luis, llevaría su postura de liberal exaltado a sus últimas consecuencias: fué de los diputados que votaron la suspensión de Fernando VII y su traslado a Cádiz, por lo que cuando el monarca recobró su absoluto poder no le quedaba al escritor cordobés otro camino que el destierro.

Durante la travesía de Gibraltar a Londres compuso la famosa oda inspirada en un salmo, que recoge, al gusto romántico, su amargura de desterrado:

"Por las desiertas olas,
en extraño bajel, ¡tristes! huyendo
de las ingratas playas españolas
y del hado tremendo
íbamos, desdichados,
en lágrimas y en penas anegados".

La estancia en tierra extraña acentuará el recuerdo de la ciudad nativa, que en la poesía al faro de Malta asocia al "arcángel dorado, que corona de Córdoba la torre".

En medio de sus posteriores triunfos literarios y políticos el recuerdo de sus años de prófugo y proscrito de la patria, por cuya independencia derramó su sangre, será una constante que le acompañará toda su vida.

II

DOS CORDOBESES EN NAPOLES

Italia, con el prestigio derivado de su poderío imperial, en que llegó a imponer sus leyes y su lengua en el mundo antiguo, el recuerdo de los mártires, la autoridad del Pontificado, la belleza de sus paisajes y su ingente riqueza monumental y artística, ha atraido siempre a viajeros y estudiosos de los más diversos países.

"Italia, mi ventura" era frase usual entre los soldados españoles de la época de la preponderancia hispánica que, como Cervantes, recordaban siempre con nostalgia los años pasados en tan hermosa tierra.

Del interés que su visita despertaba en los españoles del pasado siglo, dan buena idea escritores de tanto renombre como Pedro Antonio de Alarcón, con su conocido libro "De Madrid a Nápoles", Joaquín Francisco Pacheco y don Emilio Castelar, que también recogieron en sus libros las impresiones de sus viajes.

Aquella visita les hacía revivir los recuerdos de tantos lugares conocidos a través del estudio de las humanidades clásicas, base casi exclusiva de los planes de enseñanza de entonces.

Nápoles, capital por aquel tiempo del reino de las Dos Sicilias, ha sido siempre una de estas ciudades privilegiadas por el incomparable encanto de su paisaje, la dulzura de su clima, los vestigios de las variedades culturales que allí se sucedieron y el carácter de sus moradores.

En tan privilegiado escenario van a coincidir dos cordobeses de vidas muy afines, aunque de edades diferentes, pues estaban separados por más de treinta años, exactamente el lapso de tiempo correspondiente a una generación. Don Angel de Saavedra, ya Duque de Rivas por el fallecimiento sin sucesión de su hermano mayor, y el egabrense don Juan Valera, también de ascendencia nobiliaria y vinculado a Málaga y Granada.

El Duque, ya en el cenit de su carrera literaria y política, había evolucionado con la edad, desde el liberalismo exaltado de su juventud, a un prudente moderantismo. Embajador de España entre los años 1848 a 1850, en una corte tan ligada a nuestro país por ocupar el trono una rama de los Borbón españoles, entretenía sus ocios dedicado a pintar bellas napolitanas y al estudio de la historia local.

Años después, en 1889, dedicaría Valera un largo estudio al Duque, y al evocar su estancia en Nápoles, recordaba a una bella pescadora que bailaba la tarantela todos los domingos delante del palacio de la Embajada de España, a la que el Duque idealizó en sus sonetos a Lucianela. Valera, con ironía no disimulada, comenta este episodio de la vida de don Angel: "No extraño, pues, que en país tan bello y alegre se remozase el duque, desechase un poco la gravedad diplomática, conservadora romanocatólica, y volviese a ser gentílico y clásico, como allá en Cádiz, cuando se promulgó la constitución en 1812".

Mientras transcurría apacible la vida del Duque en tan grato escenario, la sagacidad de María Cristina, la madre de Isabel II, se aprovecharía de su notoria buena fe para inducirle a que trabajara a favor del casamiento de Isabel con el duque de Trápani, hermano de María Cristina, estra-

tagema impopular, condenada al fracaso, y que en opinión de don Natalio Rivas, pone de manifiesto que la capacidad política y diplomática de don Angel estaba muy por bajo de sus dotes literarias.

Valera, que contaba entonces veinticinco años y servía en la Embajada en calidad de agregado, dedicó aquellos años a perfeccionar su conocimiento de la literatura italiana y también de la griega, que hasta entonces sólo se conocía por traducciones. De la buena impresión que le causó al Duque basta este párrafo de una carta dirigida al padre de don Juan: "Cada día estoy más contento con haber hecho la adquisición de su hijo de usted, que es joven de excelentes prendas, y sus buenos modales, su extensa instrucción y su excelente conducta lo hacen digno del aprecio de cuantos lo tratan".

Pasaba entonces Italia por el período más crítico de su historia contemporánea: el dificil proceso que la llevaría a la unidad nacional, aún no lograda. La diferencia generacional que existía entre el Duque y Valera, se haría bien ostensible en su opuesta actitud ante la revolución italiana. Mientras aquél se aferraba a lo tradicional, Valera estaba con los patriotas. "La unión y la independencia de la patria común podrá ser una ilusión irrealizable, engañosa y fecunda en amarguísimos desengaños pero nadie se atreverá a negar que es noble y generosa".

Valera guardaría un recuerdo imborrable de su estancia en Nápoles, y en uno de sus escritos manifiesta cuánto influyeron aquellos años en sus ideas sobre arte y literatura. El trato asíduo con el Duque, con Estébanes Calderón y con diversos ingenios italianos, dejó una huella bien perceptible en su vida y su obra.

III

LOS VALORES LITERARIOS Y HUMANOS EN RIVAS Y EN VALERA

Un marcado paralelismo es fácil observar al comparar la vida y la obra de estos dos escritores cordobeses, que tanto destacaron en su tiempo.

Rivas es ante todo un andaluz esencial. Si Córdoba le dio la cuna y su recuerdo lo acompaña siempre, en el Cádiz sitiado verá iniciarse su vocación política y literaría, y en Sevilla residirá años decisivos de su vida. De ahí que haya dicho Azorín que Rivas sea el poeta de Sevilla, pues se ve captado por su ambiente, que sabrá reflejarlo en versos que recogen de modo feliz el alma de esa ciudad.

Hoy estamos muy lejos de la afirmación de Valera de que el "Don Alvaro", si no la obra dramática más perfecta, sí es la más deleitosa, poética y pintoresca de nuestro siglo XIX.

En cambio hay una creciente estima por su faceta de escritor costumbrista, preocupado por dar fe de una España en trance de inevitable desaparición, y muchas de sus leyendas y poemas menores han hecho vibrar los más nobles sentimientos de sus lectores.

Azorín sólo encontrará en el "Don Alvaro" una serie interesante y patética de cuadros llenos de color y de animación; cuadros castizos pintados por un apasionado de la luz y de los espectáculos vistosos.

Por el contrario, Valera él mismo se reconocía que como literato era más cosmopolita que castizo, hasta su contacto con Estébanez. Tanto por su estudio directo de los clásicos greco-romanos y castellanos, como por su conocimiento de las literaturas modernas, llegaría a ser el más europeo de los escritores españoles de su tiempo, y del que se ha dicho justamente que escribió la mejor prosa española del siglo pasado y la que más se ha salvado para el gusto de las actuales generaciones.

Pero lo que más nos atrae hoy en Valera es su profundo sentido de comprensión humana, como puso de relieve Vicente Marrero en su bello libro "Historia de una amistad", en el que analiza de mano maestra la que unió de manera ejemplar y entrañable a Pereda, Pérez Galdós, Clarín, Menéndez Pelayo, Valera y Rubén Darío, insignes figuras literarias de tan distinta significación ideológica.

De Valera se resalta en este libro su espíritu liberal y tolerante, su españolismo, su saber y su depurado estilo literario.

Para él era un presupuesto indeclinable la libertad de la persona humana, por lo que no se avenía fácilmente a la disciplina de partido. Como hace notar Azaña su figura espiritual impidió a Valera ser un fanático, por lo que en sus cartas a don Marcelino no rehuye los ataques a quienes a su entender lo merecían, sin tener en cuenta el sector político en que militaran.

Marrero señala el inapreciable valor de las cartas de don Juan Valera, y califica su correspondencia con Menéndez Pelayo como un vademecum de lo que debe ser la vida literaria de la mejor ley: amena, sabia, españolísima, abierta a los más universales horizontes.

Los dos coincidieron en saber apreciar la valiosa calidad de la obra poética de Rubén Darío, con lo que contribuyeron de modo eficaz a un más positivo acercamiento con los pueblos hispanoamericanos.

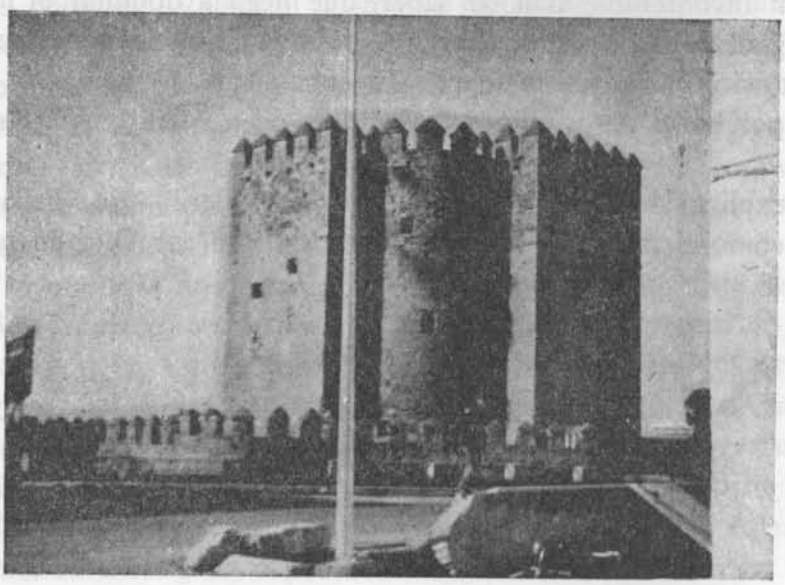
Igualmente expusieron opiniones análogas en la cuestión entonces planteada sobre el uso por los escritores de las lenguas vernáculas. Bien

conocido es a ese respecto el ponderado criterio de Menéndez Pelayo, que dominaba el catalán y lo usó en memorables juegos florales presididos por la reina regente, doña María Cristina. La lúcida actitud de Valera la expuso, de modo terminante en una de sus cartas: "Yo miro como riqueza envidiable el que tengamos tres y no una sola lengua literaria".

Rivas y Valera, a pesar de su proximidad cronológica, representan dos generaciones bien diferentes. Destaca el Duque entre nuestros románticos y como hombre de su tiempo no se ve libre del tono superficial y declamatorio de la época.

Valera, por su formación clásica, es un verdadero humanista, dominado por un incontenible afán de saber, que llega a dominar el idioma de modo magistral. Sus novelas y escritos, sobre todo ese modelo insuperable de novela psicológica que es "Pepita Jiménez", son hoy objeto de la mayor atención por parte de estudiosos y lectores de nuestra lengua en todo el mundo.

Ello explica la actualidad permanente de Valera y que deba ser considerado como el máximo exponente de la cultura española de su tiempo.



MISCELANEA VALERIANA

JUICIOS CRITICOS EN EL 150 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE DON JUAN VALERA

CELA: "Gran prosista, novelista e historiador"

Camilo José Cela, apartado del mundanal ruido, reside en su casa de Palma de Mallorca. Solicitamos la entrevista y nos dice su secretaria que en aquel momento está "encerrado" en su despacho. No puede molestarse; llamamos al siguiente día. Hay suerte y a través del teléfono trasluce la recia personalidad y amabilidad de don Camilo. Le exponemos nuestros deseos de que nos de su opinión sobre don Juan Valera y sobre la marcha nos dice:

—Entiendo que don Juan Valera, con Larra, es uno de los dos grandes prosistas españoles del siglo XIX y con Galdós uno de los dos grandes novelistas de aquel período. Su obra es hoy menos conocida de lo que debiera y sus comentaristas, en general, no han sido demasiado sagaces en su interpretación. En su epistolario, que es quizás donde se guarece el Valera más personal y auténtico, nuestro hombre, que era un bien pensante, muy curtido por Europa y no poco excéptico, se nos muestra adornado de muy curiosos matices casí quevedescos, que muchos no han querido ver o, traicionando su espíritu, han preferido ocultarlo. Don Juan Valera era un "dandy" culto y como tal satirizó la sociedad de su tiempo. Su obra, amén de sus indudables valores literarios, está cargada de un muy sutil entendimiento de la historia que le tocó vivir.

Le sugiero que hable de "Pepita Jiménez":

—En cuanto a "Pepita", que yo no la creo la más importante de sus obras, aunque sí se refleja lo que he intentado hacer ver a ustedes en mis

palabras anteriores. Está cargada de un sutil, de un muy sutil entendimiento de la historia de entonces, de la vida de la alta burguesía o de la media burguesía de entonces. En esto, don Juan Valera, fue inexorable. Esto es: yo pienso que todo aquel que quiera historiar la España de la primera mitad de la segunda parte del siglo XIX, tendrá que recurrir a la fuente de don Juan Valera, si quiere entender lo que entonces sucedía.

—¿Cómo recuerda usted a nuestro pueblo, que según nuestras noticias visitó con motivo de su "Primer viaje andaluz"? ¿Sus características e idiosincrasia pudieron influir en la obra de don Juan?

—No estuve en Cabra una sola vez, estuve varias veces. Cabra me sorprendió muy gratamente, porque la encontré como una de las ciudades más limpias del universo mundo. Lo dije entonces y lo repito, con gusto, ahora. No conocía a sus gentes porque en Cabra no viví, pero me sorprendió la limpieza de esa ciudad. En Valera y en cualquiera todo condiciona, por ello, sin duda. Cabra influyó en su obra. La obra de Valera no es una casualidad, sino que es producto de una serie de circunstancias, una de las cuales es haber nacido en Cabra. Todo aquello que incide sobre el individuo se refleja de una u otra manera en su obra.

JULIAN MARIAS: "Le debo mucho a Valera"

—Por su serie de artículos incluidos en "Los Españoles", sus constantes citas en cuantas colaboraciones presta en la Prensa nacional, su ensayo en el libro "El tiempo que ni vuelve ni tropieza", sabemos de la devoción de Julián Marías, el notable pensador y académico, por nuestro don Juan Valera. Llamamos a su casa de Madrid y su mujer, gentilísima, nos dice cuánto lamenta que Julián no esté en España para poder contestar nuestras preguntas. Nos confirma que siente especial predilección por Valera. Le rogamos nos indique el lugar del extranjero donde se encuentra y con extraordinaria simpatía nos dice: ¿Pero van ustedes a llamarle a Bloomington? Efectivamente, allí llamaríamos: don Julián da clase de Literatura española en la Universidad de Indiana, en el edificio Ballantine. Otra vez la maravilla del teléfono directo; en poco menos de un minuto al otro lado del teléfono, naturalmente sorprendido, Julián Marías.

La grata sorpresa no paraliza las ideas rápidas del académico español y rápidamente nos contesta.

—Es un poco difícil opinar de don Juan Valera a esta distancia y en un

minuto, pero yo he dicho muchas veces que Valera ha sido el mejor observatorio para entender el siglo XIX; creo que el hecho de que ha vivido escribiendo activamente durante 65 años, conociendo casi todas las culturas europeas, interesándose profundamente por ellas, ha hecho de él quizás el mejor punto de vista para entender desde España el siglo XIX, no solamente español, sino europeo y americano. Por otra parte, yo he sido un lector muy intenso de Valera, desde mi adolescencia y he dicho a veces que la lectura de Valera, entre los 14 años y los 17, ha sido como esa primera mano de pintura de minio que se da al hierro y que lo prepara para recibir después otras pinturas, otras influencias. De modo que para mi la huella de Valera ha sido enormemente interesante y creo que le debo mucho.

En cuanto a "Pepita Jiménez" creo que tiene una enorme actualidad; a mi me parece que es una novela específicamente amorosa, uno de los pocos libros en que se han tratado el tema del amor en el sentido estricto y ahora que estoy en EE. UU. puedo decirle que los estudiantes americanos a los que he hecho leer "Pepita Jiménez" se han interesado muy vivamente por esta novela, de modo que es curioso que a los americanos jóvenes, de 20 años o poco más, les parece una novela sumamente viva y muy interesante. Sinceramente estimo que tiene mucha actualidad.

ANTONIO TOVAR: "La figura cumbre de nuestro siglo XIX"

En la tercera entrevista de hoy, tuvimos suerte. El académico Antonio Tovar está terminando de hacer las maletas para partir hacia Alemania. Don Antonio es profesor ordinario de Lingüística Comparada de la Universidad de Tubingen. También, especialmente en sus colaboraciones y artículos en revistas y Prensa especializada, hemos podido captar su interés por la obra de don Juan Valera.. Sobre la marcha, amablemente, nos contesta:

—Improvisando, porque realmente no esperaba esta llamada, pero he de decir que no me es difícil decir unas palabras sobre Valera porque siempre he sido gran admirador de esta figura tan representativa de lo mejor de Andalucía, tan fina, tan culta que es, yo creo, la cumbre de nuestro siglo XIX, que él llena con su personalidad y a que nace muy a comienzos, en el año 24, y llega hasta entrado ya este siglo, siendo un verdadero patriarca de nuestra literatura. Valera es una figura que, yo creo, no ha sido reconocido como merece; la inseguridad de su vida personal, lo que él tuvo que luchar, el tiempo que él tuvo que perder en muchas cosas que no le

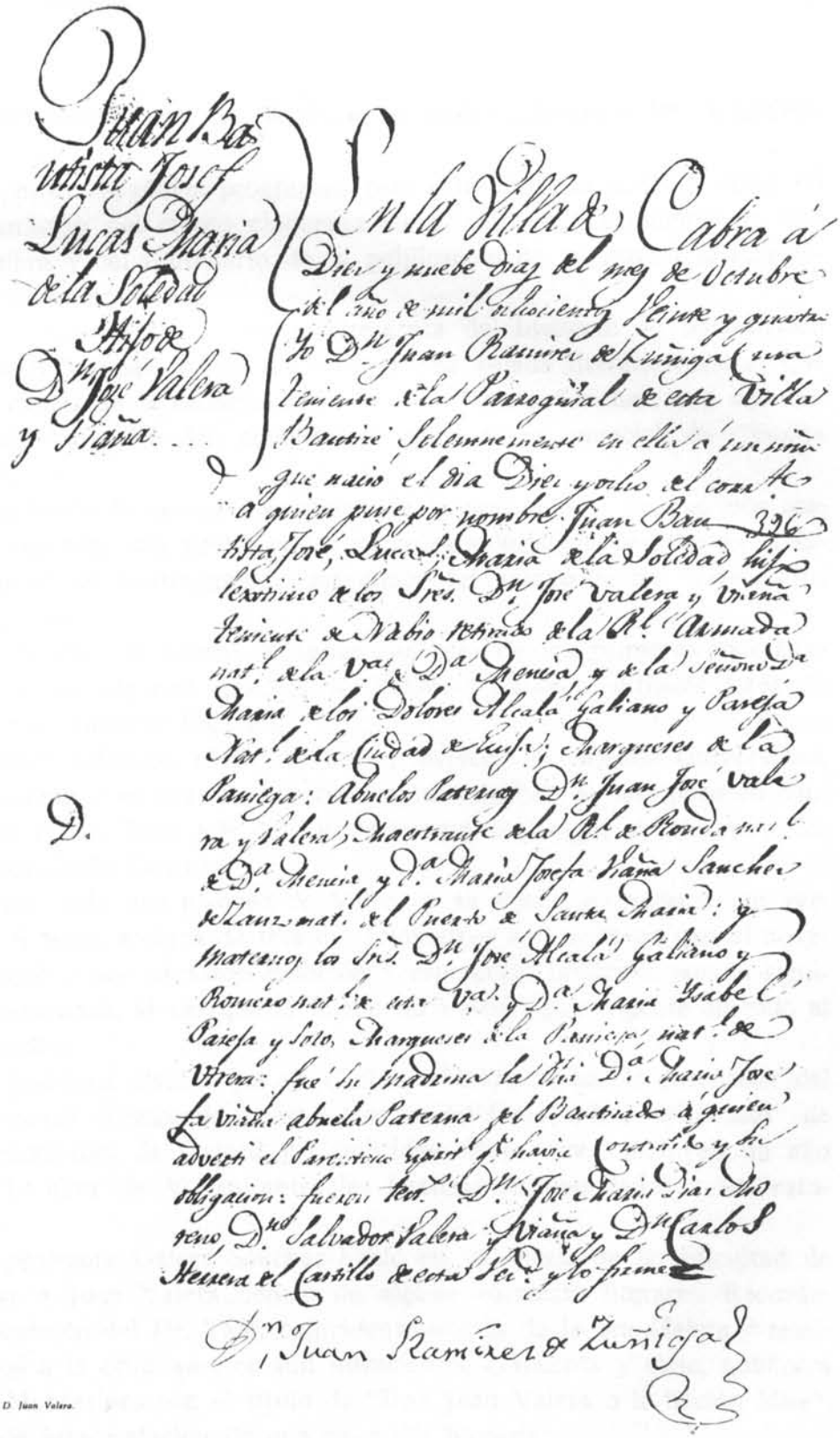
interesaban, lo que él llamada su pereza que muchas veces era exigencia de perfección, su falta de encaje en la novela de su época, ya que intentó una especie de novela que dependía en parte de modelos clásicos, de modelos anteriores al siglo XIX y que no podían ser nunca populares, hizo que no fuera estimado como merece y como merecía; sus mismas poesías están excesivamente olvidadas. En verdad es un poeta sumamente interesante que conoció como nadie nuestra lengua, que intuye incluso a América española, las literaturas extranjeras, tradujo del inglés y tradujo del alemán y sabía de otras literaturas y desde luego contribuyó al arte literario de la España del siglo XIX de una forma incomparable. No hay más que recordar la admiración que le tenía persona tan culta y preparada como D. Marcelino Menéndez Pelayo, que, realmente, sí consideró en la literatura española a alguien maestro suyo, fue a don Juan Valera. Por eso me parece una idea muy buena la que han tenido ustedes de celebrar este 150 aniversario de su nacimiento y además en su tierra natal, en ese país donde nació y que él recordó siempre con tanto cariño, adonde fue tantas veces y donde situó precisamente la escena de su novela más conocida y sin duda más perfecta: esa maravilla que es "Pepita Jiménez".

—Cómo hubiera usted opinado, como crítico, en el momento de aparecer "Pepita Jiménez"? ¿Cómo opinaron los críticos hace 100 años?

No he estudiado la cosa y habría que ver la reacción de los críticos de entonces y lo que la gente dijo, pero claro, el tipo de novela de "Pepita Jiménez", psicológico, fino, tan literario, tan lleno de recuerdos literarios, porque, por ejemplo, Valera había traducido admirablemente Dafnis y Cloe y conocía tan maravillosamente la novela antigua de todas las literaturas, la novela italiana, del renacimiento, conocía los cuentos medievales y él dependía más, seguramente, de esos modelos que de la novela contemporánea; me temo que sus contemporáneos no entendieron muy bien esta novela, me temo, no sé, habría que estudiarlo en las reacciones de la época; de todas maneras con esa novela y las que hiciera en años sucesivos, naturalmente Valera alcanzó un puesto en nuestra novela que sólo Galdós podía disputarle.

Paco CARMONA

("Córdoba", 19 octubre 1974)



Juan Bautista Josef Lucas Maria de la Soledad Hijo de Dn. José Valera y Viaña...

En la Villa de Cabra á Diez y nuebe dias del mes de Octubre del año de mil ochocientos Veinte y quatro Yo Dn. Juan Ramirez de Zuñiga Cura Teniente de la Parroquial de esta Villa Bautizé Solemnemente en ella á un niño que nació el dia Diez y ocho del corrte. á quien puse por nombre Juan Bautista José, Lucas, Maria de la Soledad hijo lexitimo de los Sres. Dn. José Valera y Viaña Teniente de Nabio retirado de la Rl. Armada natl. de la Va. de Da. Mencia y de la Señora Da. Maria de los Dolores Alcalá Galiano y Pareja Natl. de la Ciudad de Ecija; Marqueses de la Paniega: Abuelos Paternos Dn. Juan José Valera y Valera, Maestrante de la Rl. de Ronda natl. de Da. Mencia y Da. Maria Josefa Viaña Sanchez de Zauz natl. del Puerto de Santa Maria: y Maternos los Sres. Dn. José Alcalá Galiano y Romero natl. de esta Va. y Da. Maria Ysabel Pareja y Soto, Marqueses de la Paniega, natl. de Utrera: fué su Madrina la Dha. Da. Maria Josefa Viaña abuela Paterna del Bautizado á quien adverti el Parentesco Espiritl. q. havia contraido y su obligacion: fueron tests. Dn. José Maria Dias Moreno, Dn. Salvador Valera y Viaña y Dn. Carlos Herrera del Castillo de esta Vecd. y lo firmé

D.

Dn. Juan Ramirez de Zuñiga

Partida de Bautismo de D. Juan Valera.

CONTRIBUCION A UNA MODERNA BIBLIOGRAFIA DE VALERA

Las letras españolas programan para este año una serie de actos en conmemoración del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de don Juan Valera y del centenario de la publicación de su novela la más famosa, "Pepita Jiménez".

La cátedra de la Lengua y Literatura del Instituto de Bachillerato de Cabra (Córdoba), los ha iniciado en una velada literario-musical que abrió la titular de la cátedra, doña Matilde Galera Sánchez, con una documentada biografía del novelista y un estudio especial de "Pepita Jiménez".

Escuchando la amena disertación de la Sra. Galera, no pudimos menos que recordar con nostalgia las jornadas valerísticas pasadas en la inglesa ciudad de Nottingham, a principios del verano de mil novecientos setenta y dos.

Allí tuvimos la suerte de topar con uno de los primeros valeristas actuales y con algunos estudios de Valera y su obra, difíciles éstos de conseguir en nuestras librerías.

Nuestro anfitrión, el Dr. Batchelor, profesor de aquella Universidad, interesadísimo a su vez por nuestra lengua y literatura, nos puso en contacto con el Dr. Tate, jefe del Departamento de Lengua y Literatura Española del citado Centro.

Hablar toda una mañana de Valera y su obra con persona tan versada en el tema, a cerca de tres mil kilómetros de los países que el novelista describió nos causaron emoción y esperanza. Emoción, por su significado; esperanza, al ver que la huella de Valera sigue vigente en todo el mundo culto.

No podemos olvidar que en el Reino Unido, donde la enseñanza del español ocupa el segundo puesto, tras la del francés, los "syllabuses" de las universidades de Oxford y Cambridge, entre otras, incluyen un año y otro la obra de Valera entre las lecturas recomendadas a los estudiantes.

La profesora Galera Sánchez habló en su charla de la dificultad de encasillar a Juan Valera dentro de alguna corriente literaria. Recordamos la opinión del Dr. Tate, coincidente con la de la Sra. Galera y remitiéndonos a la obra que, en mil novecientos cincuenta y siete, publicara José F. Montesinos con el título de "Don Juan Valera o la ficción libre", ensayo de interpretación de una anomalía literaria".

También nos introdujo el Dr. Tate en la obra del catedrático esta-

dounidense Robert E. Lott, quien precisamente presentó su tesis doctoral con el volumen titulado "Siglo de Oro Tradition and Modern Adolescent Psychology in "Pepita Jiménez", a sylistic study. A disertation ("La Tradición del Siglo de Oro y la Psicología Moderna del Adolescente en Pepita Jiménez, un estudio estadístico. Disertación). Publicado posteriormente por la Universidad Católica de América, Washington 1958.

En mil novecientos setenta, el profesor Lott vuelve a publicar un libro sobre "Pepita Jiménez"; esta vez en Urbana, Illinois. El título es: "Language and Psychology inPepita Jiménez" ((Lenguaje y Psicología en Pepita Jiménez"). El estudio de la obra es minucioso, con citas de prácticamente todo lo publicado sobre el tema. Recordamos, entre otros, unos comentarios al trabajo que, sobre el estilo de Valera, publicara no mucho antes el Boletín de la Academia cordobesa.

Amigo personal del profesor Lott, el Dr. Tate nos habló de un nuevo libro sobre Valera en el que ambos trabajaban por entonces y que pensaban publicar enseguida.

En nuestro deambular por la enorme biblioteca universitaria de Nottingham, descubrimos un estudio titulado "Don Juan Valera", que obra de Paul C. Smith, había sido publicado en Buenos Aires en 1969.

Otro, interesantísimo, publicado en Oxford en 1956 por el profesor Alberto Jiménez, con el título de "Juan Valera y la generación de 1868".

Sí, de mil ochocientos sesenta y ocho, la que surge con la revolución de Prim y Serrano contra Isabel II y que, entre otras cosas, proporcionaría a Valera la Sub-secretaría de Estado.

La obra es, en realidad, una compilación de charlas que el Sr. Jiménez explicó en la Universidad de Oxford por aquellos años.

La referencia de la Sr. Galera a la actividad diplomática de Valera en Rusia nos ha hecho recordar un documentado trabajo anónimo, en lengua francesa, que hace unos años llegó a manos de la Asociación "Amigos de Valera" y que tuvimos el gusto de traducir por encargo de su presidente.

Se trata de un estudio crítico de la correspondencia que Valera enviara desde aquellas tierras a su amigo Cueto, subsecretario de Estado. Ignoramos el paradero actual de dicho trabajo. De seguir en las mismas manos, creemos es el momento oportuno de intentar localizar a su autor (¿Robert Pageard?) e incluso tratar de publicarlo.

Como ampliación al mismo, recomendamos la obra de Emilio Beladiez, que, bajo el título de "Dos españoles en Rusia: el marqués de Almodóvar, 176!-63, y don Juan Valera, 1856-57", estudia detenidamente la actuación del novelista. Publicada en Madrid, 1969.

Un buen estudio crítico de Valera se encuentra en "L'esthétisme de Juan Valera", de Jean Krynen, publicado en Salamanca en 1946.

La labor crítica de Valera ha sido objeto de numerosos estudios. Ultimamente, en 1968, Manuel Bermejo Marcos publicó en Madrid su "Don Juan Valera, crítico literario", galardonado con el Premio "Juan Valera", 1963.

La Sra. Galera citó en su charla la existencia en el Instituto de Cabra una primorosa traducción de "Pepita Jiménez" al polaco, con dedicatoria del autor.

También en Nottingham tuvimos ocasión de conocer una cuidada traducción de dicha obra al inglés, de 1891, es decir, sólo diecisiete años después de su publicación en España. Ignoramos si se trata de la primera traducción en lengua inglesa. Está editada por Sr. E. Gosse.

Conocimos allí una quinta edición americana, publicada en Chicago en 1916, lo que demuestra la amplia difusión de la obra.

La labor traductora de Valera es menos conocida, por lo general. Entre otras traducciones de interés, la citada Universidad inglesa posee un ejemplar de la obra de Graf von Schack, titulada "Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia", pasada del alemán por Juan Valera. Publicada en Sevilla, en 1881.

Las obras de C. C. De Coster sobre correspondencia, obras desconocidas y bibliografía crítica de Valera, completan, junto a los "Ensayos sobre Valera", de Manuel Azaña, edición de 1971, el material crítico que allí se posee sobre nuestro autor.

Hemos leído en alguna parte que se pretende reunir en el Museo egabrense en gestión, junto a obras artísticas locales, la biblioteca que Valera donó al Instituto de Bachillerato de Cabra.

Quizás sería ahora la ocasión de tratar de conseguir la adquisición de las obras reseñadas, así como cualquier otra publicada sobre el novelista, que no se encuentre ya entre las existentes de la citada colección particular del autor.

La alusión de la Sra. Galera a la conocida anécdota ocurrida a Valera forma parte del tribunal que otorgó la cátedra de Griego de Salamanca a Unamuno, nos hizo recordar el exhaustivo trabajo que, sobre la "nivola" unamuniana, ha publicado recientemente el Dr. R. Batchelor, catedrático de la Universidad de Nottingham. La obra ha tenido una gran acogida en Gran Bretaña, Estados Unidos y Austria, agotándose rápidamente la primera edición.

Lanzada al público por la editorial Dolphin Books que, a propósito, diremos dirige un catalán, el libro parece interesar a varias editoras espa-

ñolas y hay gestiones para publicar una versión en español. El estudio es profundísimo y creemos merece un puesto en la biblioteca de todo estudioso de nuestra literatura.

Digamos, por último, que en la obra "Bibliografía crítica de Juan Valera", de C. C. De Coster, publicada por el C. S. I. C. en 1970, y en el libro "Juan Valera", de Bernardino de Pantorba, Premio "Juan Valera", 1969, el lector interesado puede encontrar información completa de lo publicado hasta el momento.

Antonio MORENO HURTADO

EL SEPULCRO DE PEPITA JIMENEZ

Ficción y realidad se dieron cita en la obra de Valera. Porque D. Juan escribía sus novelas "imaginando un bonito asunto —dice en una de sus cartas— y pintando tipos y costumbres vistos y conocidos suyos por experiencia". Debemos observar también, y no deja de ser una opinión personal, que su capacidad de invención nunca fue grande; de ahí la repetición de temas, tipos y costumbres en todas sus obras. En el caso concreto de "Pepita Jiménez" ni siquiera "imaginó un bonito asunto", sino que recurrió a una historia familiar, poetizándola y alterándola sólo con unas breves pinceladas. El primero de los investigadores que denunció este hecho fue Azaña, que contó con el privilegio de manejar los papeles íntimos de Valera y de estar asesorado por su hija Carmen. La historia real la esboza Azaña brevemente, y falta de concreción y detalles, en los "Ensayos sobre Valera" publicados por Alianza Editorial.

Lo que pudo ser un hallazgo para la crítica novelística del siglo XIX era, sin embargo, algo que se conservaba en la tradición viva de Cabra. Posiblemente, desde la misma fecha de la publicación de "Pepita Jiménez", como comentario lógico a la anécdota conocida de todos sus paisanos y mantenida oralmente en la memoria de las gentes, con las alteraciones propias que todo lo tradicional supone, ha llegado hasta nuestros días. Nuestra labor de investigación ha sido la de reconstruir punto por punto, lo más fielmente posible, este episodio de la historia menuda de un pueblo ocurrido hace más de un siglo. Tarea difícil la de dar vida, la de dar jugosidad de existencia a la fría redacción de unas actas de archivo.

Comencemos la historia por el final. Los personajes reales que dieron lugar a D. Luis de Vargas y Pepita Jiménez fueron D. Felipe de Ulloa

y Aranda y D.ª María Dolores Valera y Viaña, hermana del padre de Don Juan. Se habían casado el 25 de noviembre de 1829 y de su matrimonio nacieron D. Francisco y D. Juan Ulloa Valera. Vivieron en la calle San Martín y figuraron como una de las principales familias de la ciudad.

D. Felipe de Ulloa murió de avanzada edad, setenta y dos años, el 22 de septiembre de 1862. Su partida de defunción, conservada en la parroquia de Asunción y Angeles, aporta algunos datos curiosos: que era hacendado, que testó ante el escribano de Cabra D. Isidoro Sabariego en 1839 y que lo llevó a la tumba, según certificación facultativa, la enfermedad conocida por "asma húmeda". Al margen del acta hay una nota, posterior en fecha, de sumo interés: el 7 de mayo de 1868 los restos mortales de D. Felipe, previas licencias del obispo de Córdoba y a instancias de su viuda D.ª Dolores, son exhumados y trasladados del cementerio parroquial, dice textualmente, "al enterramiento construido con este objeto en el oratorio rural de "Las Lomas".

Por estas fechas, en abril de 1867, vino a Cabra como catedrático de Retórica y Poética del Instituto el Doctor Herrera y Robles. Ya en repetidas ocasiones he hablado de este personaje que constituyó un puntal importantísimo en la cultura de esta ciudad durante la segunda mitad del pasado siglo. Daremos hoy algunos datos personales más. Era, además, catedrático dimisionario de Literatura General y Literatura Española de la Universidad de Salamanca, y, desde su nombramiento para la misma cátedra de nuestro Instituto, permaneció en él hasta 1891 en que se trasladó a Sevilla. Fue director y rector del Real Colegio de la Purísima Concepción desde 1875 hasta su traslado. Además de doctor en Filosofía y Letras, fue bachiller en Sagrada Teología y en Derecho Canónico, miembro de las Academias de Buenas Letras de Sevilla, Córdoba y Cádiz y correspondiente de la Real Academia Española; comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de la de Carlos III. La lista de sus condecoraciones y méritos se haría interminable, así como la de sus valores profesionales como catedrático y rector del Instituto Colegio. Dotó al establecimiento del mobiliario conveniente, introdujo mejoras en el edificio, amplió el jardín botánico, construyó un gimnasio y dotó de material, revolucionario en su tiempo, a los Gabinetes de Física y Química e Historia Natural. Bajo su dirección el prestigio del centro hizo que D. Juan Valera, al regreso de uno de sus viajes a Francia, después de visitar allí varios liceos, dijera en su correspondencia que ninguno llega "al estado brillantísimo en que se encuentra el de Cabra".

La inquietud cultural de D. Luis Herrera trascendió de igual modo a la vida egabrense en recitales poéticos, actos literarios diversos, y desde

la asociación cultural, "El Lekanaklub", que él presidía y cuyas actividades fueron seguidas con singular interés por D. Juan Valera y Menéndez Pelayo, buenos amigos del Dr. Herrera, con quienes mantuvo una nutrida correspondencia, hoy desconocida, y de la que sabemos su existencia sólo por alusiones del propio Valera a otros corresponsales.

Como hombre de letras, D. Luis Herrera publicó una notable traducción de la "Eneida", que elogió y prologó el crítico Valera, amén de composiciones premiadas en distintos certámenes poéticos. La mayor parte de sus poesías fueron reunidas en segunda edición y publicadas en Sevilla en 1874 bajo el título de "Poesías del Dr. D Luis Herrera y Robles". El libro contiene tres apartados: poesías líricas latinas, poesía dramática, y el primero y más extenso agrupa numerosos poemas bajo el epígrafe de "Poesías líricas castellanas".

En éstas vamos a centrar nuestra atención y concretamente en la que el poeta titula "En la bendición de la capilla de San Felipe, erigida en el caserío de Las Lomas (término de Cabra) por la señora Doña Dolores Valera para trasladar a ella los restos de su difunto esposo el Sr. D. Felipe Ulloa". — Métricamente son ochenta versos octosílabos aconsonantados y distribuídos en cuartetas. El tema va ya indicado en el título. D. Luis Herrera debió de tener gran amistad con D.ª Dolores Valera. Por otra parte, la vinculación de ésta y su esposo al Instituto es algo de lo que queda constancia. En el archivo de este centro hemos encontrado a Don Felipe Ulloa primeramente como alumno y más tarde, a partir de primero de enero de 1850, como vocal secretario de las sesiones que celebra la junta inspectora del Real Colegio.

Don Luis Herrera se hizo eco en su obra del traslado de los restos de D. Felipe y de la bendición de una capilla rural. Es curioso. Cuando más arriba decíamos que era difícil dar calor de vida a los fríos datos de unas actas, he aquí que la nota marginal de una partida de defunción se convirtió en motivo poético. Los versos son de perfecta factura clásica. Comienzan con una exaltación gozosa del poeta ante el paisaje de Cabra:

"Cuando ví por vez primera
estas campiñas frondosas
do al Cielo mandar pluguiera
bendiciones abundosas".

Su corazón, "de noble entusiasmo henchido" sigue exaltando a la naturaleza que es considerada, con fervor casi místico, como un himno al Creador. Más adelante se interroga:

"¿Y por qué de Dios el nombre
no entrega férvido al viento,
humilde el labio del hombre
en armonioso concierto?".

La respuesta viene a continuación:

"¡Un templo...! Y ¿quién lo levanta?"
"...Amor de cristiana esposa
que en tributo generoso
arranca a la muerte odiosa
la memoria de su esposo".

Aquí se centran ya los dos motivos temáticos de la composición: la alabanza del hombre a Dios, simbolizada en la erección de un templo, en perfecta armonía con la de la Naturaleza, y el amor de D.ª Dolores a su esposo difunto, exaltado reiteradamente así como su condición de "amante y piadosa".

La poesía, plena de circunstancias, tuvo que ser contemporánea del hecho que la motivó. No ha dejado de sorprendernos la coincidencia extraña y feliz de que otro literato poetice la misma historia que noveló Valera. ¿Cuál fue la trascendencia exacta, la dimensión real de los amores de Don Felipe y Doña Dolores? ¿Qué extraño atractivo poseían en realidad don Luis de Vargas y Pepita Jiménez para servir de inspiración a dos escritores hermanados por una concepción clásica de lo literario? La composición de las dos obras que comentamos y la novela de Valera, datan de fechas distintas, por lo que está descartada la influencia temática de Valera en el Dr. Herrera y Robles. Este último, lo apuntamos antes, compuso su poesía alrededor del hecho, en 1868, y Don Juan esperará a 1874 para publicar su obra. Lo que sí hay es otra casual y curiosa coincidencia: la publicación de ambas: Don Luis recoge su obra en segunda edición en 1874 también, posiblemente (ignoramos el mes) cuando Valera ya había comenzado a dar a luz su novela. ¿Divergencias? Don Luis centra su poesía en torno a la muerte; Don Juan los deja al final "enlazados por un amor irresistible"... "vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra".

Doña Dolores Valera y Viaña murió el 17 de abril de 1880 a la edad de 83 años, según parte facultativo, de "apoplegía cerebral". Aunque nada especifica su acta de defunción, es de suponer que sería enterrada

en el oratorio de "Las Lomas" que ella levantó para reposar junto a su esposo. Hemos visitado esta finca cercana a Cabra, actualmente propiedad de los marqueses de Bedmar y Escalona. En ella no quedan vestigios, ni casi recuerdo, de la capilla. En el solar que debió de ocupar hay un ala del edificio de nueva construcción. Don Luis Herrera, refiriéndose al enterramiento, ve una finalidad:

"Y en sagrado monumento
lega su nombre querido
a cien edades y ciento
a despecho del olvido".

Nos dice también cómo a través de ella Doña Dolores quería "arrancar a la muerte odiosa la memoria de su esposo". Yo veo en la desaparición real de las tumbas ese triunfo sobre la muerte. Y ese sobrevivir al olvido, "a cien edades y ciento", está plasmado en la perennidad de la novela de Valera.

Ni Pepita Jiménez ni Don Luis de Vargas murieron. Los eternizó Don Juan cortándoles la vida literaria en su plenitud; dejándolos eternamente felices y jóvenes. Don Felipe de Ulloa y Doña Dolores Valera han escapado también a los vestigios de la muerte y duermen su sueño de héroes literarios en la finca de "Las Lomas", bajo un cielo limpiamente azul; entre el oleaje gris-plata de un mar de olivos centenarios.

Matilde GALERA DE REINA

("La Opinión". Cabra, 7 julio 1974)

CONFERENCIA DE DOÑA MATILDE GALERA, SOBRE EL TEMA "DON JUAN VALERA Y SU OBRA"

Organizado por la Cátedra de Lengua y Literatura Españolas de nuestro Instituto de Bachillerato "Aguilar y Eslava", se ha celebrado un acto literario con motivo del centenario de la publicación de "Pepita Jiménez" y del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de su ilustre autor.

Presidió el delegado provincial del Ministerio de Educación y Cien-

Don José Valera y Viaña.
Padre de Juan Valera.

BRAC, 94 (1974) 68-72

Doña Dolores Alcalá Galiano
(Marquesa de la Paniega)

Doña Sofía Valera y Alcalá Galiano, después duquesa de Malakoff, vestida de gitana para un baile en casa de Montijo

Doña Dolores Arêas de Delavat

cia, Don Bernardo Perea, acompañado por el director del Centro, Don José Díez; juez comarcal, Don Manuel Entrena; fiscal, Don Pedro Gómez de Aranda; director de la Institución Sindical y concejal de Cultura del Ayuntamiento, Don Eduardo Rueda; director espiritual, Don José Burgos, y notario, Don Mariano Arias.

Tras de unas palabras de presentación del profesor Don Francisco Fernández Segura, Doña Matilde Galera, catedrático de Literatura Española de nuestro primer centro docente, dio una conferencia sobre el tema "Don Juan Valera y su obra", de la que por su interés publicamos un resumen:

1974 es la fecha en que se cumple el centenario de la publicación de "Pepita Jiménez" y el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Don Juan Valera.

Que se celebre un homenaje en Cabra para conmemorar estos hechos, es sólo justa correspondencia a aquel ilustre egabrense que tan vinculado estuvo a su patria chica. En ella nació, pasó sus primeros años, y a ella volvió en repetidas ocasiones, la más feliz, a buscar inspiración para su mejor novela.

En otro lugar me he ocupado de este tema más por extenso; ahora sólo pondré de relieve que siempre estuvo en contacto con sus paisanos a través de las cartas; recibía en Madrid los dos periódicos locales, en los que a veces colaboró, y contó aquí con numerosos amigos y parientes.

También es de obligada justicia que el homenaje lo celebre el Instituto. Desde la llegada de D. Luis Herrera y Robles, ilustre catedrático, latinista y poeta, Don Juan estuvo en estrecho contacto con este centro y siguió siempre con vivo interés su vida y sus actividades. A este Instituto donó la biblioteca que tenía en su casa de Cabra, procuró que todas sus obras estuvieran aquí y hasta se preocupó de enviarlas personalmente. En nuestro fondo bibliográfico contamos con todos estos ejemplares, entre los que habría que destacar una preciosa traducción de "Pepita Jiménez" al polaco, dedicada por su autor.

En el Instituto también se examinaron sus hijos, Carlos y Luis; el Instituto, por fín, mereció sus elogios cuando, al regreso de uno de sus viajes a Francia, dice en su correspondencia que, después de visitar varios liceos franceses, ninguno llega al "estado brillantísimo en que se encuentra el de Cabra".

Valera es el más culto de los novelistas españoles del siglo XIX y el mejor prosista, sin duda alguna, aunque se reconozca la superioridad creadora de Galdós. La importancia de su figura se manifiesta actualmente en el hecho de que sus obras se reimprimen sin cesar; hay una auténtica apetencia de ellas por parte del público, no sólo español sino americano también. La actualidad de Valera podemos asimismo juzgarla por las publicaciones que sobre él aparecen de contínuo. Y es que, amén de muchas ideas de vigente valor, Don Juan nos ofrece su estilo pulcro, bellísimo, lleno de gracia imperecedera. En él se unen sencillez y clasicismo. Se ha dicho que, desde Cervantes, nadie hasta Valera ha logrado esa perfección de estilo, ese resurgimiento de lo clásico. Valera es símbolo de la aristocracia literaria. El mismo Clarín le llamó "aristócrata del talento".

Hablar de Don Juan en este limitado tiempo es intentar abarcar lo inabarcable. Su dilatada vida es rica en acontecimientos humanos, atrayente, interesantísima; merece la pena penetrar en ella con detenimiento. Y en cuanto a su producción, nos dará idea el hecho de que la edición de sus obras completas, que hizo su hija entre 1905 y 1935, comprende cincuenta y tres tomos que agrupan hasta trece materias.

Ante este inmenso panorama, estructuro la conferencia en dos partes: una primera en que recorro su vida, en los jalones más significativos, echando mano de sus cartas y dejando, como hace el autor con sus personajes literarios, que él mismo se nos muestre, y una segunda parte centrada en el análisis de su mejor novela.

En cuanto a su faceta de hombre de letras podríamos preguntarnos: ¿En qué movimiento literario encuadramos a Valera? Vivió en una época de tendencias encontradas: Romanticismo, Realismo, Naturalismo, que vio nacer, crecer y morir. A todos fue ajeno por igual. Desde muy temprano fue hostil al Romanticismo, pero tampoco comulgó con el Realismo porque imponía trabas a la fantasía y, por supuesto, aborreció lo que él llama "indecencio docente y humanitaria" de los naturalistas. Aparece, pues, como un escéptico que desconfía de los modos ideológicos y literarios; como un individuo aislado. Como Goethe, fue un clásico; como Stendhal, profundizó en el estudio psicológico de sus personajes; como Flaubert, rindió culto a la forma. Sin duda uno de sus mayores méritos reside en que fue uno de los poquísimos autores del siglo XIX que tienen verdadera estética, verdadera teoría del arte literario. Y el haber explicado, defendido y llevado a la práctica su propia estética, le da una importancia singular. Caracteriza la estética de Valera el culto de la forma, el culto de la expresión y del estilo. Para él, el arte hace la belleza concreta y ésta se identifica con la forma. Para él,también el arte es amoral;

no prueba ni enseña nada. Es la estética del "arte por el arte", que llevará a sus úlimas consecuencias el Parnasianismo francés a finales del pasado siglo. Del mismo modo, para Valera la idea de Belleza es preexistente a toda realidad y, ella misma, norma de realidad. Y esta belleza coincide con la forma, con la expresión.

En cuanto al género novelístico, expuso sus ideas en diversos ensayos y artículos como "La naturaleza de la novela", "El arte nuevo de hacer novelas"o "Sobre la novela en nuestros días". Disputó sobre este mismo tema con la Pardo Bazán y coincidió en lo esencial con Menéndez Pelayo. Las ideas sobre la novela le sirvieron para escribir las suyas. La novela para Valera es, ante todo, poesía; un producto de la imaginación. Combina y funde en una unidad artística la fantasía con la realidad. Y el resultado es la verdad estética. Valera no copia la realidad, sino que la pinta, la crea. Piénsese lo que representa de insólito su postura en un momento en que la novela realista se nutre de los aspectos más grises de la vida cotidiana; en que la materia novelable son los aspectos bellos y feos, nobles o groseros de la realidad, sin pasar por el tamiz del criterio estético seleccionador.

En las novelas de Valera hay también escasez del elemento emocional; a no ser por esto, correspondería a la fórmula general de la novela española, con sus dos elementos capitales: la realidad por fondo y el ideal por norte. Esta es la novela de Cervantes o de Galdós, aunque estos autores son más emocionales y más pasionales que Valera. Así lo comprendió él mismo cuando, refiriéndose a éste último, decía a Menéndez Pelayo: "En él hay una calidad que da calor y brío e inspiración, que a mí me falta". Así, concretándonos a su obra "Pepita Jiménez", el tema, conflictivo entre el ideal o aspiración religiosa y la realidad o pasión del amor; entre el amor divino y el humano, puede ser considerado como problema de la razón o del sentimiento. Y para Valera es, ante todo, un problema de la razón. Esto explica la repetición del tema en "Doña Luz".

En realidad, en "Pepita Jiménez" ni siquiera hay conflicto de ninguna clase. Hay, simplemente, la "revelación psicológica" de un personaje que ha equivocado su vocación. De un joven en quien el amor divino es petulancia y vanidad. Lo que el autor presenta es sólo el desvanecimiento de una ilusión ante la realidad. La agudeza psicológica de Valera se muestra en la evolución graduada y los antecedentes del personaje. Para esto utiliza la forma epistolar; las cartas eran su género predilecto y en el que estaba más formado. De esta manera hace finas disquisiciones místicas y descriptivas, y al llegar a la plenitud de la novela, las cartas acaban para dar paso a la narración.

La obra entera nos presenta el contraste entre misticismo y sensualismo con un refinamiento exquisito. El tema mismo es una derivación del amor místico al amor humano; un proceso de plena paganización; en definitiva, el triunfo del eros sobre la ascética. Por temperamento, Valera es más bien pagano y le duele, filosóficamente y estéticamente hablando, esa oposición que el cristianismo ha venido a establecer entre el espíritu y la materia, entre el amor del alma y el amor del cuerpo. Su sentir aparece claramente expresado en la manera de resolver el conflicto, que es haciendo triunfar el amor humano.

En toda la novela hay un refinado sensualismo, que es a lo que sustancialmente queda reducido su misticismo. Los personajes, más ricos o más pobres, todos son pulcros, cuidan de su cuerpo casi más que de su alma y todos visten y hablan limpiamente, todos son sensitiva y sensualmente finos. Es la de Valera, ha dicho un crítico, "la novela del aseo".

Respecto al asunto, de todos es conocida la historia familiar en que se basó. La seducción del seminarista por la viuda joven, traslada, alterándolo y poetizándolo, el caso de una hermana de su padre. La historia de Pepita, no la de Doña Dolores, esquiva lo licencioso, lo trágico, lo triste, porque la innata elegancia espiritual del autor y su aticismo le impiden entrar en un mundo trágico. Aunque Clarín, refiriéndose a que rozó problemas morales y religiosos sumamente vidriosos dijo: "Ha hablado de cosas de que jamás se había hablado en castellano". Digamos, sin embargo, que lo hace siempre con extremada delicadeza. Se limitó a esbozar los problemas, pero aspiró solamente a componer obras bellas.

En cuanto a los personajes, Pepita y más tarde Doña Luz, son las típicas heroínas de sus novelas: señoritas "lugareñas" de refinada aristocracia en su manera de vivir y de pensar; bellas, discretas, elegantes, algo místicas y un poco más sensuales que místicas. Son figuras delicadamente femeninas. Ante los problemas ascéticos de Don Luis, Pepita es la voz eterna de la naturaleza y del amor. Hay en ella una exquisita coquetería.

Respecto al personaje masculino, Don Luis parece ser un trasunto del propio autor, quien para configurarlo puso mucho de sus memorias y sentimientos. Las mismas impresiones que cuenta a su tío al regresar al pueblo, son las de Valera en 1854 a su vuelta de Brasil y están reflejados en cartas de aquellas fechas.

El paisaje en que se desenvuelve la acción es el mismo de Cabra: huertas, jardines, viñas, olivares, almendros, acacias, el cielo azul...; naturaleza amable de corte clásico. Es la única de sus novelas perfectamente localizada, puesto que en sus otras obras mezcla siempre, superponiéndose y entrelazándose, paisajes y costumbres de distintos pueblos de la comarca.

La naturaleza en "Pepita Jiménez" está a tono con los estados del alma del protagonista. Para que el cambio se produzca, para la fusión del misticismo en el erotismo, la acción transcurre adecuadamente entre los meses de abril y junio.

Clasicismo, hemos resaltado en el paisaje; clasicismo también en el estilo: acicalado, terso, rítmico. Suena deliciosamente al oído y a la vista. No olvidemos que Valera es, ante todo, un estilista. "Don Juan Valera —dice otro estilista, Azorín— en sus novelas, ha pintado el medio andaluz ¡Qué elegancia, qué pureza, qué caudalosidad en el maravilloso estilo de este supremo artista!".

"Pepita Jiménez", desde su aparición, ahora hace un siglo, fue aceptada como la obra maestra de Don Juan. La escribió, dirá más tarde en el prólogo a la edición en inglés, "en la más robusta plenitud de mi vida, cuando más sana y alegre estaba mi alma".

Ni siquiera el mismo Valera pudo, aunque lo pretendió, superarla.

La disertación de la culta prfesora fue seguida con gran interés por el audiorio, que al final le dio una larga salva de aplausos.

Alumnos del Curso de Orientación Universitaria, dieron lectura a diversos trozos seleccionados de la obra de Valera.

El acto terminó con la audición musical de fragmentos de la ópera "Pepita Jiménez", de Albéniz, ilustrada con la proyección de artísticas diapositivas de nuestra ciudad y de su término, de la colección del doctor Don José L. González-Meneses, que agradaron mucho a los asistentes.

("La Opinión", 27 febrero 1974)

EN LA REAL ACADEMIA DE CORDOBA

SESION CONMEMORATIVA DE LA OBRA "PEPITA JIMENEZ"

"La Opinión", 27 abril 1974

Días pasados celebró la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, sesión extraordinaria para conmemorar el primer centenario de la publicación de la inmortal obra de Juan Valera "Pepita Jiménez", disertando los académicos numerarios don José Valverde Madrid y don Juan Gómez Crespo.

Don José Valverde dio lectura al siguiente trabajo:

En el año 1874, en un bache de su correspondencia a la que era tan aficionado el egabrense universal que fue don Juan Valera, coge la pluma y escribe los primeros capítulos de una novela a la que pone por título "Pepita Jiménez", los envía desde Doña Mencía a la Revista de España que creara hacía unos cuantos años en la capital de la Nación. Y decimos que había un bache epistolar pues después de la correspondencia con Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario", que comprendía un grueso volumen desde el año 1854 no tenía Valera un interlocutor de su categoría. Años más tarde lo tuvo en Menéndez Pelayo que desde 1878 se escribiera con Valera casi diariamente. La labor recopiladora de Artigas y Sáinz Rodríguez hicieron que su publicación constituyera el suceso literario del año 1930.

Escribe Valera la novela de un tirón, desde enero a marzo. En el mes de noviembre ya está terminada y pide a don Francisco Moreno Ruiz que le proporcione una fotografía de Doña Mencía para que un dibujante y grabador saquen una bella portada para la edición que costeara él mismo o sea, la primera de la obra inmortal. Esta carta, que merced a la generosidad del señor Navas he podido allegar, es interesantísima en todos aspectos. Tiene la fecha de 18 de noviembre y la dirige desde Madrid, ya recolectada la uva. Habla también de cuentas del lagar de su cosecha al señor Moreno. Otras cartas de este tiempo son las que dirige a su esposa doña Dolores Delavat Areas. Con esta señora, de la que estaba perdidamente enamorado, estaba casado desde el año 1867 pero con ellos vivía la suegra y era una espada que se interponía entre el matrimonio y acordaron separarse, pero una separación amistosa en la que eran frecuentes las misivas y el envío de los hijos para que estuvieran temporadas con cada uno.

La casa en la que se escribió esta bella novela no fue en la de los Alcalá-Galiano de Doña Mencía que es en la calle Vuelta del Sacramento, sino en la calle Llana, en una bella casa que está junto a una casa de labor, de la que formaba parte, y que comprara don Juan Valera en la suma de veintiocho mil pesetas ya que la casa mayorazga, por así decirlo, de los Alcalá-Galiano había pertenecido en la partición de los bienes de doña Dolores Alcalá-Galiano, marquesa de la Paniega, que era su madre, a su medio hermano don José Freuller Alcalá. Pues dicha señora estaba casada dos veces, la primera con don Salvador Freuller, general suizo al servicio de España, con el que tendría el hijo a que antes hemos hecho mención, y en segundo lugar con un marino, natural del Puerto de Santa María; don José Valera Viaña.

Muerto el padre de don Juan en el año 1859, su hermana Ramona en

el de 1867 y su madre en el año 1872, por un desgraciado accidente en París, se encontró don Juan Valera con la administración de cuantiosos bienes a lo que se dedicó en el tiempo que, por no estar en el Gobierno los liberales, no estaba destinado en misiones diplomáticas. Tenía cincuenta años como antes hemos dicho y desde el año 1861 ya era nada menos que académico de número de la Real Academia de la Lengua, Academia en la que se destacaba por su crítica literaria. Pero novelista propiamente tal no había sido hasta entonces. Tardío pero cierto, pues la obra creada supera en mucho a la novelística de su tiempo, por la donosura de su prosa. Múltiples ediciones se hicieron de esta magnífica novela entre las que hay que destacar en primer lugar la edición de lujo que en el año 1925 lanzara la casa Calpe, y que ilustrara formidablemente el pintor prieguense Adolfo Lozano Sidro. Otra edición que hay que destacar la que ilustrara Fernando Marco editada por Biblioteca Nueva y que ha llegado a la undécima edición. La edición prologada por Azaña tiene la densidad del prólogo de este escritor. Está reproducido en estudios sobre don Juan Valera que publicó recientemente Alianza Editorial y en el primer volumen de sus Obras Completas que editara en Méjico Marichalar.

La Real Academia de Córdoba que con ocasión del centenario de Valera lanzara aquel bello ejemplar de su Boletín dedicado enteramente a él piensa con ocasión de este centenario editar otro, pues la novela inmortal bien lo merece.

A continuación el profesor Gómez Crespo hizo notar la creciente actualidad de don Juan Valera, como se puede comprobar con el reciente número de publicaciones sobre temas valerianos, entre ellas los "Ensayos sobre Valera", de don Manuel Azaña, las aportaciones del profesor Cyrus de Coster, el epistolario con Estébanez Calderón, el libro "Dos españoles en Rusia" y el de Vicente Marrero, "Historia de una amistad", alusiva a la que unió de modo entrañable y ejemplar a Pereda, Rubén Darío, Clarín. Valera, Menéndez Pelayo y Pérez Galdós, figuras tan destacadas en el panorama literario de su tiempo.

Tras un examen de las luchas políticas en la pasada centuria, hizo notar el espíritu liberal y tolerante de Valera, su españolismo, su saber, su espíritu agudo y penetrante y su depurado estilo literario.

Para Valera era un presupuesto indeclinable la libertad del individuo, problema que aflora siempre en el fondo de su obra, de ahí que no se aviniera fácilmente a la disciplina de partido.

Diputado a Cortes por Archidona, su amistad con el general Serrano le lleva a la Unión Liberal, el partido intermedio entre progresistas y moderados, que presidió O'Donnell, y que muerto éste se integraría en el

frente antidinástico que acabó en Alcolea con el reinado de Isabel II, en septiembre de 1968.

Formó parte Valera de la Comisión que se trasladó a Florencia para notificar a don Amadeo de Saboya su elección como Rey de España, lo que no fue obstáculo para que años después figurase en el sector liberal que reconoció la restauración de Alfonso XII y que aconsejara a Menéndez Pelayo a que hiciera otro tanto.

Como hace notar Azaña, su finura espiritual impidió a Valera ser un fanático, por lo que en sus cartas a don Marcelino no se recata en prodigar sus ataques a quienes a su entender lo merecían sin tener en cuenta el sector político a que pertenecieran.

En el citado libro de Marrero se califica esta correspondencia como un vademecum de lo que debe ser la vida literaria de la mejor ley, amena, sabia, españolísima y abierta a los más universales horizontes.

LA AGRICULTURA Y VALERA

Por Bernardo V. CARANDE

En vista de que no sabemos lo que hacer con el agro, salvo esquilmarlo; deque la agricultura no es competitiva, por lo que no podremos fichar a ningún centrocampista extranjero; y de que los discursos —ahora que las rogativas procesionales se llevan menos— no terminan de lograr que llueva, a tiempo, va a ver que volver a las fuentes. No las termales, que están en desuso; las minerales, con programado grifo; ni las manantiales, que se secaron, desecaron o apestan; sino las coyunturales —¡bella palabreja!— de aquellas experiencias humanas que fueron. Para buscar en ellas comprensión **illo tempore** de asuntos naturales, sin fecha, ni techo.

Puede valer muy bien ese don Juan Valera, hijodalgo egabrense, señorito de Doña Mencía, adecuado agricultor arruinado y escritor nacional. Experto en razones profundas que escribe desde dentro de sí mismo. Este don Juan Valera y Alcalá-Galiano, hijo de liberal y de marquesa, cuyos restos han vuelto estos días —loado sea— a la paz del principio, a la patria solar. Valera, el preferido de Manuel Azaña, el precursor social. Adelantado en todo a su época. Uno de los primeros emigrados interiores (y exteriores, si contamos su gestión diplomática) del país. A ver qué nos dice de su agricultura. ¿Cómo estaba el campo entonces?, ¿qué nociones suyas nos vuelven a dar el nexo perdido? A este paso llegará un día que

el estado flote, suspenso, sobre un erial.

"Juanita la Larga" es una novela de plena madurez. Escrita con 70 años ya cumplidos. Valera fue un escritor de vocación tardía. "Pepita Jiménez", la primera, veinte años antes, lo fue en Doña Mencía, cuando Valera fue de temporada a intentar salvar la hacienda. La "Juanita" de después, pese a ser cortesana de cuna, es más rural aún, más asentada, la guían menos ensoñaciones. Trasciende calma y paz. Valera recrea, a su vuelta, después de los fracasos (sentimentales, intelectuales) o de la mala hacienda, en la trama y descripción de un lugar inmanentemente agrícola de finales de siglo. Mas no se piense que "Juanita la Larga" está escrita con resentimiento. Todo lo contrario. En ella puede encontrarse, mucho más allá de las cuestiones pecuniarias, el ansia lograda en la vivencia natural, su mejor tránsito, incrementado al correr del tiempo, no ya del autor sino del lector que hoy, a tal distancia, lo goce. Su lectura resulta aleccionadora. Pasma así al contemporáneo el inusitado transcurrir de un tiempo alocado, desde entonces a hoy, sin sentido agrícola alguno pues, para empezar, todo el entorno de aquel lugar, descrito con deleite en la novela, hoy, casi, no existe. Y el interior, como mucho, desfigurado.

No le guía a Valera la hipercrítica. Se limita al testimonio. Gusta de recrearse en los hilos y zurzidos, pespuntes y nudos, cabos sueltos y enhebrados de la novelesca narración por la que viene, y va, con entusiasmo. Sobre la otra identidad —no intelectual, agrícola— va paralelo y homogéneo. Gusta de relatar un medio natural. Como si supiera que tal medio iba a resultar al cabo aleccionante. Por ejemplo: el protagonista sale al campo una ocasión, convulso, a huir, y en un remanso, donde hasta bebe agua (¡agua!) de la corriente **cristalina** (¡ay!) se apacigua. Los acontecimientos del pueblo, los que marcan el transcurso de la vida y del relato, son populares, peculiares, irrenunciables: festividades locales, religiosas, feriadas, días de mercado, convites... ¡No hay lucha de clases, ni tensiones, en "Juanita la Larga"! Todo es propio, nada es ajeno. Villaalegre es un pueblo habitado, blanqueado, en el que riegan las macetas, barren las calles, dan sombra los árboles y los vecinos sonríen o murmuran. La gente hace tertulia y se saluda. Las tareas se reparten con equidad —cazar, hacer buñuelos, vestir a los santos—, para todo el mundo hay papel. Nadie emigra.

Se prospera. Se juega, se gana o, por descontado, se pierde, pero sin suspicacias o recelos, intereses o mediaciones. Hay cacique, sí, como lo ha habido siempre hasta que se sustituya por otro, anónimo e ideológico. Se desconoce el enchufe y el papeleo. Sirven los parientes. Llueve. Villaalegre, a finales del siglo XIX, todavía está en medio de la vida.

Valera muere diez años después. Lo recuerda Ramón Pérez de Ayala

por sus últmos días madrileños. Casi desde los tiempos de "Pepita" ha renunciado a la agricultura o ésta ha terminado con él. "Valera padecía insomnio, y como ya no podía leer, nos solía retener en torno suyo hasta las cuatro o las cinco de la madrugada". La lección de "Juanita" es verosímil: aquel tiempo agrícola pasó, después de una decadencia prolongada, para nunca más —por ahora— volver.

EL TALANTE FILOSOFICO DE VALERA

Juan Valera fue un hombre ilustre, que se distinguió en la política y en la literatura, como diplomático, novelista, ensayista y poeta. Pocos le han considerado en el campo de la Filosofía. Y no hay duda de que entre sus obras se cuentan muchos trabajos filosóficos. Es cierto que no inventó ningún sistema, ni propuso ninguna nueva teoría sin embargo, expresó sus pensamientos en multitud de problemas acuciantes. Tuvo un "talante" filosófico, es decir, poseyó voluntad, deseo, gusto, semblante, disposición personal, ánimo, inclinación para escribir sobre Filosofía, que tal es la definición de "talante" en el Diccionario.

La polémica filosófica entre Valera y Campoamor bastaría para demostrar el espíritu de nuestro autor. De ahí que su personalidad haya sido muy discutida y comentada. Bástenos citar a dos autores. El jesuíta Alberto Risco dice que fué "en ideas volteriano refinado; como escritor, maneja el castellano de modo inimitable. Su mejor novela es "Pepita Jiménez", hipócrita caricatura del misticismo religioso" (historia de la Literatura Española y Universal pág. 157, Madrid, 1946). En cambio, Menéndez Pelayo afirma de é lo siguiente: "Mi dulce Valera. el más culto. el más helénico, el más regocijante y delicioso de nuestros prosistas amenos y el más clásico, o más bien, el UNICO clásico de nuestros poetas". (Heterodoxos, BAC, vol. 151, pág. 1.174. Madrid, 1956). El Diccionario "ESPASA" le llama "agudo observador y profundo filósofo". Esto mismo afirmó Zaragueta en contra de la condesa de Pardo Bazán.

Ahora bien, ¿fue escéptico, ecléctico, escolástico, tomista? Dice Valera: "Yo, en honor de la verdad, me parece que no sigo escuela ninguna" (Obras completas. Edic. Aguilar, II, Pág. 1486) Jean Krynen habló de su "platonismo". De momento, se puede afirmar el valor de la Metafísica y del Humanismo en la filosofía de Valera. Valera, como todo escritor, fue hijo de su ambiente, de los países donde pasó su vida. No hay duda de que las doctrinas de Fichte, Hegel, Krause y Espinoza le impresionaron sobremanera. No obstante, filósofo de la "vida", al estilo de su paisano Séneca, receló de toda filosofía que se aparta de la auténtica y verdadera realidad humana.

Cuando afirma que "Hegel es el más grande pensador que ha habido en el mundo desde Platón hasta ahora" (Pág. 1.467) hiperboliza. También cuando escribe que "Santo Tomás, doctor de la Iglesia, pasó por idealista, como Fichte" (Pág. 1.466). Pero, piensa rectamente cuando dice que "en la razón humana hay algo de "iluminación semi-divina", "algo divino" (página 1.481 y 1.496), y cuando afirma lacónicamente que "Dios no es ente, sino sobre ente" (Pág. 1.553). La profundidad de esta idea prueba que Valera fue "capaz de subir a las regiones excelsas de la filosofía" (Pág. 1.479).

Su pensamiento voló alto y caló hondo, fue el prototipo del filósofo. Fue "escéptico idealista", como Séneca y Luis Vives. No se aferró en bloque a un sistema determinado, pero su base crítica fue el sentido común, la observación, la experiencia y los primeros principios de la "Filosofía perenne". Fue un filósofo a lo español, vitalista en el sentido auténtico. La vida de Valera fue intensamente española. Rechazó al "pícaro panteismo". Hay que admitir al menos —decía— un "poquito" de Metafísica, aunque "chiquitita", por que ella es la filosofía fundamental. Se funda en Dios y se termina en Dios. De ahí su entusiasmo por la mística cristiana.

Valera vendría bien para nuestro tiempo, porque dice lo siguiente, digno de recordarse y seguirse: "Nosotros amamos y deseamos la libertad de pensamiento; queremos que todo ciudadano pueda emitir libremente sus ideas" (Pág. 1.470). En esto concuerda perfectamente con Angel Ganivet en su "Idearium Español", tenemos talentos en España y una corriente filosófica propia. Ayudar a aquellos y secundar ésta, sin prevenciones ni fanatismos, deberá ser la misión cultural de todos, para que no sea una realidad la exclamación del clásico: "O spectaculum luctuosum ¡Cedere e patria servatorem eius, manere in patria perditores!".

La vida de Valera, como la mía, discurrió bajo el signo de Libra (ambos nacidos un 18 de octubre). Grande fue su amor a la justicia, tan grande como su amor por la verdad. Justicia y verdad ha de haber en todas las cosas. "Bajo cierto aspecto, entendidas las cosas de cierta manera, en todo hay filosofía. ¿Cómo he de negarlo yo? Filosofía es el cómo y el por qué de cada cosa, y cada cosa tiene su porqué y su cómo" (Pági 1.488). Sin embargo, "la cuestión no está en averiguar cuáles son las ideas que se estilan, sino en saber cuáles son las más racionales" (Pág. 1.484).

Dedicamos este nuevo artículo sobre don Juan Valera en este septuagésimo año después de su muerte, y cuando sus restos reposan ya en su patria chica, la villa de Cabra, la antigua Egabro.

Angel RODRIGUEZ BACHILLER

"El Egabrense". Cabra, 19 julio 1975.

SESENTA ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DON JUAN VALERA

LOS RESTOS DE DON JUAN VALERA FUERON INHUMADOS EN EL CEMENTERIO DE CABRA

La ciudad de Cabra, con su alcalde, su Corporación Municipal, sus autoridades, con sus vecinos, con sus ilustres visitantes, ha dejado plasmada para siempre en su historia, una jornada importante. Profunda. Lo profundamente importante de saber rendir homenaje y pleitesía a quienes a pulso y con amor lo ganaron. Devolviendo amores por amores. Si don Juan Valera y Alcalá Galiano, siempre cantando su patria chica, exaltó al máximo la belleza de nuestros rincones, de nuestras mujeres, de nuestras costumbres, otro ilustre paisano, don Juan Soca Cordón, supo mantener viva años y años la admiración de sus paisanos, unido a su reconocimiento y gratitud perennes, hacia el autor de "Pepita Jiménez".

HOMENAJE A DON JUAN SOCA

En la casa número 26 de la calle Marqués de Cabra, en que viniera al mundo el poeta egabrense don Juan Soca Cordón, se darían cita, a las 7,30 de la tarde, la Corporación Municipal en pleno, autoridades e invitados, entre ellos el presidente de la Diputación, don Manuel Santolalla; delegado provincial de Información y Turismo, don Fernando Hermoso; así como los embajadores don Ernesto Giménez Caballero y don Justino Sansón Balladares; fiscal de la Audiencia Provincial, don José Escudero, distinguidas damas y numeroso público, a pesar de la lluvia, que caía con insistencia en aquellos momentos, al objeto de asistir al acto de descubrimiento de una lápida que recordara por siempre a los egabrenses el hogar en que naciera el hombre cordial y bueno, apasionado valerista, que durante años y años estuvo al frente de la Asociación de "Amigos de don Juan Valera", felizmente resurgida.

En primer lugar, el concejal delegado de Cultura, don Vicente Rafael Moreno López, leyó unas cuartillas, en las que recordó cómo el Ayuntamiento de Cabra supo honrar a su hijo preclaro acordando, en 1.º de marzo de 1948, designarle hijo predilecto de la ciudad; el 6 de agosto de 1958, al cumplir veinticinco años de servicio en "su" Biblioteca, el Ayuntamiento acordaría designarla con su nombre, por haberla llevado a la alta cota de estar considerada como la mejor biblioteca de la provincia. Después, el 21 de octubre de 1960, el Pleno Municipal daría el nombre de "Poeta Juan

Soca" a una bella plaza del popular y típico barrio del Cerro, resaltando así la magnífica labor desarrollada por don Juan, como cronista de la historia local, la brillantez de sus versos y la pureza de su prosa, significando siempre las glorias de la ciudad.

Hoy, continuó diciendo el señor Moreno López, el Ayuntamiento exalta la figura de Juan Soca, homenajeado ya como hijo preclaro, bibliotecario y cronista, como valerista de excepción. Como mantenedor, de manera permanente, de la figura de don Juan Valera y haber sido, entre los egabrenses, el conservador de su memoria.

Entre los aplausos del público, el alcalde de Cabra, don Manuel López Peña, descubrió la lápida inserta en la fachada del edificio número 26 de la calle Marqués de Cabra, en que vino al mundo el autor de tantos y tantos cantos a Cabra, su tierra, y presidente durante lustros de la Asociación "Amigos de don Juan Valera", a la que se entregó por entero.

A continuación, don Angel Murillo Guerrero, con alma y entonación, con el fondo de la campana triste de Santo Domingo, como aquel diciembre de 1971, dedicó el siguiente soneto:

JUAN SOCA, FUEGO DE VALERA

Serena está la mar, quieta la altura
de un sol inmóvil en tu medio día.
Varada la tristeza de aquel día
perdido, que ganaste sepultura.

Valera en la voz de tu figura,
y tú premeditando la armonía
que plena no se sabe todavía,
y busca, insatisfecha, en la hermosura.

Tú y don Juan. Ancha vela, largo viento.
Mirando estoy cómo ya la nave
desancha su esperanza caminera,

espuma hecha de tu pensamiento.
Y rítmico su andar, exacta clave,
Soca viento, la nave de Valera.

Se rompió el silencio con los aplausos dedicados al buen amigo y seguidor del homenajeado, y a continuación nuestro querido amigo don José

Juan Delgado Fernández de Santaella, presidente de la Comisión Gestora de los "Amigos de don Juan Valera", después de saludar a las personalidades asistentes al acto, lo hizo de manera particular a la embajada de Doña Mencía y a los familiares de don Juan Valera y don Juan Soca. Recordó los versos enviados al decenario "La Opinión", encontrándose cursando estudios en Santiago de Compostela, con ocasión del homenaje tributado a don Juan Soca:

Potro de mi pensamiento,
—negra cola, crin rizada—
por los caminos del viento
llévame de galopada,
que si lejano y perdido
bajo la galaica bruma
de cabreño bien nacido
mi lira de miel rezuma.
Vuele la campana loca,
tributo del paisanaje
de Cabra, para Juan Soca,
en encendido homenaje,
y yo, desde la distancia
mi flor mando, pensamiento,
que si no tiene fragancia
lleva el hondo sentimiento
de quien no puede y quisiera
estar presente este día.
¡Ay, si una "meiga" pudiera
hacer esta brujería..!

EMOTIVA JORNADA VIVIDA PLENAMENTE POR LA CIUDAD

No pasaron muchas fechas cuando recibía una carta que don Juan de Soca me escribiera encabezándola con estas palabras: "Mi querido poeta y amigo". Todas las fibras de mi ser se sintieron estremecidas por el alto honor que me confería con los dos tratamientos que me daba. Primero, brindándome y reconociéndome como amigo suyo, a pesar de la diferencia de edad que entre los dos existía, y en segundo lugar, al llamarme y darme el título de poeta. Sinceramente, me sentí conmovido, y en mi fuero interno me hice la firme promesa de corresponder, con mis entonces incipientes fuerzas, a quien me había depositado su confianza.

El transcurso del tiempo fue demostrando y consolidando aquella amistad que tan cordialmente me fuera brindada, a la que yo diera llamas de pasión y a la que él correspondía serenamente, pero no por ello menos sentida, dándome sus consejos desinteresados y animándome e interesándose por mis trabajos poéticos, e incluso forzándome a ellos, con un afecto tan persuasivo y a la vez tan insistente que difícilmente podría haberme negado. El me abrió su corazón líricamente y públicamente manifiesto que si hoy ando por el mágico mundo de la poesía a él se lo debo.

Hablar de Soca y ante sus paisanos, significa una valentía o temeridad tremenda. De todos es más conocida su recia personalidad y por ello no haré alusión al inmenso caudal que anidaba en su pecho y en su espíritu. Sin embargo, sí quiero hablar de su egabrensismo, que culminó en la labor profunda, de total entrega, durante su período de presidente de la Asociación de "Amigos de don Juan Valera". Su muerte nos dejó un profundo vacío y buena prueba de ello fue la caída en vertical de esta Asociación, que traspasó, durante su gestión, las fronteras locales y nacionales. Movía magistralmente sus múltiples amistades, los interesaba, les hacía vivir con él su profundo respeto y admiración hacia don Juan Valera, y yo diría que toda su persona fue un monumento vivo de toda significación valeriana.

Los egabrenses, el pueblo entero de Cabra, no puede dejar perder este profundo amor que nos hizo florecer en su total entrega a lo que fue dedicación absoluta de gran parte de su vida. Por eso el Ilmo. Sr. Alclade, en reciente Juan General, dedicó, en su calidad de presidente de honor de la Asociación, la creación de una Comisión Gestora para que revisara los Estatutos de la Sociedad y revivificar y hacer reverdecer viejos laureles. En ello estamos comprometidos un grupo de hombres que con humildad, que es la cualidad que yo creo se necesita para que las cosas en su momento se hagan grandes, trataremos de identificarnos con la herencia que Soca nos dejara y a la que nos sentimos obligados por haber nacido en esta hermosa tierra, sin parangón en el mundo.

No se ha podido buscar mejor fecha para el descubrimiento de esta lápida con la que se trata de inmortalizarle, que el mismo día en que, el pueblo entero, rinde tributo de entrañable paisanaje, de ilusión conseguida, de intimadora presencia, en la admiración ferviente a nuestro eximio paisano don Juan Valera y Alcalá-Galiano con motivo de la traída de sus restos mortales a la población que le viera nacer y que le llenó de quereres. De este pueblo donde situó, junto con la hermana y vecina Doña Mencía, parte de sus inmortales obras. De estos dos pueblos, íntimamente fundidos, donde venía con el corazón lleno de heridas y de los de nueva lozanía y con ojos nuevos a lo que la naturaleza le deparase.

Es para mí una honra, que no merezco por mi poca valía, representar a la Asociación, en estos actos, y es por ello por lo que no puedo silenciar mi agradecimiento como presidente de la Gestora y personal, hacia la familia, por dar su consentimiento para verificar el traslado, y a todas las personas que influyeron para este gran logro y muy especialmente a nuestro alcalde, que tantoha luchado, sin desmayos, para su consecución. A todos y a cada uno de los que intervinieron para que don Juan Valera descansara para siempre en el blanco cementerio de su ciudad natal, les hago partícipes de mi más sentido reconocimiento, de mi más entrañable afecto, brindándoles mis sentimientos más íntimos de amistad. En nombre de los "Amigos de don Juan Valera" y en el mío propio, como egabrense, mi más sincero agradecimiento.

Fue largamente aplaudido.

INHUMACION DE DON JUAN VALERA

Finalizado el homenaje sencillo y cordial a don Juan Soca, familiares de don Juan Valera —sus nietos doña Dolores y don Luis Serrat Valera; su bisnieta, doña Lola Galvis Serrat y esposo—, autoridades de Cabra y Doña Mencía, premios Valera de diversos años, invitados y numeroso vecindario, a pesar de lo desapacible de la tarde, se trasladarían al cementerio municipal de San José, para que así cristalizara la noble aspiración del pueblo egabrense de conservar en la noble tierra donde naciera, hasta la resurrección de la carne, al ilustre pensador, poeta y novelista, cuyos restos han ido a parar, precisamente, al mausoleo que conservara a su tía doña Dolores Valera Viaña, quien se afirma inspirara a don Juan su inmortal "Pepita".

El capellán del cementerio, reverendo don David Rodríguez Hidalgo, rezó un responso, y los nietos de don Juan, entre el silencio y emoción de todos, descubrieron el mausoleo.

DISCURSO DEL EMBAJADOR DE NICARAGUA

Se adelantó hacia la tumba el embajador de Nicaragua, señor Sansón Balladares, expresándose así:

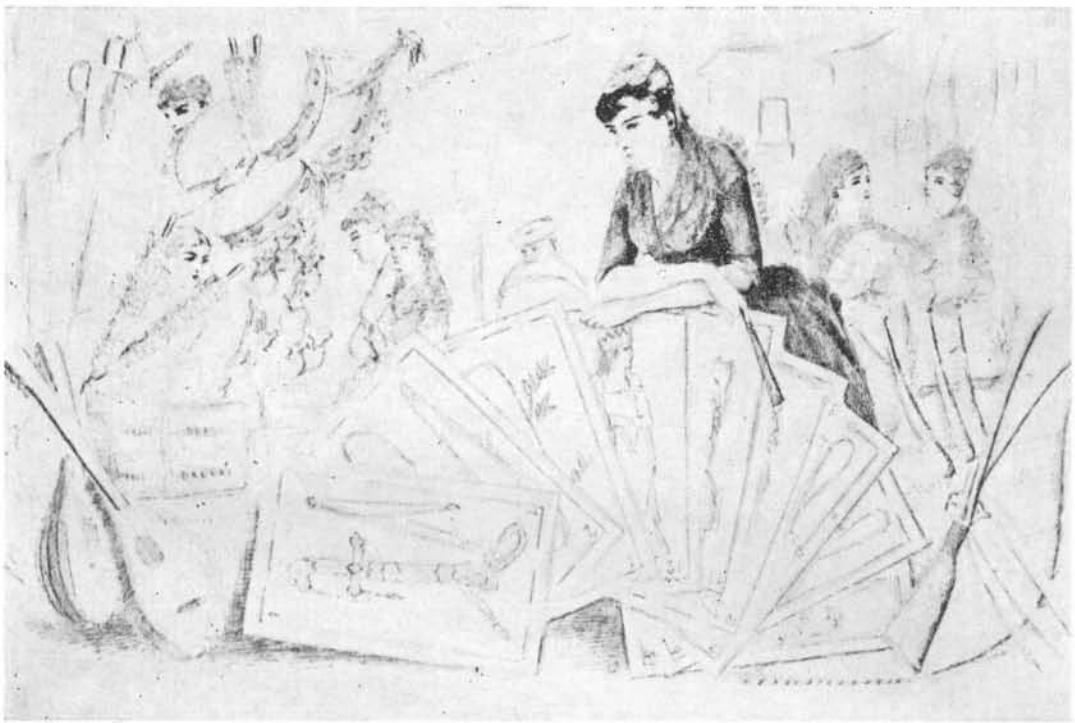
Aquí estoy cumpliendo los designios de mi propio corazón. He venido desde la capital de España para rendir un tributo más al esclarecido hijo de esta ciudad, al extraordinario don Juan Valera. No podía faltar Nicaragua bajo ningún aspecto, en esta manifestación de respeto, de cariño y admiración de los hijos de esta ciudad encantadora para el más glorioso de

LAS DELICIAS DE DOÑA MENCIA

Reproducción
de los dibujos originales del barón Jules de Greindl,
respondiendo a las invitaciones que don Juan Valera
le hacía para ir a Doña Mencía

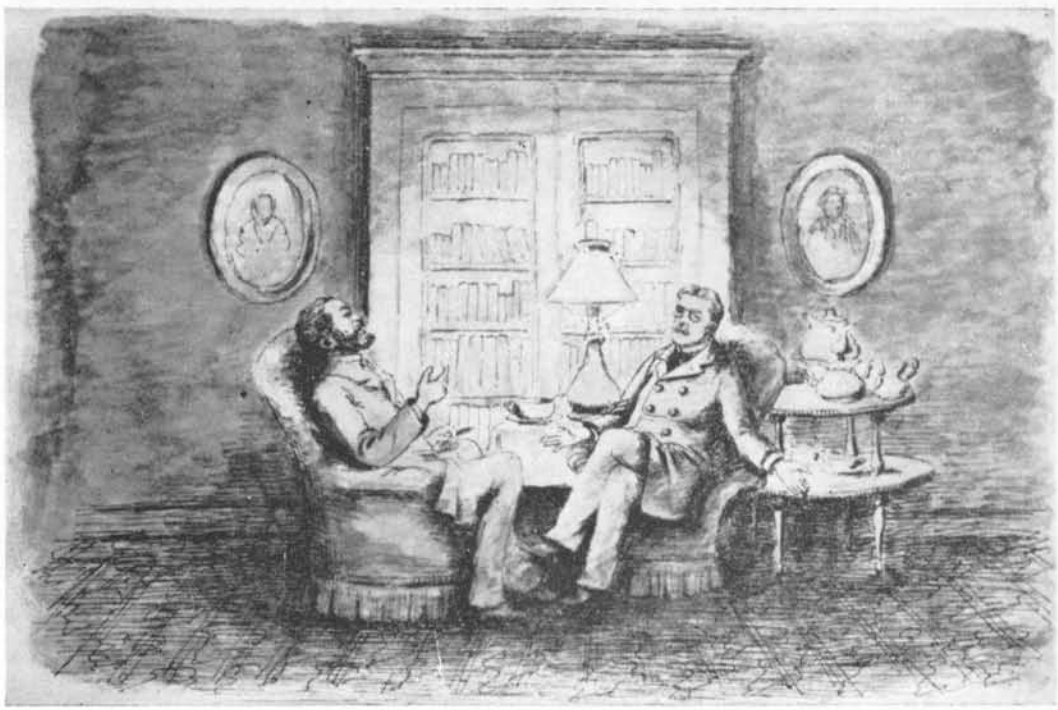
BRAC, 94 (1974) 80-93

BRAC, 94 (1974) 80-93



Este es el reportaje gráfico de las cartas de Valera y de sus conversaciones con el barón Jules de Greindl, su amigo de Lisboa en los años 50, que mucho tiempo más tarde, en 1883, le manda en un álbum encuadernado. Los temas de los dibujos, muchos de ellos se pueden ilustrar directamente sobre los textos mismos de las cartas y otros sobre tradiciones familiares que he podido rastrear. Representa, pues, esta serie de dibujos la ilustración perfecta de lo que para Valera es el factor nostalgia, su tierra y sus sueños románticos y absurdos de algunos ratos de depresión. De Greindl nunca estuvo en Doña Mencía, cosa que le da más valor de "representación fiel" de un pensamiento a estas ilustraciones

(Valera a De Greindl.—Doña Mencía, 27 octubre 1883.)



"Los nuevos Ministros son (los más) amigos míos o al menos lo eran cuando simples mortales. No sé si ahora, al verse empingorotados, querán darse tono y charol conmigo. El de Estado, no obstante, se me muestra propicio y archi-benigno: más fino que un coral y más dulce que una arropía. Me ha escrito diciéndome que quería enviarme a Roma, pero que Mazo no suelta la Legación a tres tirones, y que quería enviarme a Washington, pero que no sé qué poder misterioso o qué razón, que guarda con sigilo, no lo consiente. Promete después, vagamente, el oro y el moro y me declara que él es la persona que más me quiere en toda la Península Ibérica"

(Valera a De Greindl.—Doña Mencía, 27 octubre 1883.)

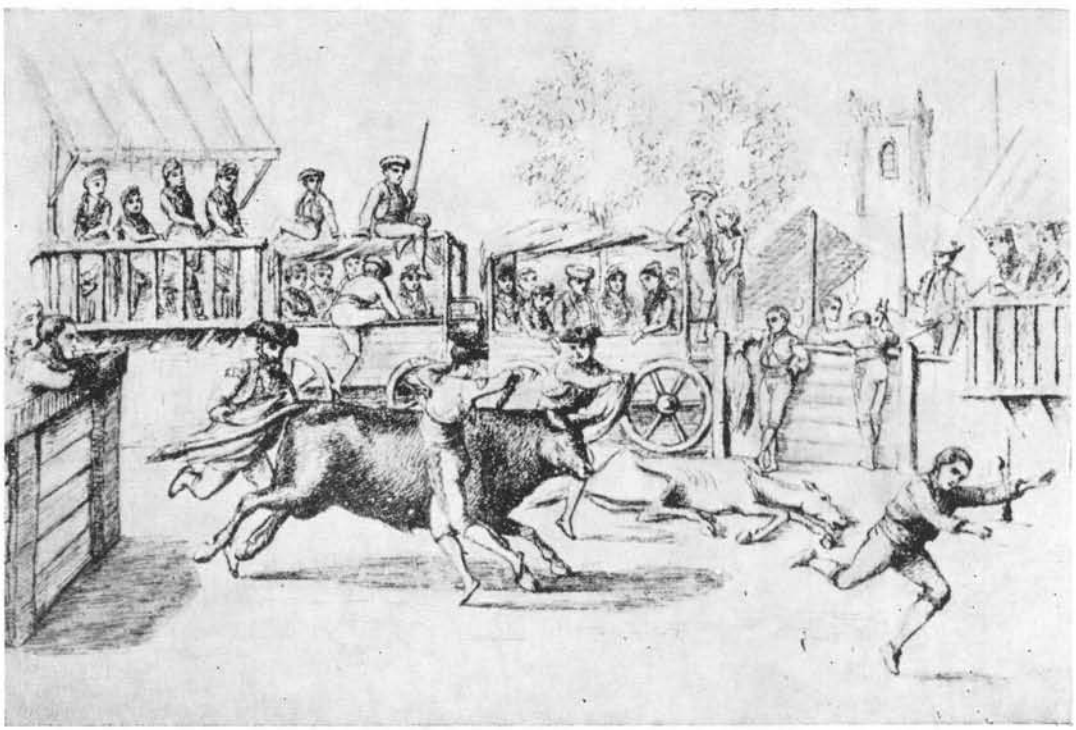
"Por la noche juego aquí al tresillo, a céntimo de peseta, con el alcalde, con el escribano, con el padre cura y con el hijo del maestro Cencias, que ha heredado la habilidad, talento y profesión de su padre para componer husillos y vigas de lagar, cuando se descomponen. En vez de té se sirve aguardiente de anís-doble, acompañado de torticas de aceite, arrope, gachas de mosto o alguna otra golosina de por aquí"

(Valera a De Greindl.—Doña Mencía, 27 octubre 1883.)

"Nuestro sibaritismo o refinamiento en los deleites es extremado. Algunas noches viene Juanito el Bolero, que es el sastre, y viene acompañado de uno que toca el clarinete y de otro que toca la vihuela, y como Juanito el Bolero es todo un artista y tiene discípulos, nos representa pasillos con la gente que trae, o bien baila, luciendo su aptitud coreográfica a par que su talento en la sastrería, pues los trajes están hechos por él y tiene cuatro: uno de ninfo de tonelete, con el que baila la guasanga francesa; otro de oficialito militar colorado para el baile inglés; otro de majo para el bolero, y otro de gitanilla para el vito. Juanito el Bolero canta también canciones y romances (accionados), pero los más son de una verdura subidísima, por lo cual no se cantan hasta que los niños se acuestan y duermen"

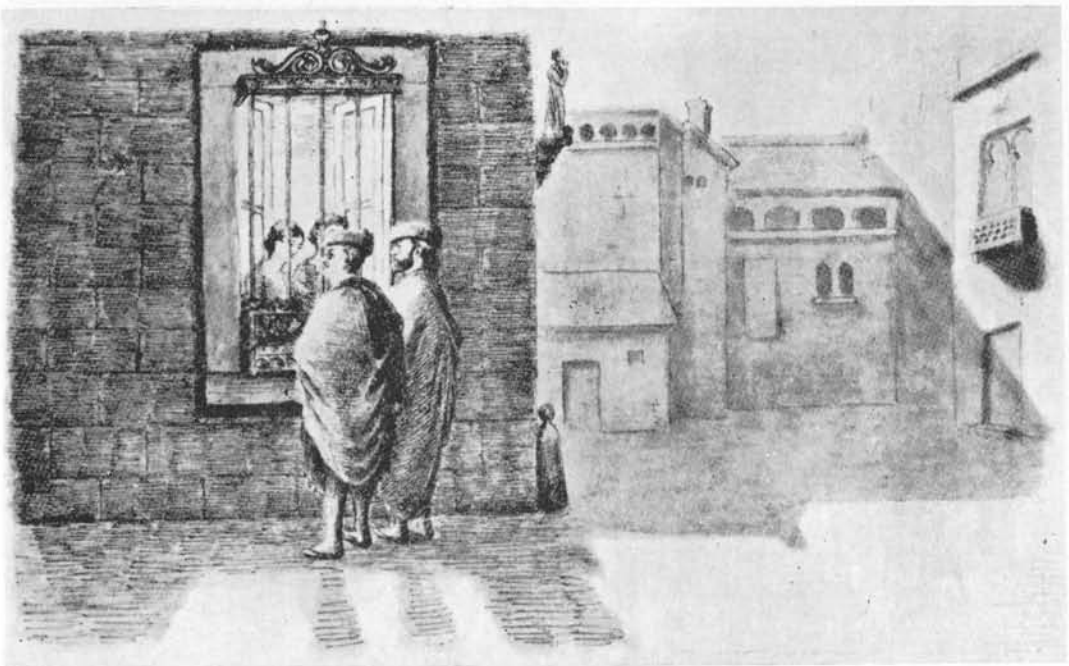
(Valera a De Greindl.—Doña Mencía, 27 octubre 1883.)

ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CORDOBA
BIBLIOTECA

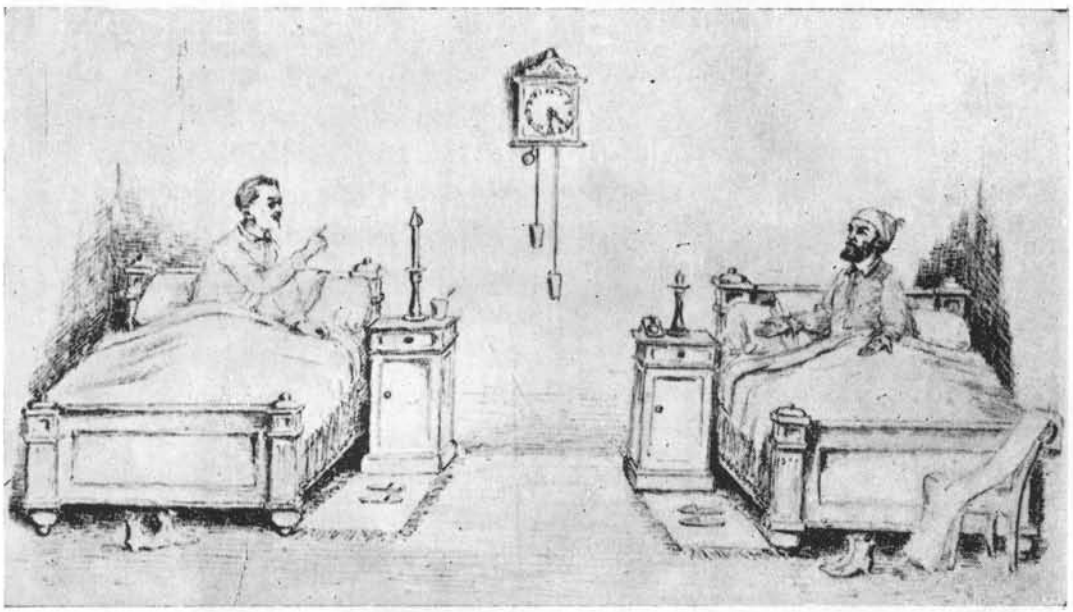


Valera a las banderillas.—De Greindl, al quite

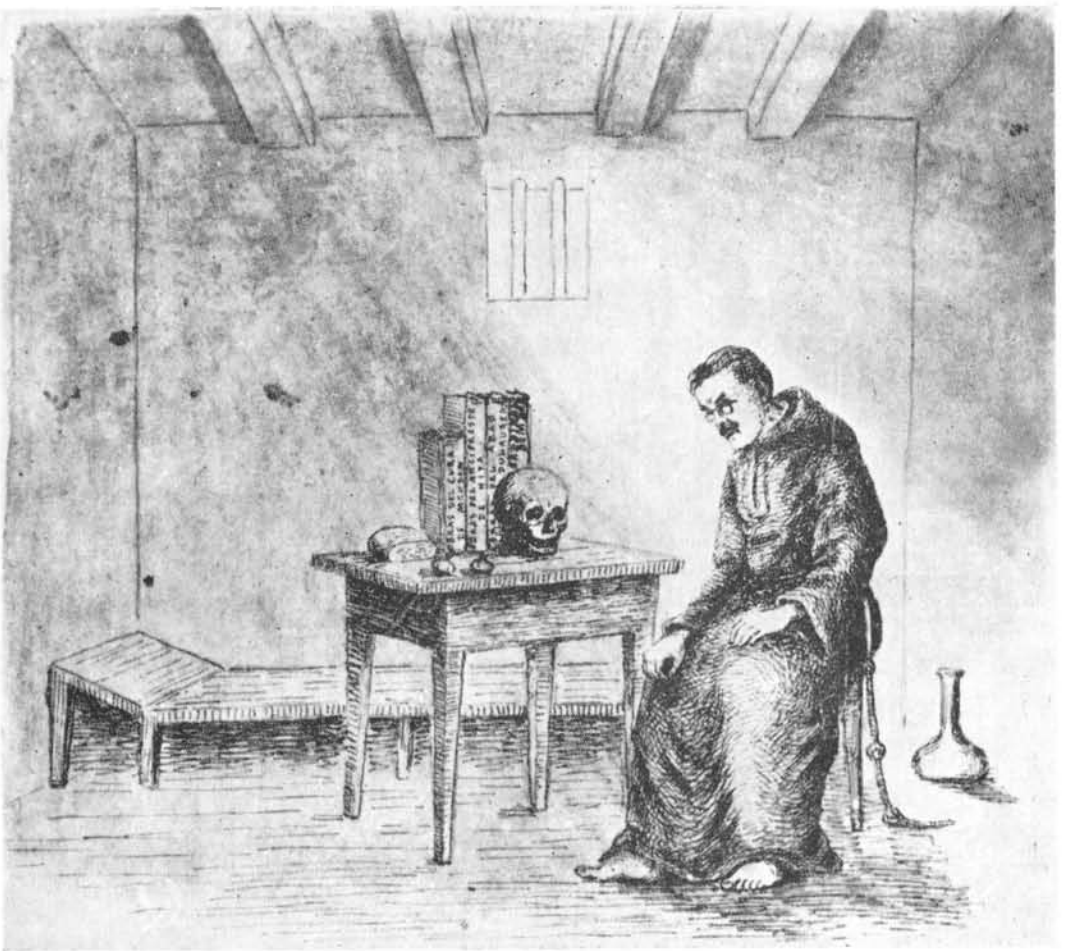
Esta escena refleja, con toda seguridad, algo que corre todavía en boca de los Valera. La marquesa de la Paniega en cierta ocasión salvó a un bandido de las manos de sus perseguidores, accidentalmente. Es por ello por lo que De Greindl reproduce, además, la sorpresa de los bandoleros al descubrir que en el equipaje no llevan dinero, sino cruces y honores mundanos



"Pelando la Pava"



Charlaremos hasta altas horas de la madrugada



De joven, "calavera", y de mayor, fraile (a la española).
(Sobre la mesa unos pedazos de pan, una calavera, obras del cura Mendón, del Arcipreste de Hita, del abad de Dulaurens y del Cardenal Bembo)

sus hijos. Y Nicaragua no podía faltar por una razón suprema: no podría escribirse jamás la biografía del más completo y brillante poeta de habla hispana del presente siglo, de nuestro inmenso Rubén Darío, sin mencionar a don Juan Valera, que sería el descubridor del genio que, naciendo al otro lado del Atlántico, cubrió para la eternidad la lengua castellana. Don Juan Valera, cuando Rubén era un niño y escribió su libro "Azul", en las cartas americanas adivinó la grandeza del divino poeta americano. Rubén viene en el 98 a España y encuentra a esta tierra afligida, enmudecida, entristecida, y sólo halla un gran valor: don Juan Valera, pero ya ciego. También encontraría a Juan Ramón Jiménez y los Machado, verdaderos espíritus selectos, para levantar el estandarte de su "modernismo" que lograría para la lengua castellana el que hoy ocupe uno de los primeros puestos de la literatura universal.

Ratificó el entrañable cariño de su señora y de él hacia esta ciudad; su gratitud al embajador Giménez Caballero que lesacompañaría en su primera visita a esta tierra, cuando, nada más llegados a España, decidieron rendir homenaje al descubridor de Rubén, como primero e importante de sus actos en este país.

Terminó resaltando el inusitado amor hacia su pueblo del ilustre alcalde López Peña, recitando finalmente los versos que a Rubén Darío dedicara Antonio Machado, que muy bien podrían colocarse también en el sepulcro de don Juan:

Pongamos españoles en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira y una inscripción no más;
nadie esta lira tañe si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, sino es el mismo Pan.

PALABRAS DE DON MANUEL LOPEZ

Cariñosos aplausos saludaron las palabras del ilustre embajador. Acto seguido, el alcalde de Cabra dijo:

Cuando me dispongo a pronunciar unas palabras en la inhumación de los restos mortales de tan insigne y glorioso egabrense, una profunda emoción viene a embargarme. Me cabe el honor de ser quien como alcalde de esta ciudad de Cabra y en nombre de todos los egabrenses, recogiendo la sugerencia de otro egabrense, el poeta José Luis Fernández Trujillo, me cabe el honor, decía, de haber podido llevar a efecto esta anhelada operación de trasladar a esta tierra entrañable y querida de Cabra, a quien un día viera la primera luz en ella.

Toda la vida, nuestro querido don Juan Valera, quiso afincarse en Cabra. Pasar aquí los últimos días de su vida, los años d esu vejez. Y su deseo, su anhelo, llegó a expresarlo en repetidas ocasiones con las más bellas palabras. Hoy al tener aquí sus restos, aquellas frases de añoranza no nos entristecen, al contrario, nos estimulan a seguir manteniendo su memoria como llama esplendorosa que nunca se apaga. Como luz inextinguible mantendremos los egabrenses el culto a la personalidad y a la obra de don Juan que hoy vuelve a la tierra madre. Por los años y los siglos seremos su seguidores. Descanse en paz en esta tierra nuestra y que su obra permanezca por siempre.

Termina el acto y la emoción permanece. La embajada mencionada rodea a los familiares de don Juan. Con auténtica dificultad llego hasta doña Dolores Serrat Varela, que me dice:

DOÑA DOLORES SERRAT VALERA

—Estoy profundamente emocionada de comprobar el gran cariño y la admiración que sienten por mi abuelo y de ver, por fín, que sus restos reposan en Cabra, tierra que tanto amó y sobre la que tanto escribió. De verdad que estoy muy emocionada. Fue una gratísima sorpresa dentro de la emoción que me circunda en estos instantes, cuando me llegó la noticia de tan importante acción del Municipio egabrense, al que se lo agradecemos profundamente los tres hermanos.

—¿Es verdad que están ustedes dispuestos a dejar cuantos recuerdos poseen de don Juan, en favor del proyectado "museo valeriano"?

—Estamos dispuestos, y pensando en mandar aquí todo lo que tengamos de don Juan. Sus cartas... todo, todo lo que tenemos. Nos gustaría muchísimo y así habrá que organizarlo en el momento en que venga mi hermano, que está de cónsulen Estambul. Esperemos verlo hecho realidad para el próximo diciembre. Y creo que no seremos sólo nosotros. Hay muchas personas, fervientes admiradores de mi abuelo, que también poseen cosas valiosas, esencialmente cartas, que no dudo también lo ofrecerán. Este museo servirá de verdadero estímulo, y espero que todo podamos reunirlo aquí, en Cabra.

DON LUIS SERRAT VALERA

Al nieto de don Juan le asoman aún las lágrimas. Perdura su emoción. Sólo puede decir:

—Siempre permaneceré agradecido al pueblo de Cabra por haber traí-

do hasta aquí los restos de mi abuelo. Al señor alcalde, don Manuel López Peña; al señor Moniz, que tan divinamente realizó las gestiones en Madrid, y con el que compartí los también emocionantes momentos de la exhumación. Mi hermano Juan, ausente por razón de su cargo, mi hermana Dolores y yo, siempre estaremos agradecidos a este pueblo que no duda en aprovechar cualquier manifestación para resaltar al máximo su cariño y su imperecedero recuerdo por nuestro ilustre abuelo.

DOÑA LOLA GALVIS SERRAT

Lola Galvis Serrat y después Valera, bisnieta de don Juan, a la que él tantas y tan bellas cosas habría sabido decir. Quizás lo dijera a través del rojo clavel de la corona depositada en su mausoleo, y que ella aprisiona contra su pecho. Es una mujer sencillamente adorable, espontánea y simpática. Comparte con todos la emoción del momento y dice:

—¡Qué bien lo han hecho ustedes todo! No esperaba menos de Cabra, pero no esperaba tanto, ¿me comprende? Lo han hecho de maravilla, con sencillez y solemnidad.

(Apreciamos que nuestra joven dama ha aprovechado el sol de días anteriores. Hace caso al bisabuelo cuando se dirigía a su hermana, desde Liverpool. Abandona el "spleen" de Inglaterra y se abraza a nuestro incomparable sol, del que disfrutó en su cortijo de Doña Mencía).

—Me encanta venir a Cabra, a Doña Mencía. Me encantan los andaluces.

—¿En qué momento le agradó más oir hablar de su bisabuelo?

El año pasado, en el Instituto Español en Londres, oyendo a Julián Marías, quien diría que él no hubiera sido quien es, de no haber existido don Juan Valera. Naturalmente que él no sabía que una de sus oyentes, era bisnieta de don Juan. Aquello me causó una íntima y extraordinaria satisfacción y un legítimo orgullo, unido a una profunda emoción. En otra ocasión escuché, también en Londres, en los términos elogiosos, hacia mi bisabuelo, en que se expresaría don Gregorio Marañón.

DON LUIS GIMENEZ MARTOS

El "Premio Valera, 1974", el fino escritor cordobés, don Luis Jiménez Martos, asiste al acto con sus familiares. Con él su hermana, su hermana Pepita Jiménez. Por fin, don Juan, el liberal, ya no está entre dos fuegos. No cabe duda que es una satisfacción, también, para el premio nacional de literatura. Se expresa así:

—Quiero felicitar, primero, a cuantos han intervenido para que don Juan Valera repose en un mausoleo de tan exquisito gusto. Después he de manifestar mi íntima satisfacción de haber contribuido a cuanto acaba de ocurrir. Don Juan ya está, en cierto modo, con Pepita. Ha sido un acierto insuperable el que sus restos reposen en el mausoleo que sirviera de sepultura a doña Dolores Valera Viaña. Enhorabuena.

DON JOSE LUIS FERNANDEZ TRUJILLO

Nuestro paisano, fino poeta y premiado en diversas ocasiones, me dice que el mejor premio lo acaba de obtener hoy, 19 de abril de 1975, en Cabra. Cuando ha visto hecha realidad la sugerencia que hiciera al alcalde de su pueblo, que ha tenido la gentileza de reconocerlo y recordarlo en sus palabras. Me dice que no puede hablar. Que ha vuelto a Cabra a los 35 años de ausencia, para tener la suerte de asistir a tan brillante acto de exaltación valeriana y de amor a su patria chica. Emocionado, poniendo el corazón a flor de labios, mirando el mausoleo de don Juan, susurra con valentía:

CABRA Y DON JUAN VALERA

Por la calle San Martín,
todo un pasado que pasa.
Espectros que fueron vida
de una pluma bien cortada.

Personajes de leyenda
escapados de las páginas,
de unas obras inmortales
que en los archivos se guardan.

Surge Pepita Jiménez,
que en los vuelos de su falda
llevaba todo el embrujo
de una picaresca blanca.

Llega de Doña Mencía
aquella Juana la Larga,
que con pestiños y hojaldres
sacó adelante su casa,
entre cirios y saetas
llegando Semana Santa.

Un seminarista ingenuo
que ha colgado la sotana,
olvidando vacaciones
porque la sangre lo inflama.

Y el cincuentón de don Paco
se pone como la grana,
echándose atrás los años
que pesan sobre su espalda,
ante los ojos brillantes
de la hija de la Juana.

Cartas desde Rusia llegan
con una prosa sin mácula
y se conmueven los pulsos
de Córdoba la sultana.

Todo el amor de la tierra
que destila la elegancia,
se ha convertido en historia
que ya tiene un nombre: Cabra.

Espectros que fueron vida,
como unas sombras que pasan,
se confunden en la noche
cuando duermen las campanas.

¿Qué quereis? Grita una voz
ante un eco que se apaga
en el silencio dormido
de la ciudad que descansa!

"Buscamos a Juan Valera..."
Y Juan Valera no estaba.
"Queremos a Juan Valera..."
Y don Juan no contestaba,
porque duerme sus quimeras,
lejos, muy lejos de Cabra..!

"Queremos tenerlo aquí
temblando de escalofrío
frente a la brisa serrana...!

Y los espectros, en llama,
ardientes de puro nervio,
sombras fugaces que pasan,
vibran gritando la urgencia
de una tumba que le aguarda.

¡Cabra de don Juan Valera!
¡Crisol de historia y de casta!
¡teorema de las virtudes,
corolario de esperanzas...!

¡Tu tierra te está llamando,
Don Juan Valera del alma...!

¡No seremos egabrenses,
si no reposas en Cabra...!

* * *

Nuestra misión fue cumplida,
¡ya no me quedan palabras!

ACTO LITERARIO EN EL INSTITUTO

A las nueve de la noche, en el Patio de Cristales del Instituto de Segunda Enseñanza "Aguilar y Eslava", tuvo lugar el solemne acto literario, con que culminaba la inolvidable y brillante jornada de Cabra por su escritor, por su hijo ilustre.

Las autoridades, antes reseñadas, ocuparon los sitios de honor a más de los ganadores del premio municipal "Juan Valera", 1974, don Luis Jiménez Martos, y del patrocinado por la Diputación Provincial "Dos Cordobeses: el Duque de Rivas y Juan Valera", obtenido por el secretario de la Real Academia de Córdoba, don Juan Gómez Crespo.

Un selecto auditorio llenaba por completo el amplio local, a fin de oir después al joven profesor de la Universidad Complutense de Madrid, nuestro querido paisano, don José Peña González.

Hubo unas breves y acertadas palabras de salutación a los ganadores y de presentación del conferenciante a cargo del concejal delegado de Cultura, don Vicente Rafael Moreno López, y entre los aplausos del público, don Manuel López y don Manuel Santolalla, hicieron entrega de las 50.000 pesetas, cuantía de cada uno de los premios, a los mencionados ganadores, que en breve y emocionado parlamento darían las gracias, significando el que la oportunidad del acto hubiese coincidido con la inolvidable jornada vivida por Cabra y por los amantes de don Juan Valera.

A continuación ocupa el podio el señor Peña González, que pronunció una acertada, amena, profunda y documentada conferencia que mereció los más vivos elogios del auditorio. La brillante disertación del señor Peña González, auténtico alarde de conocimientos de la vida, obra y mujeres de don Juan Valera, podríamos resumirla así:

CONFERENCIA SOBRE VALERA

Comenzó el conferenciante refiriéndose al gran honor que suponía para él hablar en su ciudad natal, y cómo nunca podría rechazar, debido a su egabrensismo, lo que se le pidiera desde este hermoso pueblo.

A continuación se refirió a los actos que habían tenido lugar durante el día que podríamos titular "valeriano" por excelencia. Por la mañana, el homenaje al embajador de España don Ernesto Giménez Caballero, a quien se le entregó la placa de hijo adoptivo de la ciudad de Cabra. Y por la tarde, lluviosa y triste como la de aquel día 19 de abril cuyo sesenta aniversario conmemorábamos, el descubrimiento de una lápida en la casa en que nació "el mejor y único amigo de Valera" —en palabras del conferenciante— don Juan Soca Cordón, a quien el Ayuntamiento de esta ciudad tuvo el extraordinario acierto de honrar.

El señor Peña González pasó después a relatar el descubrimiento del mausoleo de Valera.

Una vez terminado el relato somero de los actos del día en honor de Valera, el orador entró directamente en el tema de la conferencia que titularía "Las mujeres en la vida de don Juan Valera". Hemos de aclarar que las mujeres a las que el conferenciante se refiere son las que tuvo a su lado, las que más influyeron en su vida real.

LA MARQUESA DE LA PANIEGA

Cronológicamente, la que primero influyó en él fue su madre, la marquesa de la Paniega, mujer de mucho fuste que ayudó y sirvió de empuje

y acicate a su hijo. Valera estudia en Málaga y en el Sacromonte de Granada. Publica sus primeros versos, que no alcanzan el éxito apetecido, coincidiendo en su afición a la poesía con el mayor genio literario de España: Cervantes. Conoce por estas fechas a Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Madrid. Más tarde, en 1844, escribe sus "Ensayos poéticos", y en 1847 su madre consigue que le nombre "attache ad honorem" en Sicilia.

LUCIA PALLADI

Va a Nápoles y allí conoce a Lucía Palladi, "la dama griega", que le enseña a adentrarse en la cultura clásica. Pero don Juan no se conforma con el amor platónico que ve en la Palladi y pretende un amor carnal que Lucía no puede corresponder. "La dama griega" le imprimió unas ideas que luego Valera desarrollaría a lo largo de su vida. Valera llevaría la negación del platonismo a su novela más conocida, "Pepita Jimnez".

En 1849 vuelve a España, donde se dedica a la política, faceta en la que don Juan creía tener gran porvenir. Pero fracasó en este terreno.

LISBOA Y RIO

Lisboa es otra etapa importante en su vida. En Nápoles conoció a Serafín Estébanez Calderón, que le dio dos consignas: en primer lugar que fuera un escritor castellano, y en segundo lugar, la teoría del iberismo, que le sirvió en Lisboa para contrarrestar la influencia anglófila. Durante su etapa lisboeta, Valera tuvo amores con la hija de Juana Pacheco, pero es matrimonio que no le interesa y así se lo hace ver su madre.

En 1851 se marcha a Río de Janeiro como secretario de Embajada, bajo las órdenes de don José Delavat y Rincón, cuya hija Dolores, años más tarde, se casaría con él. Regresa de Río, donde no le sienta bien el clima, y se incorpora a la Embajada española que se envía al Zar de Rusia y de la que forma parte el duque de Osuna (1857). El duque y Valera mantienen una gran correspondencia, que pone de manifiesto la actividad de ambos en Rusia.

RUSIA: MAGDALENA BROHAN

Naturalmente, como en etapas anteriores, Rusia va unida a un nombre de mujer: la actriz francesa Magdalena Brohan.

Hasta ahora hemos visto que de Italia, Valera se trajo los resortes con los que trabaja el mundo clásico (sacerdocium); de Alemania, la idea de

imperium; y de Francia el magisterium. Pues bien, en Rusia no sólo comprende y asimila la cultura francesa, sino que procurará que la conozcan los españoles. Valera tiene un especial interés por el esplendor de Francia en el sentido militar e intelectual. A su regreso de Rusia, Valera viene más maduro y se enfrenta con el mundo del siglo XIX español. En el camino de vuelta pasa por París y ve por última vez a Lucía Palladi, que moriría en 1860.

DOÑA DOLORES DELAVAT

Contrae matrimonio con doña Dolores Delavat y Areas, "la cucaracha", como le llamaba su padre, que tiene un papel importantísimo en el Valera literato, porque logra arrancarle de su holgazanería tradicional. Dolores sirve de permanente desafío, que diría Toynbee, para Valera. Don Juan tiene que demostrarle a su mujer que puede dar de sí todo lo que lleva dentro. Sus desavenencias en el matrimonio fueron sensibles, pero gracias al "desafío" a que antes nos referíamos, Valera fue conocido en su faceta de novelista.

KATHERINE LEE BAYARD

Pasa después a Washington con el rango de ministro. Washington y Viena fueron los últimos hitos de la azarosa vida de don Juan Valera. En Washington conoce a la joven hija del secretario de Estado, Katherine Lee Bayard. Cuando esos amores trascienden, Valera es expulsado de los Estados Unidos. El presidente Cleveland y Lee Bayard, su secretario de Estado, consiguen que Segismundo Moret se lleve a Europa a don Juan, siendo su separación lo que hizo suicidarse a Katherine, pegándose un tiro en la propia Embajada de España. Este suceso marcará ya a Valera para toda su vida, reflejándose en las cartas que escribe a su hermana, en las que rompe con la tradicional monotonía de sus temas predilectos, su "impecuniosidad" y los disgustos con Dolores, su esposa. Tenemos que añadir que tres protagonistas de Valera se suicidan.

Al llegar a este punto tenemos que preguntarnos qué fué entonces Valera. Ante todo y sobre todo fue un intelectual que nos da una lección de esperanza: la labor del intelectual, es decir, la verdad con la palabra escrita y hablada.

El señor Peña González fue largamente aplaudido y cordial y efusivamente felicitado.

El Ayuntamiento de Cabra, en honor de los escritores premiados y del conferenciante, ofreció una cena en el Parque Sindical Deportivo.

Como egabrenses, hemos de dejar escrita nuestra satisfacción, que recoge la del pueblo de Cabra. Enhorabuena a nuestra Corporación Municipal, a su presidente, que han sabido honrarse, honrando a quienes tanto y tan alto supieron poner siempre el nombre de nuestra ciudad. Enhorabuena y también, sinceramente, muchas gracias.

P. C.

("El Egabrense", 26 abril 1975).

DON JUAN VALERA TORNA A SU TIERRA

La ciudad de Cabra ha recibido con máximos honores los restos mortales de don Juan Valera, que fueron sepultados en el mausoleo que para su ilustre hijo ha erigido la ciudad. Don Juan Valera, viajero de por vida, hasta que la enfermedad y, sobre todo, la ceguera, le compelieron a volver a la patria, retorna ahora para siempre a su tierra. Mediado enero de 1895, escribía desde Viena a Menéndez Pelayo: "Entre mis mil y un alifafes cuento, por desgracia, el de estar casi ciego. Temo que pronto, si sigo así, no podré escribir a nadie de mi puño. En fin, como hace tres meses cumplí los setenta años, no puedo decir que me haya malogrado". Ciego casi, se vino a Madrid por julio del mismo año, y allí murió en abril de 1905, hizo ahora justamente setenta años. No obstante su ceguera, a pesar de haberse de servir de amanuense —el fiel Pedro de la Gala "Perikito"—, Valera lleva a cabo en estos diez años, y saca a luz, una amplísima serie de importantes novelas, "Juanita la Larga", "Genio y figura", numerosos cuentos luego recogidos en volumen, y, sobre todo, "Morsamor", cuasi autobiografía espirtual del propio Valera y como su "Persiles", que así calificó a esta novela Eduardo Gómez de Baquero "Andrenio".

Cuando se ha leído despacio, con esa delectación que Valera pedía al lector, la obra de don Juan Valera, se advierte que toda ella está penetrada de cordobesismo; más exactamente, de la tierra cordobesa de Valera, de Cabra, de Doña Mencía, de Lucena, aunque de ella no se haga expresa referencia. Al decir esto no pensamos precisamente en "Juanita la Larga", con su ambiente costumbrista pueblerino; sí pensamos en "Pepita Jiménez", aún dejando de lado lo circunstancial y anecdótico del relato. En esta novela, no sólo las calles, la noble casona y la modesta vivienda, el ambiente social, el campo y el paisaje, sino también el espíritu, el talante y el sentir

de los personajes, el climax todo de la narración, es egabrense, a pesar de eso que se ha llamado el esteticismo de Valera, a pesar de lo pulido del lenguaje, a pesar de la a veces excesiva limpidez y clasicismo de las descripciones.

En tal sentido habríamos de considerar también el pensamiento de Valera, su escepticismo, que no era tal ni tanto; su resabio de clasicismo helenista y latino, su equilibrio, su tolerancia, su complacencia, su discreto hedonismo; considerados todos estos aspectos de su personalidad, ¿en qué medida son fruto de su formación, cultural, filosófica, humanista, y en qué proporción raíces de su tierra? ¿Hasta qué punto —pensamos— el hombre, incluso un hombre de tan universal espíritu como Valera, es siempre un árbol desarraigado, trasplantado, sentido de su tierra primera? "Morsamor", quizás su obra menos leída, es, a nuestro parecer, la más hondamente personal; por eso también la más empapada del espíritu de su tierra, de serena gravedad, de severidad disimuladamente entretejida con el más sutil sentido del humor. Pensamos que, en lugar de una cita de Camoens y otra de Virgilio, Valera debió haber puesto en la cabecera de "Morsamor" unas citas de Séneca, de Maimónides, de Góngora.

Es justo que, aunque sea setenta años después de muerto, don Juan Valera torne a su tierra, dicho así con la más rigurosa exactitud.

Juan INFANTE-GALAN

DON JUAN VALERA, EN LA FERIA DE ABRIL DE 1851

Ahora quiero hablarle de mi viaje a Cádiz y Sevilla, a donde pasé aprovechándome de mi comisión diplomática y después de haberla cumplido; donde tuve el gusto de ver la Semana Santa y la Feria; y donde agradablemente entretenido me faltó tiempo para escribir a Vd., por lo que no deberá extrañar la falta de mis cartas.

El Miércoles Santo por la noche llegué a la capital de Andalucía, saboreando los gratos recuerdos que las lindas gaditanas, celebradas por los poetas, desde Anacreonte hasta Byron, habían dejado en mi alma, y gozando de la visión divina de la más hermosa de ellas, Doña Emilia Muñoz, compañera mía de viaje que ojalá lo siguiera siendo, y de las fértiles y poéticas orillas del Guadalquivir, cuyo limoneros embalsaman el ambiente. No le digo a Vd. la de antiguos amigos que allí encontré, las damas elegantes, las majas salerosas, y las garbosas gitanas que ví, admiré y traté, y que

me hicieron olvidar hasta a la Emilia Muñoz porque sería cosa de nunca acabar.

De las fiestas de Semana Santa, riqueza de las imágenes, numeroso concurso, monumento, miserere, &, tampoco le hablo porque no ignoro —quid valeant homere quid ferre recusent— y porque temo hacer libro lo que es carta. Ocho días estuve en Sevilla, de los cuales ni un solo momento tuve de fastidio, y poquísimo de reposo. El Sábado de Gloria comenzó la Feria, y las diversiones mundanas, corrida de toros, paseos, teatros, bailes y carreras de caballos. En todo me hallé y todo me parecía divinamente. Desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche había en la Feria el más alegre bullicio que imaginarse puede; gente de toda la Andalucía, vestida con el traje del país, gitanos, ingleses, majos, y niñas de feria, si no tan poéticas y primorosas como la del primoroso y poético romance de Vd., que casi rayaban en aquella ideal perfección: Muchas de las principales señoritas de la ciudad salieron vestidas a lo majo, luciendo la gentileza y buena disposición de los cuerpecitos graciosos; las que no, iban todas con mantilla, y en el modo de andar, contoneo airoso, modales, manejo de abanico, esgrimir de miradas, e inimitable desenvoltura, dando a conocer a tiro de ballesta que eran hijas de la tierra de María Santísima. Al abrigo de una tienda de lienzo, y en compañía de ciertas primitas mías de lo más delicado que se presentó en la feria, acostumbraba yo almorzar diariamente, agasajado por ellas, con rico jamón, embuchado, aceitunas, pastelillos, y para fin y postre, después de varios dulces, rosquillas y otras chucherías, espumoso chocolate y ligeros buñuelos. Sin que faltase a aquellos manjares el sainete y el entremés de lánguidas y voluptuosas miradas que yo lanzaba a los hermosos, rasgados, traviesos y amorosísimos ojos de Pilar, la más linda de mis primas; y el delicioso incentivo de la manzanilla, y el jerez, que daban a los ojos aquel adormecimiento vaporoso, y aquel fuego divino que penetra en el alma y la enciende en deseo; como dice el poeta Hafiz, o yo no sé qué otro poeta del Oriente. Mucho, muchísimo, me divertí también en los bailes de palillos, que fueron tres en los que estuve, y a no faltarme tiempo e ingenio ya contaría a Vd. primores del último, cuyo recuerdo me es en extremo grato por haber tenido yo en él la más dulce, feliz y delicada aventura que en toda mi vida he tenido.

Suyo,

J. VALERA

(Carta de Valera a Estébanez Calderón, Lisboa, 10, mayo, 1851).

DEL TESTAMENTO DE DON JUAN VALERA

Don Juan Valera había otorgado testamento ante notario un año antes de morir, instituyendo como herederos universales de sus bienes a sus dos hijos, don Luis y doña Carmen Valera y Delavat; a ésta última le legó el remanente del tercio de libre disposición de todos sus bienes, mejorándola además en el otro tercio destinado a este fin. En el testamento había nombrado albacea a su esposa, doña Dolores Delavat y Areas, con el doble carácter de contador partidor y con facultades amplias. Después de su muerte, se otorgó nuevo testamento en agosto de 1905 ante el notario don Antonio Turón y Boscá, ante quien comparecieron la señora viuda, su hija acompañada de su marido, don Francisco de Asís Serrat, para la concesión de la licencia marital, y don Valentín Valera y Cálvez en nombre del hijo, don Luis Valera, en virtud del poder que le había conferido ante notario en la villa de Irún.

Del inventario general y avalúo de los bienes hemos tomado algunos datos que creemos de interés:

De aquí, por ejemplo, deducimos que don Juan Valera ganaba seiscientas pesetas mensuales como embajador jubilado, puesto que, al practicarse la liquidación de haberes, le fueron pagadas 392'75 pesetas por los dieciocho días que vivió del mes de abril.

El efectivo metálico que había en su casa habitación cuando falleció era de 155 pesetas. La liquidación de dietas devengadas en la Real Academia Española ascendió a 180'35 pesetas. Las alhajas de uso personal se valoraron en 200 pesetas. El mobiliario de su casa habitación, incluidos los objetos de arte, se valoró en 10.000 pesetas y en esa misma cantidad fueron valorados "todos los libros, papeles y documentos que constituyen la biblioteca". Finalmente, se valoraron en 30.000 pesetas "todos los derechos que constituyen la propiedad literaria del finado, obras publicadas e inéditas, escritos, borradores, etc., etc.".

Entre los bienes inmuebles que se detallan en el testamento figuran los siguientes:

Una casa en Doña Mencía, la número cuatro de la calle Llana, que había heredado don Juan Valera en 1873 de su madre, doña María de los Dolores Alcalá-Galiano y Parejo.

La tercera parte proindiviso del caserío "El Alamillo", en el término de Baena, que tenía cuarenta y tres fanegas de viña y casa con lagar, bodega y "oficinas de labor y recreo". Esto lo había heredado don Juan de su padre, don José Valera, en virtud de testamento otorgado en Madrid el 22 de noviembre de1860. Esta y otras partes de los bienes inmuebles

las heredó don Juan Valera "proindiviso" con sus hermanas, doña María Isabel, duquesa de Malakoff, y doña Ramona, marquesa de Cañedo.

Dos viñas, proindiviso con su hermana Isabel, en el término de Baena, denominadas "Poca Sangre" y " Trabuco", heredadas, como la casa de Doña Mencía, de su madre.

Tres suertes de olivar en el sitio del "Calatraveño" de Doña Mencía, que había heredado don Juan Valera en 1834 de su tío, llamado también don Juan Valera.

Se citan a continuación los censos, efectos públicos pertenecientes a doña Dolores Delavat, etc.

Todo el caudal inventariado ascendió entonces a la suma de 466.534,35 pesetas que, distribuido entre la viuda y los hijos, quedó así: Como bienes dotales y parafernales de la señora viuda, 415.606,25 pesetas. Quedaban, pues, como caudal propio del difunto don Juan Valera, 50.928,10. De este caudal propio de don Juan hubo que deducir, por gastos de enfermedad, entierro y otras cuentas, 16.138,20, repartiéndose el resto entre la viuda y los dos hijos: una sexta parte a don Juan Luis Valera, o sea, 5.798,71 pesetas. Otra parte iguala la señora viuda y cuatro sextas partes a la hija, doña Carmen Valera, es decir, 23.193,24 pesetas.

Son curiosos los datos que leemos al examinar los gastos ocasionados por su fallecimiento: su funeral y entierro se llevaron a cabo con la mayor solemnidad. Se anunció su muerte en "El Imparcial", en la "Correspondencia de España" y en "El Heraldo de Madrid". Fué asistido por los doctores Clavo, Momercén y Ledesma, quienes no pudieron salvar la vida, quebrantada ya por los achaques a que él mismo aludía en una de sus cartas últimas; de 31 de marzo dirigida a su sobrino Rafael, a quien felicitaba por haberle nacido un hijo: "...Yo me siento además cada día más quebrantado de salud, más aislado y falto de humor para todo". Esto decía el hombre que precisamente de humor había estado siempre sobrado.

Julián GARCIA

Nota. — Hemos tomado estos datos del testamento de don Juan Valera que, amablemente, nos facilitó su nieto, don Luis Serrat Valera, con cuya autorización verbal de entonces se publican.

"El Egabrense". Cabra 19 julio 1975.

TESTAMENTO DE LA VIUDA DE VALERA

Diez años después y, casi por las mismas fechas que don Juan Valera, el día 5 de abril de 1915, fallecía en Madrid su viuda, la excelentísima señora doña María de los Dolores Delavat y Silva Areas.

Ya en 1904, el día 12 de febrero, había también hecho ella testamento ante el mismo notario que se hiciera el de don Juan. En él había dejado como únicos herederos a sus dos hijos, doña Carmen y don Luis Valera Delavat, quienes ahora, el 11 de mayo, acuden ante señor abogado-jefe de los del Estado de Madrid para que se sirva mandar que en su vista se practique la liquidación provisional de toda la herencia dejada por su difunta madre. Resulta curioso observar que tampoco en este caso acude personalmente don Luis Valera a resolver los problemas de la herencia de su madre; se hallaba ahora en Lisboa y actúa en nombre y con poder suyo don Adrián Igualada y Frías. Sí asiste, en cambio, su hermana, doña Carmen Valera, con la autorización de su marido, don Francisco Serrat y Bonastre.

A la hija, según el testamento otorgado en 1904, le correspondían las cinco sextas partes de la herencia materna y a su hermano la sexta parte restante. El valor total del activo eran 371.086'35 pesetas, de las que correspondieron en consecuencia, a doña Carmen Valera:

	Pesetas
En metálico	387
Un título de la deuda perpetua	17.925
Ocho títulos de la misma clase de deuda	286.400
Un título de la misma clase	157
Alhajas valoradas en	500
Muebles, ropas y objetos de casa	2.500
Pensión de viudedad de la difunta	398'60
Total	308.267'60

A don Luis Valera le correspondieron:

	Pesetas
Un título de la deuda perpetua	9.093'75
Un título de la misma clase	17.925
Otro título de la misma clase	35.800
Total	62.818'75

Las deudas existentes y deducibles, por tanto, del total del activo, ascendía a la cantidad 3.887,50 pesetas, por los siguientes conceptos:

	Pesetas
Por gastos de entierro y funerales	3.537'50
Por honorarios del doctor Benavente por la asistencia médica a la difunta durante su enfermedad	300
Por igual concepto al doctor Bravo	50

Restada esta cantidad, quedó un caudal líquido de 367.198'85 pesetas, que se habían de repartir los dos hijos en la proporción antes dicha.

A esta instancia solicitando la liquidación provisional de toda la herencia acompañaron los documentos siguientes: certificación de defunción de doña Dolores Delavat, certificación del registro de Ultimas Voluntades, copia auténtica del testamento de 12 de febrero de 1904, certificado de matrimonio de doña Carmen Valera con don Francisco Serrat, poder otorgado por don Luis Valera a don Adrián Igualada, declaración detallada y valorada de los bienes y derechos que constituyen el caudal, relación de herederos y legatarios y, finalmente, los justificantes deducibles del caudal activo dejado.

Fue enterrada doña Dolores Delavat al lado de su marido y de su madre, doña Isabel de Silva Areas; estaban don Juan entre su mujer y suegra, que ocupaba el panteón desde 1891.

Estos restos mortales llevaban ya juntos en la Sacramental de San Justo —patio de San Milán— sesenta años cuando fueron descubiertos por don Luis Jiménez Martos, a quien le sirvió de pista la crónica del entierro de Valera que se publicó en "El Imparcial", en el que hasta se leía que el número del sarcófago era el 538. Era ya demasiado tiempo el que don Juan Valera había estado entre su suegra y su mujer y, otra coincidencia, a los sesenta años, otro mes de abril, viajan definitivamente los restos de don Juan a Cabra, a reposar en la tierra que lo vio nacer y a donde él en vida deseó tantas veces trasladarse. Allí queradon su suegra y su mujer, doña Dolores Delavat, a quien él, a pesar de todo, quería, con la que a veces se desahogaba, aunque no estuvieran lo compenetrados que hubiera sido de desear, ya que a ello contribuyó el vivir mucho tiempo separados y, sobre todo, los desacuerdos habidos en cuestiones económicas, ya que doña Dolores achacaba a don Juan que gastaba más de lo debido.

Julián GARCIA GARCIA

"El Egabrense"
Córdoba, 26 julio 1975.

VALERA ORIENTALISTA

Entre los numerosos aspectos de la obra literaria de Don Juan Valera, sus biógrafos y críticos señalan los de novelista, crítico, poeta, autor teatral, filósofo y otros muchos que se resumen en apellidarle polígrafo. Realmente se asomó a todos los balcones desde donde se puede blandir la pluma, y en todos ellos dejó altas muestras de su gran erudición, de su facilidad prosista y en una palabra de su gran ingenio.

Nosotros queremos señalar en breve nota su tendencia a tratar temas orientalistas, a los que llegaba a veces por caminos inesperados, pero en que recaía con una, al parecer, inevitable tendencia a lo mágico y maravilloso del mundo oriental, pero siempre revestido de una erudición asombrosa.

Dudamos si esta tendencia al orientalismo se debe a su cuna andaluza, o a la época romántica en que le tocó vivir, en la cual se "descubrió" por los literatos europeos el mundo oriental en sus múltiples facetas, que fueron desarrolladas en el arte y la literatura con inusitado fervor.

Su traducción del alemán de la obra del Barón Federico de Schaak, "Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia" le familiarizó aún más con el tema, del que en muchas de sus obras hizo argumento casi principal.

Por ejemplo en sus "Leyendas del Antiguo Oriente", escribe "Lulá princesa del Zabulistan", que utiliza como base de una amplia disertación sobre los escitas, con notas de autores geógrafos e historiadores, hasta recaer en el tema literario puro. En "Zarina" sigue un esquema análogo, describiendo la Ecbatana, la Persia entera, sacando a colación relatos de la Biblia y de autores orientales.

"Parsondes" es un mago o hechicero con el que recorre Susa y países orientales aledaños. "El pájaro verde" de raiz netamente oriental, a base de encantamientos, leyendas morales y ritos mágicos, alrededor de una Princesa Venturosa, que parece arrancado de un cuento de "Las Mil y una Noches".

Parece que empieza un relato novelístico con personajes castizos de su tierra, como un Tío Periquito y una Tía Ramoncica, pero pronto el relato se desvía a Oriente y allí monta su mágica decoración, entre palacios de alabastro y cristal, perlas y diamantes sin cuento y demás ingredientes de la literatura oriental.

Así, en "El Bermejino prehistórico" parece que nos va a relatar la mítica historia del pueblo de sus mayores, la Villabermeja, con cuyo nombre bautiza a Doña Mencía, cita el Laderón de este pueblo con sus auténticas reliquias prehistóricas, entra y desbroza la naciente ciencia prehistó-

rica que en sus tiempos empieza a dar los primeros destellos, pero pronto, de la vieja Vesci o Favencia de los túrdulos, saca a la enamorada pareja de los dos fervorosos amantes y habiendo sido robada Echeloría por un astuto comerciante que la vende en Oriente, allá va tras ella el desgraciado Mutiledes para recorrer Tiro y Jerusalem, andar entre los súbditos de Salomón y David, y, en una palabra, enfrarcarse en pleno ambiente oriental, dejando atrás el lejano Occidente.

Trama parecida encierra "La buena fama", en la que para ensalzar la honradez comercial, nos conduce con un astuto mercader por Damasco y toda la Siria, nos adentra en la India y más allá y termina por hacer nuevamente del Oriente su escenario novelístico.

En "Garuda o la cigüeña blanca" empieza paseándonos con una princesita alemana por un romántico parque vienés en las riberas del Danubio, con los deliciosos ensueños de una núbil jovencita. Pero pronto transforma el paisaje y los actores con el mensaje misterioso de una cigüeña blanca que entre historias de judíos expulsados de España y perseguidos en todos los países, asientan en Oriente y se enriquecen fastuosamente y viven entre reyes, príncipes y otros magnates, de quienes desciende la dulce princesita danubiada, derramando a lo largo del relato novelístico su mucha erudición sobre el pueblo judío, su cultura, sus grandes hombres, y todo ello relacionándolo con Cabra, su tierra nativa, a la que nunca olvida.

Pero donde el relato alcanza la más deliciosa mezcla entre lo histórico y lo soñado es en la descripción de "Los cordobeses en Creta", cuyo éxodo histórico, tras la represión del Emir cordobés Alhaquem I contra los sublevados mozárabes de los arrabales, le sirve para sacar a relucir los personajes y parajes históricos que guiados por Abu Hafaz el Goleith, natural del Fahs al Balut, nuestro actual Valle de los Pedroches, son expulsados de la Península, y aquí de Bagdad y Alejandría, de Bojara y Samarcanda, del dejano Imperio del Catay, y de todas las lejanías orientales que entre bromas y veras nos sirve Valera, para incidir una vez más en sus relatos orientalizantes.

Basten esas muestras, que son pasto corriente de la avidez literaria de Don Juan Valera, a quien, como buen andaluz, lleva a sus personajes a países asiáticos y africanos, entre bosques, selvas, grutas y cavernas, reyes y princesas, magos y adivinos, y toda la demás cohorte que puebla ese mundo casi infantil de gemas, trajes, héroes y sultanes ignorados.

R. C.

CRONICA ACADEMICA

— El 10 de enero celebró la Academia la sesión necrológica que nuestros estatutos señalan para sus miembros numerarios, en el primer aniversario mortal del que fue ilustre profesor e historiador Don Miguel Angel Orti Belmonte, con asistencia de sus familiares y público. Glosaron diversos aspectos de la extensa labor del finado los académicos Don Gonzalo González Román, Don Dionisio y Don José María Ortiz Juárez, Don Pedro Palop, Don Juan Gómez Crespo, Don Vicente Orti, hermano del extinto y nuestro director, don Rafael Castejón.

— El jueves 17 disertó Don Juan Aranda Doncel sobre **Los orígenes de la Universidad Libre de Córdoba.**

— El jueves 24 se hizo la recepción pública del Numerario Don Francisco Zueras Torrens, quien desarrolló el tema **"Los pintores - escritores con Céspedes como arquetipo".** Le contestó el director de la Academia Don Rafael Castejón.

— El 31 de enero fue la recepción del Maestro Nacional e ilustre poeta y orador Don Juan Morales Rojas, cuyo tema fue **"Fernández Grilo poeta romántico de Córdoba",** a quien contestó el Numerario Don Pedro Palop.

— En la sesión ordinaria del 7 de febrero disertó el catedrático de Literatura del Instituto Góngora Don Martín Díez Urueña sobre **"De Góngora y Bécquer, estudio de una influencia literaria".**

— El jueves 14 de febrero disertó don Miguel Moreno Lara sobre el tema **"Entre Córdoba y Lucena".**

— El 21 de febrero hizo su discurso de presentación como académico correspondiente, con residencia en Córdoba el M. I. Sr. D. Miguel Castillejo Gorráiz, canónigo Penitenciario de la S. I. C., con un estudio titulado **"La escuela española de la paz".**

— El 28 de febrero ingresó como Numerario Don Manuel Mendoza Carreño, que pronunció un discurso sobre el tema **"Elogio de la lírica".** Fue contestado por el Director Don Rafael Castejón.

— En la sesión ordinaria del 7 de marzo Don Rafael Castejón hizo un comentario sobre **"Los hijos de Enrique II de Trastámara"** y Don Juan Gómez Crespo se ocupó de **"Antiguas fundaciones docentes en Córdoba".**

— El 14 de marzo Don Juan Aranda Doncel presentó una comunicación sobre el tema **"Trayectoria de la Universidad Libre de Córdoba"** y Don Dionisio Ortiz Juárez leyó otra sobre **"Un posible retablo de Melchor de Aguirre en Adamuz".**

— El 21 de marzo se lamentó el derribo del convento de Santa María de Gracia y el total estado de abandono de la Iglesia de la Magdalena. Se hizo ver la necesidad de ampliar la lista de monumentos histórico-artísticos, elaborada por la Dirección General de Bellas Artes.

— El 28 de marzo Don Miguel Muñoz Vázquez disertó sobre **"Noticias documentadas e inéditas sobre la colegiata de San Hipólito de Córdoba".**

— El 4 de abril el numerario Don Francisco Zueras Torrens, presentó una comunicación sobre el tema **"El imaginario cordobés Juan de Mesa. Acierto y desacierto valorativo de su obra".**

— La sesión del 18 de abril fue conmemorativa del primer centenario de la novela de Don Juan Valera, **"Pepita Jiménez",** con intervención de Don José Valverde y Don Juan Gómez Crespo.

— El 25 de abril hizo su discurso de presentación el Correspondiente en Sitges Dr. Loewenthal, con un discurso sobre el tema **"Una partida de ajedrez entre Alfonso VI de Castilla y Ben-Ammar".**

— En la sesión del 2 de mayo el Sr. Gómez Crespo comentó el artículo de don Antonio Cano Ruano, aparecido en el número 112 de la Revista Sindical de Estadística, sobre el tema: **"Córdoba: una provincia que se despuebla".**

— El jueves 9 de mayo fue dedicada la sesión al centenario mortal de Don Luis Ramírez de las Casas Deza, interviniendo los académicos Gómez Crespo, que leyó el acta de 1874 correspondiente al óbito del ilustre escritor; Valverde Madrid, hizo la biografía; Luque Ruiz, la vida médica del mismo y el ambiente científico de la época, y Aranda Doncel el cuadro político y social de aquellos años.

— El 16 de mayo disertó Don Dionisio Ortiz Juárez sobre **"El punzón de la ciudad en la platería cordobesa".**

— El 23 de ese mes, aniversario de la muerte de Góngora, se celebró la **Fiesta de la Poesía,** con misa, sesión poética y fallo y entrega de premios del certamen literario.

— El 30 disertó Don Rafael Cabanás sobre **"La tectónica de placas".**

— El 6 de junio discurso de presentación de la Correspondiente en Sevilla, Srta. Soledad Rubio Sánchez, que trató en su discurso de **"Semblanza universitaria del doctor Manuel María de Arjona".**

— El 12 de junio disertó Don Pedro Palop sobre **"El latín de Juan Ginés de Sepúlveda a nivel del purismo clásico".**

— El 20 sesión de clausura de las sesiones del curso 1973-74, con un concierto a cargo de la soprano Doña María Teresa del Valle Calderón, acompañada al piano por la numeraria señorita María Teresa García Moreno. Después hubo una cena de fraternidad.

— El jueves 27 hizo la Academia excursión colectiva a Porcuna (Jaén), con esposas e invitados, para conocer las pinturas que en aquella iglesia de la Ascensión hizo Julio Romero de Torres en sus años de juventud. Asistió el Gobernador Civil de la provincia a una recepción hecha en el Ayuntamiento, el cual invitó a un almuerzo a los académicos y demás asistentes. Fueron visitados otros edificios notables de la población, como la ermita de San Benito, de estilo gótico-

mudejar, y la moderna Casa de Piedra, notable obra de un cantero local. El regreso se hizo por Lopera para visitar el castillo, propiedad de Don Alfonso Sotomayor Valenzuela, quien obsequió con sus exquisitos vinos a los excursionistas. A consecuencia de la visita las autoridades presentes acordaron arbitrar los medios necesarios para la restauración de los murales de Romero de Torres, cuyo hijo asistió a la excursión, y se comprometió a realizar personalmente dichos trabajos. El acto se consideró como el primero de la conmemoración del centenario natal del famoso pintor cordobés, en este año de 1974.

— El jueves 17 de octubre de 1974 inauguró la Academia su nuevo curso, que hace el número 164 de su existencia, dando cuenta el Director de los acontecimientos ocurridos durante las vacaciones estivales, de los proyectos para el curso que hoy comienza y de los problemas que la Corporación tiene planteados, siendo el más urgente el de su domicilio social. Se dio cuenta de los asuntos que competen a la Universidad de Córdoba e integración de nuevas Facultades, y se presentó el libro de Don Juan Aranda Doncel sobre la Universidad Libre del siglo pasado. Don Vicente Orti leyó un soneto.

— El 26 de octubre se constituyó la Academia en Alcalá la Real para celebrar el VII centenario mortal del poeta musulmán **Ben Said el Magrebí,** aceptando la generosa invitación de aquel Ayuntamiento, en cuyas Casas Consistoriales, presidido por el Gobernador Civil de Jaén, Don Pascual Calderón Ostos, se celebró un acto público, al que asistió aquella Corporación municipal presidida por su Alcalde, en Alcalá la Real, los académicos cordobeses con sus esposas y numerosos invitados y público, pronunciando eruditos discursos sobre Ben Said, su obra y su tiempo.

—. El 7 de noviembre comunicación de Don Manuel Nieto sobre **"Formas del sentimiento religioso en Córdoba a fines de la Edad Media".**

— El 28 de noviembre hubo un recital de poesías por el Grupo Zubia de poetas locales integrado por Manuel de César, Carlos Rivera Ortiz y Francisco Carrasco.

— El 5 de diciembre Don José Valverde desarrolló el tema: **Tres centenarios en 1974: el Padre Cosme, fundador del Colegio de la Piedad; el historiador Vázquez Venegas, y Don Carlos Ramírez de Arellano,** de los cuales hizo sus biografías y obras realizadas.

— El 14 de diciembre acudió gran representación de la Academia a Montoro, para celebrar el bicentenario de la publicación del **"Franco ilustrado", por José López de Cárdenas.**

— El 18 de diciembre Don Manuel Nieto Cumplido dio a conocer la correspondencia mantenida por el Obispo de Córdoba a la sazón con el ilustre geógrafo del siglo XVIII, don Tomás López, al que suministró abundantes datos para la confección del primer plano de la provincia y obispado, muy celebrado en su tiempo, y presentó comunicación sobre **"Nuevas fuentes precensales del Obispado de Córdoba".**

NOMBRAMIENTOS

— El 17 de febrero de 1974 fueron nombrados los siguientes Académicos Correspondientes: en Toulouse (Francia), Mr. Maurice Morére, jurista dedicado a estudios provenzalistas; en Valladolid, el catedrático de Universidad don Demetrio Ramos Pérez, por sus trabajos sobre Ginés de Sepúlveda; en Madrid, don Florentino Pérez Embid, Director General de Bellas Artes; y en Granada, don Miguel Angel Orti Alcántara, Magistrado de aquella Audiencia.

— Don Francisco Llobregat Jordán, el 4 de abril, en Alicante.

— Don Rafael Romero de Torres y Pellicer, Académico Honorario, el 28 noviembre 1974.

— Don Fernando Polo de Alfaro, Correspondiente en Baena, el 28 noviembre 1974.

— Don Juan Antonio Bonilla de los Ríos, Director del Instituto de Estudios Giennenses, Correspondiente en Jaén, 28 noviembre de 1974.

— Don Claudio Sánchez Albornoz, el 12 de diciembre en Buenos Aires.

— Don Rodrigo Tallón Cantero, profesor de la Facultad de Medicina, el 12 de diciembre, en Sevilla.

— Don Manuel Fernández Galiano, el 12 de diciembre, en Madrid.

NECROLOGICAS

Don José Martín Jiménez. Falleció el 13 de junio de 1971. Cronista oficial de Ecija, dedicó su actividad a la cultura local haciendo descubrimientos arqueológicos y artísticos de gran valía y cultivando la historia y biografías locales con gran acierto. En nuestro Boletín deja muestras de sus valiosos trabajos. D. E. P.

Don Vicente Porras Benito. Falleció el 19 de octubre de 1971, habiendo sido celoso investigador de nuestros archivos, de los que extrajo valiosas genealogías, formando un fichero particular con ellas. D. E. P.

Mr. Henri Terrasse. El 11 de octubre de 1971 falleció en su tierra natal este magnífico investigador de la arquitectura y el arte islámico de Occidente, tanto de España como de Marruecos y las relaciones entre ambos. Sus obras magistrales sobre esta materia quedarán como un monumento sin igual, por la escrupulosidad del dato y la profundidad de su estudio. Las revistas españolas y nuestro mismo Boletín se honraron con sus escritos, porque casi todos los años venía a España para conocer los últimos datos y estar siempre al día en hallazgos y restauraciones. D. E P.

La Duquesa de Rivas. La Excma. Sra. D.ª María Ramírez de Saavedra y Anduaga, bisnieta del célebre literato cordobés del siglo pasado, falleció en Madrid, donde residía, en octubre de 1970. Cuando nuestra Academia celebró el primer centenario mortal de su ilustre antepasado el año 1965, se desplazó a Córdoba repetidas veces, para tomar parte en los actos que la ciudad natal dedicó a su famoso bisabuelo, acogiendo benévolamente y poniendo a disposición de la Academia las cartas y manuscritos originales, pinturas y recuerdos personales del Duque-Poeta y asistiendo con numerosos miembros de su familia a todos los actos realizados. Nuestra Academia la designó Académico honorario por este motivo D. E. P.

Don Ramón Carreras Pons. El 21 de junio de 1971 falleció en Córdoba el catedrático de Matemáticas, jubilado, de la Escuela del Magisterio, quien vino a Córdoba en madurez de juventud. Era catalán. Fue Diputado a Cortes en las Constituyentes de la República y Gobernador General de Cataluña en días difíciles de la política Nacional. Nuestra Academia le nombró miembro Correspondiente en 1917.

Don Juan Soca Cordón. El 8 de diciembre de 1971 falleció este ilustre literato en su ciudad natal de Cabra, de la que fue cronista oficial, bibliotecario en la fundación municipal a la que se dio su nombre y alma de los Amigos de Don Juan Valera y de toda empresa cultural y literaria de su ciudad natal. Nuestra Academia, que le había incluído en la lista de sus numerarios, haciéndole sentido homenaje personal al prenderle la medalla, lo designó igualmente presidente de los cronistas de la provincia. Su labor poética e informativa es muy extensa y deja publicados numerosos libros y artículos fruto de su intensa labor. Falleció a los 82 años de edad y en su entierro, al que asistieron autoridades y pueblo de Cabra, estuvo nuestra Academia representada ampliamente. La prensa local y regional le dedicó sentidos artículos. D. E. P.

Don Eduardo Tello Amador. El 25 de enero de 1973 falleció en Pedro Abad el que acaso fuera médico decano de nuestra provincia, con noventa años de edad. Fue trabajador infatigable, despierto a todas las directrices culturales y verdadero patriarca en la vida ciudadana. D E. P.

Don Fermín Requena Díaz. Falleció el 18 de diciembre de 1973. Gran publicista regional, dedicó sendos libros a temas arabistas y folklóricos, y desde su puesto de Maestro Nacional sentó verdadera cátedra de historia y de literatura en cuantos temas trató. D. E. P.

Don Alfonso Ranchal Cobos. Fue en Pedroche, su pueblo nativo, el erudito local por antonomasia, alma de conmemoraciones históricas, como la del Arzobispo Fray Juan de Barrios y otras. Murió el 9 de mayo de 1974. D. E P.

Don Luis Seco de Lucena y Paredes. De prosapia literaria en Granada, su tierra natal, este catedrático de Arabe en aquella Universidad, fue destacada figura en el arabismo español, haciendo publicaciones, organizando congresos y otros actos culturales en su solar nativo. Falleció el 21 de marzo de 1974. D. E. P.

Don Félix Romero Mengibar. Ilustre eclesiástico, nacido en Priego de Córdoba, que tras haber sido Magistral en la Catedral cordobesa, ocupó la silla episcopal de Jaén y la arzobispal de Valladolid, donde murió el 21 de septiembre de 1974. D. E. P.

Don Pedro Bosch Gimpera. Catalán, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, gran investigador en dicha materia, de la que deja notables publicaciones, tuvo muchos contactos con nuestra tierra por su matrimonio con una andaluza. Nosotros le conocimos repetidamente en sus visitas científicas a Cerro Muriano y otros yacimientos prehistóricos de nuestra provincia, hasta que se exilió en Méjico a consecuencia de la guerra civil de 1936, donde falleció el 9 de octubre de 1974. D. E. P.

Elizabeth du Gué Trapier. Eminente colaboradora de la Hispanic Society de Nueva York, falleció el 15 de octubre de 1974, dejando una admirable serie de trabajos sobre arte y artesanía hispánicas, siendo una verdadera especialista de nuestro gran pintor Antonio del Castillo. D. E. P.

Francisca Sáez de Tejada. Inspirada poetisa de Jaén, que bajo el seudónimo de Gracian Quijano, deja varios libros de poesias admirables por su hondo sentido. Falleció el 18 de octubre de 1974. D. E. P.

Don Juan Zaragueta Bengoechea. Ilustre profesor de Filosofía, especialista en estudios senequistas, muy relacionado además con nuestra ciudad, a la que venía una temporada largos años, por su relación familiar con los Erasos de Córdoba. Murió el 22 de diciembre de 1974. D. E. P.

Don Rafael Gago Jiménez. El mismo día 22 de diciembre falleció en nuestra ciudad este activo periodista, de prosapia profesional periodística en su tierra granadina. Vino a Córdoba muy joven, siendo durante un medio siglo activo redactor y colaborador de prensa local, en la que queda una verdadera ingente labor de prensa diaria. D. E. P.

Don Florentino Pérez Embid. Falleció el 23 de diciembre de 1974, había nacido en Aracena, Huelva, aunque se le tuvo como sevillano por el desempeño de la cátedra de Historia de América en la Universidad Hispalense. Fue últimamente Director General de Bellas Artes y ayudó eficazmente en los problemas artísticos y arqueológicos de nuestra ciudad, como en las ruínas de Medina Azahara y otros. D. E. P.

BIBLIOGRAFIA

— **"Tres cartas inéditas de Don Juan Valera",** por la Condesa de Yebes. BRAH, Madrid, abril-junio 1961. Comentado por A. P. en "Córdoba", 3 septiembre 1961.

— La Modern Language Associations, USA, celebró en diciembre de 1974 un curso con tres profesores, estudiando la obra de Valera.

— Lott, Robert E., Language and Psichology in **"Pepita Jiménez".** University of Illinois Press, 1970.

— Sáenz de Tejada Benvenuti, C., **"Juan Valera, cartas íntimas, 1853-1897"**, Madrid, 1974, Ediciones Taurus.

— **Intimidades de Don Juan Valera,** por Francisco Crespín Cuesta "La Opinión", Cabra, 25 de febrero y siguientes.

— Cyrus C. DeCoster, **"Juan Valera". Vida (1824-1905), escritos y juicios críticos y bibliografía de la obra valeriana.** Publicaciones de la Northwestern University, 1974, texto inglés, 184 pág.

— Lotte, Robert E. **Language and Psichology in "Pepita Jiménez",** University of Illinois Press. Urbana.

Historia de la Casa de Priego

Historia de la Casa de Priego

a Alfonso de Aguilar, que fue el mayor, y a Diego Fernández de Córdoba, e a Doña Teresa, que casó con Ramiro de Guzmán, y este Gonzalo Fernández de Córdoba y de Aguilar murió después dende a pocos años, casado con la dicha Doña Isabel de Figueroa, dejando al dicho Alfonso de Aguilar, y Diego Fernández y Doña Teresa, sus hijos, niños pequeños, en poder de Doña Isabel de Figueroa su madre, y los sobredichos, y Don Alfonso Fernández de Córdoba e Doña Teresa Venegas sus Abuelos, metieron en posesión de mayorazgo de Casa de Aguilar a Pero Fernández de Córdoba su nieto, e hijo segundo de Gonzalo Fernández de Córdoba su hijo, dejando al hijo mayor desheredado. Este Pero Fernández de Córdoba o de Aguilar, hijo segundo que fue puesto en posesión, sucedió en la Casa y Mayorazgo de Aguilar y Priego. F ue casado con Doña Leonor de Arellano, hija de Carlos de Arellano, e de Doña Constanza Sarmiento su mujer, y tuvo en ella por hijos a don Alfonso Fernández de Córdoba, que fue el mayor y a don Pero Fernández de Córdoba y Aguilar. Don Alfonso Fernández de Córdoba murió mozo, y así sucedió en la Casa y mayorazgo de Aguilar y Priego Don Pero Fernández, su hermano segundo. Este Pero Fernández caso con Doña Elvira de Herrera, hija de García de Herrera, señor de la villa de Pedrosa, y hubo en ella por hijos a Don Alfonso Fernández de Córdoba y Aguilar que fue Caballero muy estimado y de valor. Sucedió por señor de la Casa de Aguilar y Priego que fue del Consejo de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, adalid mayor de Córdoba. Tuvo también por hijo a Gonzalo Fernández de Córdoba, Gran Capitánd e España, e a Doña Leonor de Arellano, que casó con Martín Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles. Don Alfonso Fernández de Córdoba, su padre, sucedió por señor de la Casa y mayorazgo de Aguilar y Priego, casó con doña Catalina Pacheco, hija de don Juan Pacheco, Marqués de Villena y Maestre que fue de la orden y caballería de Santiago, y de doña María Portocarrero, su mujer, en la cual tuvo por hijos a Don Pero Fernández de Córdoba que fue el mayor, e a Don Francisco Pacheco, que casó con Doña María de Córdoba y Mendoza, hija mayor de Don Diego Fernández de Córdoba, tercer Conde de Cabra, y tuvo en ella por hijos a Don Alfonso de Córdoba, que casó con Doña Teresa de Córdoba, murió sin hijos, y a Don Diego de Córdoba, que Dios guarde muchos años que es caballerizo mayor de su Majestad y comendador de Manzanares, y a Don Francisco Pacheco, Obispo de Córdoba, tuvo más, a Don Alfonso Fernández de Córdoba el sobredicho, por hijos, a Doña Elvira de Herrera, que casó con Don Fadrique Enríquez, e a Doña María Pacheco, y a Doña Luisa Fernández de Córdoba, que casó con Don Luis Méndez de Haro y Sotomayor, señor de las villas del Carpio y Morente,

y en una noble doncella llamada Doña María de Sosa tuvo a Gonzalo Fernández de Córdoba que fue comendador de Argamasilla, y de una hija de Pero Jiménez, vecino y regidor de la villa de Montilla, tuvo a Pero Muñoz de Herrera que fue Caballero del hábito de San Juan y murió Bailio de Lora. Don Pero Fernández de Córdoba, hijo mayor de Don Alfonso Fernández de Córdoba, y hermano de Don Francisco Pacheco, fue primer Marqués de Priego, muy querido y amado de todos los caballeros hijosdalgo de la ciudad de Córdoba, porque fue muy afable, franco, dadivoso, particularmente hizo muchas y grandes limosnas a los monasterios. Casó con Doña Elvira Enríquez, en la cual no tuvo hijo varón, de suerte que si la casa y mayorazgo del linaje de Córdoba no la pudiera heredar hija, la había de heredar Don Diego de Córdoba, Caballerizo mayor que es ahora de la Majestad del rey Don Felipe nuestro señor, segundo de este nombre, y comendador de Manzanares, por ser nieto de Don Alfonso Fernández de Córdoba, y así cabeza de la casa de Córdoba por línea directa de varón. Tuvo, pues,el sobredicho Don Pero Fernández de Córdoba, en Doña Elvira Enríquez, muchas hijas: a Doña Catalina Fernández de Córdoba, que fue la mayor, e a Doña Elvira de Herrera, que casó con el Conde Osorno, y a Doña María Enriquez, que casó con el Marqués de las Varcas, e a Doña Teresa Enríquez y a otras, y por muerte de Don Pero Fernández de Córdoba, sucedió en la casa de Aguilar y Marquesado de Priego, Doña Catalina Fernández, su hija mayor, que casó con Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Conde de Feria, y tuvieron por hijos a Don Pero Fernández de Córdoba y Figueroa, que fue el mayor, e Don Gómez Suárez de Figueroa, hijo segundo, y Don Alonso Fernández de Córdoba, y a Don Antonio Fernández de Córdoba y a Don Lorenzo Suárez de Figueroa, que ahora es obispo de Sigüenza, e a Doña María de Toledo, que casó con Don Luis Cristóbal Ponce de León, Duque de Arcos. Don Pero Fernández de Córdoba y Figueroa, hijo mayor sucedió, por muerte de Don Lorenzo Suárez de Figueroa su padre, en el Marquesado de Priego, condado de Feria y casa de Aguilar. Casó con Doña Ana Ponce de León, hermana del dicho Don Luis Cristóbal Ponce de León, Duque de Arcos, y tuvo por hijos a Don Lorenzo Suárez, que murió niño, y a Doña Catalina Fenández de Córdoba, que por muerte de su padre heredó la Casa de Aguilar y Marquesado de Priego, y casó con su tío, hermano tercero de su padre, Don Alfonso Fernández de Córdoba y de Aguilar y tuvieron por hijo a Don Pedro Fernández de Córdoba que ahora posee el marquesado de Priego, el cual muchos años goce.

CAPITULO VI

DE LA DESCENDENCIA DE LA CASA DE MONTEMAYOR Y CONDADO DE ALCAUDETE

Martín Alfonso de Córdoba, que llamaron el bueno, hijo segundo de Don Alonso Fernández de Córdoba, Adelantado mayor de la Frontera, primer señor de la torre y aldea de Cañete, que sucedió por señor del castillo y casa de Dos Hermanas, fue Caballero muy esforzado y siempre se ocupó en hacer guerra a los moros, y cercando Mahomed sexto, rey de Granada, a la villa de Castro del Río, dándole muy recios combates, le derribó mucha parte del muro, y estando esta villa para perderse y entregarse a los moros, llegó a la villa de Espejo este noble y esforzado caballero, y siendo muchos de parecer que sacando la gente de Castro desamparasen la villa, él se entró la noche siguiente en ella, con setenta de a caballo y algunos parientes suyos de la ciudad de Córdoba que con él venían, diciendo que había de defender la villa o morir en la demanda; y así, en la mañana siguiente, se puso con los suyos en los portillos que los moros habían hecho, y con tanto valor resistió al combate de los moros y les ofendió que mandó Mahomad retirar a los suyos porque no recibiesen más daño, y perdidas las esperanzas Mahomad de tomar la villa de Castro, se volvió a su tierra, asi que por el esfuerzo y valor de Martín Alfonso de Córdoba no tomaron los moros esta villa, por lo cual el Rey Don Alonso Onceno le dió la banda con las dos cabezas de sierpes a los cabos, en memoria de este tan buen hecho y le hizo otras mercedes, y así mismo fue de los primeros caballeros de la orden de la Banda en tiempo del dicho rey Don Alonso, y fundó el Castillo de Montemayor, por ser sitio muy fuerte, y despobló a Dos Hermanas. Fue casado con Doña Aldonza de Haro,hija de Lope Gutiérrez de Haro, en la cual tuvo por hijos a Don Alfonso Fernández de Montemayor, que fue Adelantado mayor de Andalucía, y a Lope Gutiérrez de Córdoba, y a Martín Alfonso de Montemayor, e a Diego Alfonso de Córdoba. Don Alfonso Fernández, el hijo mayor de Martín Alfonso de Córdoba fue caballero muy esforzado e tuvo la voz por el Rey Don Enrique el segundo, juntamente con su primo hermano Don Gonzalo Fernández de Córdoba, a causa de las asperezas y muertes que el rey Don Pedro hacía, por lo cual el Rey Don Enrique le dio título de Rico hombre y el Adelantamiento mayor de la frontera. Fue primer señor de la villa de Alcaudete, y el que hizo derribar los dos arcos de la

puente de Córdoba, y puso nombre al Campo de la Verdad, cuando desbarató allí a los moros y al Rey Mahomad de Granada, e ganó del Sumo Pontífice una Bula para su capilla de San Pedro en la Iglesia Mayor de Córdoba, en que dice su Santidad: a Vos Don Alfonso Fernández de Córdoba, nuestro Adelantado, os damos y concedemos estas gracias para vuestra Capilla. Fue casado con Doña Juana Martínez Tafur, hija de Miguel Martínez, y tuvo en ella por hijos a Martín Alfonso de Montemayor, que fue el mayor, e a Fernán Alfonso de Córdoba, que fue señor del castillo de Albendín y de la torre de Don Lucas, e a Diego Alfonso, e a Constanza Alfonso de Córdoba, e a Beatriz Alfonso de Montemayor, e a Aldonza López de Montemayor, e a Leonor Alfonso de Córdoba, e a María Alfonso. Martín Alfonso de Montemayor fue el hijo mayor, fue Alférez mayor de Córdoba y sucedió por señor de la Casa de Montemayor y de la villa de Alcaudete, locual juntó el Adelantado Don Alfonso Fernández su padre con el mayorazgo de la casa de Montemayor, e con estos, otros heredamientos, como consta por el testamento del dicho Don Alfonso Fernández de Montemayor, que fue hecho en la ciudad de Córdoba en primero día de Agosto de 1390. Fue casado el dicho Martín Alfonso de Montemayor con Doña Teresa de Leiva, e hubo en ella por hija a Doña Juana de Córdoba y Montemayor, que casó con Pero Fernández de Córdoba, hijo de Diego Fernández de Córdoba, Mariscal de Castilla, y después por muerte de la dicha Doña Teresa de Leiva, casó segunda vez con Doña María García Carrillo, hija de Don Alfonso Fernández de Córdoba e Doña Teresa Venegas, su mujer, señores de la Casa de Aguilar y Priego, en la cual tuvo por hijos a Alfonso Fernández de Montemayor, e a Pero Fernández de Montemayor, que casó con Doña María Carrillo. Alfonso Fernández de Montemayor sucedió por muerte de Martín Alfonso su padre, por señor del a Casa de Montemayor e villa de Alcaudete. Casó con Doña Elvira de Ayala Ponce de León, en la cual tuvo por hijos a Alfonso Fernández de Montemayor, que casó en Sevilla, e a Martín Alfonso de Montemayor, e a Fernán Pérez de Ayala y Montemayor. Martín Alfonso de Montemayor, hijo segundo de Alfonso Fernández de Montemayor e Doña Elvira de Ayala Ponce de León, sucedió por señor de la casa de Montemayor y villa de Alcaudete, y casó con Doña María Carrillo, hija de Don Diego Fernández de Córdoba mariscal de Castilla y primer Conde de Cabra. Tuvieron por hijos a Don Alfonso Fernández de Córdoba y de Montemayor ya Martín Alfonso de Córdoba, y a Luis Ponce de León y a Pero Carrillo, y a Beatriz Carrillo que casó con Alonso de los Ríos señor de la villa de Hernán Núñez. Don Alfonso Fernández que fue el mayor, casó con Doña María de Velasco, hija del Conde de Siruela, en la cual tuvo

por hijos a Don Martín de Córdoba y de Velasco, primer Conde de Alcaudete y señor de la Casa de Montemayor, e a Don Alfonso de Córdoba, e a Don Pedro de Córdoba, e a Doña María de Velasco. Don Martín de Córdoba tuvo la tenencia de Orán y de Masaquivil, donde fue Capitán General. Con gente que hizo a su costa ganó la ciudad de Tremesen a los moros y mucha parte de aquel reino y hizo cosas muy señaladas y dignas de memoria contra los turcos. Casó con Doña Leonor de Córdoba y de Arellano, hija de Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y primer Marqués de Comares. Tuvieron por hijos a Don Alfonso Fernández de Córdoba, y a Don Martín de Córdoba y a Don Francisco de Córdoba y a Don Diego Fernández de Córdoba, que murió electo obispo de Calahorra. Don Alfonso Fernández de Córdoba, hijo mayor, fue segundo Conde de Alcaudete. Casó con Doña Franca de Mendoza, hija de Don Antonio de Mendoza los cuales tuvieron por hijo a Don Francisco Fernández de Córdoba, tercer conde de Alcaudete y señor de la Casa de Montemayor.

CAPITULO VII

DE LA DESCENDENCIA DE LOS ALCAIDES DE LOS DONCELES, MARQUESES DE COMARES, QUE AHORA SON DUQUES DE CARDONA

Diego Fernández de Córdoba, hijo segundo de Fernán Alfonso de Córdoba y Urraca González de Viedma su mujer, fueron señores de la Casa y aldea de Cañete. Fue Caballero de mucho valor, crióse en la casa del Rey Don Alonso el Décimo, el cual por honrar a Diego Fernández de Córdoba le hizo Alcaide de los Donceles, o pages que en su casa real y servicio se criaban. Era oficio muy honrado y de grande preminencia, porque siempre llevaban la delantera en todas las batallas o ejércitos formados. Este caballero sucedió en el oficio de Alguacil mayor de Córdoba, que Fernán Alfonso su padre tenía. Casó con doña Isabel Martínez de Pontevedra, hija de Martín Yáñez, que fue privado del Rey Don Pedro de Castilla, en la cual tuvo por hijos a Martín Fernández de Córdoba, que fue buen caballero y sucedió en el oficio de Alcaide de los Donceles, que fue primer señor de las villas de Lucena y Espejo, que las hubo en casamiento con María Alfonso de Argote con quien casó, y en ella tuvo por hijos, a Don Diego Fernández de Córdoba, que fue sucesor de dichas villas, y a

Alonso de Córdoba, que fue hijo segundo, y por muerte de María Alfonso de Argote casó segunda vez Martín Fernández de Córdoba con Doña Beatriz de Solier, hija de Mossen Harnao de Solier, señor de Villalpando, en la cual tuvo por hijos a don Pedro Solier, que fue Obispo de Córdoba, y a los Comendadores llamados Don Jorge de Córdoba y a Don Fernando de Córdoba, a los cuales mató Don Fernando de Córdoba, Veinticuatro de ella, porque los halló en adulterio con Doña Beatriz de Sosa su mujer; y tuvo más el dicho Martín Fernández de Córdoba en esta segunda mujer, a Doña María de Solier, que casó con Luis Méndez de Sotomayor, señor de las villas del Carpio y Morente, y a Doña Inés de Solier, que casó con Don Pedro Venegas, señor de la villa de Luque. Don Diego Fernández de Córdoba, hijo mayor de Martín Fernández de Córdoba, segundo Alcaide de los Donceles sucedió en la casa de Lucena, Espejo y Chillón, que fue tercer Alcaide los Donceles y casó con Doña Catalina de Sotomayor, hija de Garci-Méndez de Sotomayor, señor de las villas del Carpio y Morente, en la cual tuvo por hijos a Martín Fernández de Córdoba, que fue el mayor,y a Gonzalo Fernández de Córdoba, que fue el segundo, y casó con Doña Beatriz de Angulo, hija de Alonso Martínez de Angulo, y tuvo más este Diego Fernández de Córdoba por hija a Doña Isabel Méndez de Sotomayor, que casó con Don Antonio de Benavides, señor de las dehesas y torre de Estrella, y a doña Beatriz Fernández de Córdoba que casó con Don Alonso de Montemayor, señor de Albendín y torre de Don Lucas. Martín Fernández de Córdoba hijo mayor fue buen caballero según sus pasados lo habían sido, fue cuarto Alcaide de los Donceles señor de las dichas villas de Lucena, Espejo y Chillón, y casó con Doña Leonor de Arellano, hija de Don Pedro Fernández de Córdoba e de Doña Elvira de Herrera, señores de la casa de Aguilar y Priego, en la cual tuvo por hijos a Don Diego Fernández de Córdoba y a Pero Fernández de Córdoba que llamaron el Doncel. A Don Diego Fernández de Córdoba, el hijo mayor de Martín Fernández de Córdoba, que fue quinto Alcaide de los Donceles y señor de las dichas casas, caballero muy esforzado siempre se señaló en grandes hechos, imitando siempre a la clara sangre de sus antepasados. Desbarató y prendió a Mahomed Boabdeli Rey Chiquito de Granada, juntamente con Don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra, y fue esta prisión en 21 del mes de Abril año 1483, y por esta victoria los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel le dieron que pudiese traer en el escudo de sus armas una cabeza de Rey Moro en prisión, y orla, las banderas y estandartes que tomaron en esta batalla a los moros, según que los señores de esta casa las traen así mismo. Fue Don Diego Fernández de Córdoba el primer Capitán que pasó en Africa a la conquista del Reino de

Tremesen y ganó el fuerte y gran puerto de Masaquivil y venció y desbarató muchas veces el poder del rey de Tremesen, por lo cual el Católico Rey Don Fernando le dio título de Marqués de Comares. Todos los días que vivió durante la tenencia de Orán y de Almasarquivil, donde fue Capitán General contra los reyes de Africa, y casó con Doña Juana Pacheco, hija de Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, y Maestre de Santiago, los cuales tuvieron por hijos a Don Luis Fernández de Córdoba y segundo Marqués de Comares y señor de las dichas Villas de Lucena, Espejo y Chillón; y a doña Leonor de Córdoba y Arellano, que casó con Don Martín Fernández de Córdoba y de Velasco, Conde de Alcaudete. Don Luis Fernández de Córdoba Marqués de Comares casó con doña Francisca Fernández de Córdoba y de Castañeda, hija de Don Diego Fernández de Córdoba Conde de Cabra y señor de la villa de Baena, y de Doña Francisca de Zúñiga su mujer, en la cual tuvo por hijos a Don Diego Fernández de Córdoba, que fue el mayor y tercero Marqués de Comares, e a Don Luis Fernández, y a Don Pedro de Córdoba que fuePrior y Canónigo de la Santa Iglesia de Córdoba, y Doña María Pacheco que casó con el Marqués de Cuellar, hijo mayor del Duque de Alburquerque, y Doña Juana de Córdoba que casó con Don Rodrigo Portocarrero, conde de Medellín, y Doña Ana de Córdoba que casó con Don Antonio de Zúñiga, Marqués de Ayamonte. Don Diego Fernández de Córdoba, hijo mayor y tercero Marqués de Comares, casó con Doña Juana de Aragón, Duque de Segorbe, y por muerte de Don Alonso de Aragón, Duque de Segorbe y Cardona, sucedió en los dichos estados Don Francisco de Aragón, el cual murió sin hijos, y así sucedieron por Duques de Cardona y en los demás estados, los dichos Don Diego Fernández de Córdoba y doña Juana de Aragón, que ahora los poseen y posean y gocen muchos años, y al dicho Don Diego de Córdoba por muchos servicios que ha hecho a Su Majestad el Rey Don Felipe nuestro señor le dio el Toisón y por más servir a Su Majestad pasó a Orán a servir de Capitán General como sus antepasados. Tiene por hijos a Don Luis Fernández de Córdoba y Aragón, que es el mayor, y a Don Alonso deAragón, que murió en Flandes en servicio de Su Majestad, y a Doña Juana de Córdoba, que casó con el Duque de Soma y Sesa, y a Doña Brianda de Córdoba y otras señoras.

CAPITULO VIII

DE COMO DON LUIS DE CORDOBA, Y FRAY JUAN DE CORDOBA, SU HERMANO SEGUNDO, DESCIENDEN DE LA CASA DE COMARES, Y ALCAIDES DE LOS DONCELES

Gonzalo Fernández de Córdoba, hijo segundo de Diego Fernández de Córdoba, tercero Alcaide de los Donceles, y de Doña Catalina de Sotomayor hija mayor de Garci-Méndez de Sotomayor señor de las villas del Carpio y Morente, casó con Doña Beatriz de Angulo, hija de Doña Beatriz de Angulo y de Doña Aldonza López de Montemayor, en la cual tuvo por hijo el dicho Gonzalo Fernández de Córdoba a Luis de Angulo, que fue Veinticuatro de Córdoba y Caballero de los más ricos de ella, y casó con Doña María de las Infantas, hermana de Lorenzo de las Infantas y de Alonso Ruiz de las Infantas, Veinticuatro de Córdoba. Esta dicha Doña María de las Infantas vinculó las Casas que son ahora colegio que llaman del Doctor Pero López, en la ciudad de Córdoba, en la Collación de Santo Domingo y después de haber sido muchos años del mayorazgo, las dieron por bienes partibles, poseyéndolas Don Gonzalo Fernández de Córdoba, Veinticuatro de ella y caballero del hábito de Santiago. Tuvo el dicho Don Luis de Angulo en Doña Mayor de las Infantas su mujer, a Gonzalo Fernández de Córdoba y de Angulo, Veinticuatro de Córdoba, el cual casó con Doña Ana de Guzmán, hija de Diego de Argote, la cual vinculó para sus hijos mayores el cortijo y tierras que dicen del Torneruelo, que son una legua de la Ciudad de Córdoba, y tuvo por hijo mayor al dicho Gonzalo Fernández de Córdoba en Doña Ana de Guzmán su mujer, a Luis de Angulo que fue Veinticuatro de Córdoba, caballero muy buen cristiano, y casó con Doña Inés de Argote, hermana de Don Alonso de Argote, cabeza de la Casa de los Argotes, y en ella tuvo por hijos a Don Gonzalo Fernández de Córdoba, que fue el mayor, y a Don Alonso de Argote, que fue el segundo, y casó con doña Juana de Angulo, en la cual tuvo por hijo mayor a Don Juan de Argote que es ahora Catedrático en Salamanca y Colegial y Rector del Colegio de San Bartolomé. Tuvo más a Don Luis de Córdoba caballero del hábito de San Juan, y ha servido a Su Majestad el Rey Don Felipe nuestro Señor en la guerra tres años, y mucho de este tiempo fue Capitán, y siéndolo en la jornada contra Inglaterra que ahora se hizo se perdió, y está cautivo en Londres. Don Gon-

zalo de Córdoba, hijo mayor de Luis de Angulo y de Doña Inés de Argote, por muerte de su padre, sucedió en su casa y mayorazgo y fue Veinticuatro de Córdoba y caballero del hábito de Santiago. Casó con Doña María Mejía, en la cual tuvo por hijos a Don Luis de Córdoba que fue el mayor, y a Fray Juan de Córdoba, fraile de la Orden de San Agustín, que fue el segundo, y a Don Gonzalo Fernández de Córdoba, que ahora está cautivo en Londres que se perdió juntamente con su tío Don Luis Fernández de Córdoba.

CAPITULO IX

DE LA DESCENDENCIA DE LA CASA DE BAENA

Don Diego Fernández de Córdoba señor de Cañete e Alcaide de Alcalá la Real y primer señor de las villas de Aguilar y Priego, tuvo en María García Carrillo su mujer por hijos, a Pero Fernández de Córdoba, al cual mataron los moros según se ha dicho en Alcalá la Real, que fue el mayor, e a Don Alfonso Fernández de Córdoba, que fue hijo segundo y sucedió por señor de la dicha casa de Aguilar y Priego, por muerte de Pero Fernández de Córdoba su hermano mayor, y a Diego Fernández de Córdoba, hijo tercero. Este Diego Fernández de Córdoba fue caballero muy noble y de mucho valor, y por sus buenos servicios al Rey don Juan el Primero, de gloriosa memoria, le hizo merced de la villa de Baena, y fue Mariscal de Castilla y Alguacil mayor de Córdoba. Casó dos veces, la primera fue, con Doña Sancha de Rojas, señora de la villa de Posa, hija de Sancho Sánchez de Rojas, señor de la dicha villa de Posa, en la cual tuvo por hijos a Juan Rodríguez de Rojas y a Pero Fernández de Córdoba, e a Don Sancho de Rojas, que fue obispo de Astorga, y por muerte de esta Doña Sancha de Rojas casó segunda vez el dicho Diego Fernández de Córdoba con doña Inés de Ayala, señora de Casarrubios y Pinto, y tuvo de ella por hijos a Fernando Gonzalo de Córdoba que murió mozo, e a Doña Juana de Córdoba, e tuvo más, de una noble doncella a Fernán Alonso Carrillo, su hijo natural, que fue buen caballero. Juan Rodríguez de Rojas, que fue hijo mayor, sucedió por señor de la villa de Posa. Casó con Doña Elvira Manríquez, hija del Adelantado Gómez Manríque y sobrina del Adelantado Diego Gómez Manrique. E Pero Fernández de Córdoba sucedió que era hijo segundo por señor de la villa de Baena. Fue caballero muy sabio e de gran prudencia y como a tal el Rey Don Juan el Segundo le dio cargo

de la crianza del Príncipe Don Enrique su hijo, el cual lo doctrinó lo mejor que él pudo. Casó este caballero con Doña Juana de Córdoba, hija de Martín Alonso de Montemayor, señor de la Casa de Montemayor, y villa de Alcaudete y de Doña Teresa de Leiva su primera mujer en la cual tuvo por hijos a Diego Fernández de Córdoba, que fue el mayor, y a Gonzalo Fernández de Córdoba, hijo segundo, que casó con Doña Ana de Sosa hija del Vasco Alfonso de Sosa. Don Diego Fernández de Córdoba hijo mayor, fue mariscal de Castilla y señor de la villa de Baena y Alguacil mayor de Córdoba, y primer Conde de Cabra, de la cual villa hizo merced el rey Don Juan el Segundo, y tomó título de Conde de Cabra. Casó con Doña María Carrillo hija de Pedro Carrillo, señor de Santofimia, en la cual tuvo por hijos a Don Diego Fernández de Córdoba y a Don Martín de Córdoba, que fue Comendador de Estepa y Alcaide y Gobernador de la ciudad de Ecija, y a Don Sancho de Rojas, que fue Maestresala del Infante Don Fernando de Castilla que fue Rey de Hungría y Emperador, de quien vienen los caballeros de Málaga que se llaman de Córdoba, e a Don Gonzalo Fernández de Córdoba, que murió en el desbarato de Moclin que tuvo el Conde de Cabra su hermano con los moros en el año 1485, y a Don Alonso de Córdoba, y a Don Antonio de Córdoba, y a Doña Francisca Carrillo, y a Doña Beatriz de Córdoba, y a Doña María Carrillo, y Doña Juana de Córdoba, que fue monja en el Monasterio de Santa María de las Dueñas de la ciudad de Córdoba, e por muerte de la dicha Doña María Carrillo su primera mujer, casó de segunda vez el dicho Don Diego Fernández de Córdoba, primer Conde de Cabra, con Doña María Ramiro de Aguilera y hubo de ella por hijos, a Don Luis Fernández de Córdoba e a Doña Mencía. E tuvo más, a Don Pedro y a Doña Teresa. Don Diego Fernández de Córdoba hijo mayor y segundo Conde de Cabra y cuarto señor de la villa de Baena, fue el que tuvo las diferencias con Alfonso Fernández de Córdoba señor de la casa de Aguilar y Priego. Casó con Doña María de Mendoza, hija de Diego Hurtado de Mendoza, Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares y primer Duque del Infantado. Este fue el que dio la batalla a Mahomed Boabdeli, que otros llaman como queda dicho Ali-Müley y Baudelin, Rey Chiquito de Granada, y lo desbarató y prendió a legua y media de la villa de Lucena, al arroyo que llaman de Martín Gonzalo, estando presente Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y primer Marqués de Comares, que fue esta batalla y vencimiento el año de 1483, en veintiún días del mes de Abril, y por esta real victoria los serenísimos Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, entre otras mercedes que al dicho Don Diego Fernández de Córdoba hicieron, dieron licencia y facul-

tad para que pudiese traer por armas con las demás insignias de su escudo una cabeza de Rey Moro en prisión, con una cadena de oro y por orla las banderas y estandartes que allí fueron tomadas a los moros, y estas mismas insignias dieron dichos Reyes Católicos a Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Doncedes y primer Marqués de Comares. E tuvo el dicho Don Diego Fernández de Córdoba, Conde de Cabra, en Doña María de Mendoza su mujer, por hijos, a Don Diego Fernández de Córdoba, que fue el mayor y tercero Conde de Cabra, y quinto señor de la villa de Baena, y a Don Antonio de Córdoba y Mendoza, que fue camarero de Don Carlos Quinto Emperador, y fue Maestresalas de la Emperatriz Doña Isabel, su muy Católica y serenísima mujer, y a Don Iñigo de Córdoba que fue embajador en Roma por el Rey Don Fernando V, y a Don Francisco de Mendoza, que fue Obispo de Palencia y Presidente del consejo de la Emperatriz Doña Isabel, y Comisario General de la Cruzada, y a Don Fernándo de Córdoba, que fue Caballero de la Orden de Calatrava, y Presidente del Consejo de las Ordenes, y a Doña Brianda de Mendoza, y a Doña María. Don Diego Fernández de Córdoba, tercero Conde de Cabra, casó con Doña Francisca de Zúñiga, hija de Don Diego López de Zúñiga, Duque de Béjar, y de Doña Juana de la Cerda su mujer, y hubo de ella por hijos a Don Luis Fernández de Córdoba, y a Don Juan Fernández de Córdoba, que fue Deán y Canónigo de la Santa Iglesia de Córdoba y Abad de Rute, y a Don Pedro Fernández de Córdoba, y a Don Alvaro de Córdoba, y a Don Gabriel de Córdoba, y a Doña María de Córdoba Mendoza, que casó con Don Francisco Pacheco, hijo segundo de Don Alfonso Fernández de Córdoba, señor de la Casa de Aguilar y Priego, y a Doña Francisca Fernández de Córdoba y Castañeda, que casó con Don Luis Fernández de Córdoba, segundo Marqués de Comares, y a Doña Leonor de Córdoba, que casó con Don Luis Fajardo, Marqués de los Vélez y Adelantado Mayor del Reino de Murcia, y tuvo más, de una noble mujer a Don Fray Martín de Mendoza, Obispo de Plasencia y misericordioso y excelente prelado en cuido y costumbres. Don Luis Fernández de Córdoba, hijo mayor, sucedió en el condado de Cabra y Casa de Baena, y fue cuarto Conde de Cabra y sexto señor de la villa de Baena. Casó con Doña Elvira Fernández de Córdoba, hija mayor de Gonzalo Fernández de Córdoba, Gran Capitán de España, Duque de Sesa y Terranova, y de Doña María Manrique su mujer y sucedió por Duque de Sesa y Terranova, el dicho Don Luis Fernández de Córdoba, Conde de Cabra y señor de la villa de Baena, el cual estando casado con la dicha Doña Elvira de Córdoba su mujer, por muerte del Gran Capitán su padre. Estos señores tuvieron por hijos a Don Gonzalo Fernández de Córdoba, y a doña Francisca de la Cerda, que casó

con Don Alfonso de Zúñiga y Sotomayor, marqués de Gibraleón, y a Doña Isabel de Córdoba, que casó con don Román de Cardona, Almirante de Nápoles y Duque de Soma. Don Gonzalo Fernández de Córdoba sucedió por Duque de Sesa y Terranova y en el Condado de Cabra y Casa de Baena, casó con Doña María Sarmiento, hija de Don Francisco de los Cobos, Comendador mayor de León y de Doña María de Mendoza su mujer.

CAPITULO X

COMO LOS SEÑORES DE ROJAS DESCIENDEN DE LA CASA DE BAENA

Juan Rodríguez de Rojas, hijo mayor de Diego Fernández de Córdoba, mariscal de Castilla, sucedió por señor de la villa de Posa, según se ha dicho. Casó con Doña Elvira Manrique, hija de Gómez Manrique, Adelantado mayor de Castilla y tuvieron por hijo y heredero a Diego de Rojas, que casó con Doña Catalina de Castilla, y tuvieron por hija y heredera a Doña ???????? de Rojas, que casó con Don Diego de Rojas su pariente, señor de Monzón, hijo de Juan de Rojas, señor de la dicha villa de Monzón y tuvieron por hijo a Don Juan de Rojas, que fue primero Marqués de Posa, y este Marqués de Posa casó con la hija del Conde de Salinas y tuvieron por hijo y sucesor de su Casa y estado a Don Sancho de Rojas, que fue segundo Marqués de Posa, y éste casó con Doña Francisca Enríquez, y de éstos sucede el que ahora es Marqués y señor de aquella casa.

CAPITULO XI

DE COMO DOÑA JUANA DE CORDOBA, HIJA DE DIEGO FERNANDEZ DE CORDOBA, TUVO UNA HIJA QUE CASO CON DON JUAN, QUE FUE REY DE NAVARRA, DE DONDE DESCIENDE LA REAL MAJESTAD DEL REY DON FELIPE NUESTRO SEÑOR

Doña Juana de Córdoba, hija de Diego Fernández de Córdoba, mariscal de Castilla y primer señor de la villa de Baena sobredicho, y Doña Inés de Ayala su segunda mujer, señora de Casa Rubios y Pinto, casó con Don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, hijo de Don Alfonso Enríquez, almirante de Castilla y de Doña Juana de Mendoza su mujer,

los cuales tuvieron por hija a Doña Juana Enríquez, que casó con Don Juan, que fue Rey de Navarra y después de Aragón, hijo segundo de Don Fernando, Rey de Aragón llamado el Honesto, que siendo Infante de Castilla ganó a Antequera y de éste Don Juan Rey de Aragón y de la Reina Doña Juana Enríquez, su segunda mujer, fue hijo el Católico Rey Don Fernando V que casó con la Serenísima Princesa Doña Isabel y fueron Reyes de Castilla y de León y de Aragón y ganaron los reinos de Granada y Nápoles y tomó a Navarra, y la princesa Doña Juana hija de los Serenísimos y muy Católicos Reyes, casó con el príncipe Don Felipe, archiduque de Austria y Duque de Borgoña y de Barbante, Conde de Flandes, hijo del Emperador Maximiliano, cuyo hijo fue el ilustrísimo Emperador Don Carlos V, rey de Alemania y sucesor en los reinos de España y de Nápoles, que casó con la Princesa Doña Isabel, hija de Don Manuel, Rey de Portugal y de la reina Doña María, que fue hija tercera de los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel, cuyo hijo es la Majestad del Católico Rey Don Felipe de España segundo de este nombre nuestro señor.

CAPITULO XII

DE LA DESCENDENCIA DE LA CASA DE SESA Y GRAN CAPITAN

Don Pedro Fernández de Córdoba cuarto señor de la Casa de Aguilar y Priego, que como queda dicho casó con Doña Elvira de Herrera, señor de la villa de Pedraza, tuvo por hijos, a Don Alfonso Fernández de Córdoba, que sucedió por señor de la Casa y mayorazgo de Aguilar y Priego, y a Gonzalo Fernández de Córdoba que fue hijo segundo. Y este caballero fue tan excelente que, visto su mucho valor, fue enviado por los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel en el año del Señor 1495, en favor del Rey Don Fernando de Nápoles, segundo de este nombre, don le fue dado por sus notables hechos dos ciudades y siete castillos, por el Rey Don Fadrique, que había sucedido en el dicho Reino de Nápoles, por muerte del Rey Don Fernando su sobrino, y después de esto en el año de 1504, fue segunda vez por mandato de dicho Rey Don Fernando V, a la conquista del Reino de Nápoles, y fueron tales sus claros e ilustres hechos que fue llamado Gran Capitán, de quien nuestra España ha recibido tanta honra como Macedonia de Alejandro, y Africa de Aníbal, y Siria de Antioco, e Italia de Pompeyo, los cuales por grandes hechos merecieron ser

llamados magnos o grandes y este excelente y esforzado caballero, Gonzalo Fernández de Córdoba, fue el primer Capitán que puso las señas de Castilla en Italia y conquistó el gran Reino de Nápoles, y mediante sus grandes hechos mereció por excelencia ganar renombre de magno o grande, así como los ya dichos, el cual renombre de Magno le fue dado por el Rey Luis de Francia, Duodécimo y último de este nombre, en el año del Señor de 1501, en la ciudad de Saona, estando presentes el Católico Rey Don Fernando Quinto y la Reina Madam Germana, su segunda mujer, sobrina del dicho Rey Luis de Francia, y de allí adelante le llamaron siempre el Gran Capitán, y porque de él y de los sobredichos hay escritos muchos volúmenes mediante los cuales será su nombre inmortal. No me quiero alargar en cuanto a esto.

Este valeroso y excelente capitán Gonzalo Fernández de Córdoba Duque de Sesa y Terranova y Santángelo, casó dos veces antes de su estimación y acrecentamiento. La primera con Doña Mayor de Sotomayor, hija de Luis Méndez de Sotomayor y de Doña María de Solier, su mujer, señores de las villas del Carpio y Morente, y muerta esta su primera mujer no hubo hijos. Casó segunda vez con Doña María Manrique, hija de Don Fadrique Manrique, Alcaide y gobernador de la ciudad de Ecija y de Doña Beatriz de Figueroa, su mujer, y tuvieron por hija mayor a Doña Elvira Fernández de Córdoba, la cual disfrutó los días del Gran Capitán, su padre, que murió en la ciudad de Granada en domingo, dos días del mes de diciembre del año del Señor de 1525 y fue sepultado en el monasterio de San Francisco de Granada, en la Capilla mayor y después fue trasladado a la Capilla mayor del monasterio de San Jerónimo de la dicha ciudad. Sucedió por Duquesa de Sesa y Terranova y en los demás Estados y casó con Don Luis Fernández de Córdoba, Conde de Cabra y señor de la villa de Baena, hijo de Don Diego Fernández de Córdoba, tercero Conde de Cabra y quinto señor de la villa de Baena, y de Doña Francisca de Zúñiga su mujer, los cuales tuvieron por hijos a Don Gonzalo Fernández de Córdoba y a Doña Francisca de la Cerda y de Córdoba, que casó con Don Alonso de Zúñiga, Marqués de Gibraleón y a Doña Beatriz de Córdoba, que casó con Fernando de Córdoba, almirante de Nápoles y Duque de Soma. Don Gonzalo Fernández de Córdoba sucedió por Duque de Sesa y Terranova, y en el condado de Cabra y Casa de Baena. Casó con Doña María Sarmiento, hija de don Francisco de los Cobos, Comendador mayor de León y de Doña María de Mendoza su mujer, que hoy viven sin tener hijos que les sucedan en los dichos estados.

CAPITULO XIII

DE LA DESCENDENCIA DE LOS SEÑORES DE LA CASA DE BELMONTE

Rui Fernández de Córdoba, hijo quinto y natural de Fernando Alfonso de Córdoba, señor de Cañete y Alguacil mayor de Córdoba, fue buen caballero y Veinticuatro de Córdoba. Casó con Doña Mayor Martínez de Argote, en la cual tuvo por hijos a Alfonso Fernández de Córdoba, que fue el mayor, y a Rui Fernández de Córdoba,hijo segundo, que ambos fueron Veinticuatros de la dicha ciudad y caballeros de la dicha ciudad y de mucho valor. Alfonso Fernández de Córdoba, hijo mayor de Veinticuatro de Córdoba, casó con Teresa Alvarez Gaitán, hija de Alonso Alvarez Gaitán y de Isabel Fernández de Vargas su mujer, caballeros hijosdalgo y gente principal de la ciudad de Toledo y de aquí tomaron las trece Veneras de oro en campo de sangre que traen los de esta casa, que son las armas de los Gaitanes, en la cual tuvo por hijos el dicho Alfonso Fernández de Córdoba, a Fernán Alfonso de Córdoba, Veinticuatro que fue, el que mató a los Comendadores de Calatrava llamados Jorge y Fernando, según se ha dicho en la descendencia de la Casa de los Alcaides de los Donceles, y Marqués de Comares, y tuvo más el dicho Alfonso Fernández, por hijas, en la dicha su mujer, a Mayor Martínez de Córdoba que casó con Gonzalo Méndez de Sotomayor, y a Isabel Fernández Gaitán, que casó con Juan Muñoz de G odoy, y por muerte de la dicha Teresa Alvarez Gaitán, su primera mujer, casó segunda vez el dicho Alfonso Fernández de Córdoba con Beatriz Fernández de Cabrera, en la cual tuvo por hijos a Martín Alfonso y a Rodrigo Alfonso, que murieron mozos, y a Mayor Venegas, que casó con Juan Berrio, cuya fue la villa de Carcabuey. Fernán Alonso de Córdoba, hijo mayor de Alfonso Fernández de Córdoba y de Teresa Alvarez Gaitán, su primera mujer, y Veinticuatro que fue de Córdoba, casó con Doña Beatriz de Hinestrosa, por cuya causa mató a los Comendadores, y muerta ésta, casó segunda vez con Doña Constanza de Baeza y Haro, hija de Lope Ruiz de Baeza, y de Urraca de Sandoval su mujer, y de ella tuvo por hijo al Capitán Antonio Fernández de Córdoba, que fue señor de la villa de Belmonte y capitán de cien hombres de armas en tiempos

de los serenísimos Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria.

Este caballero casó con Doña Juana Carrillo, hermana de Gonzalo Mejía Carrillo, señor de la villa de Santofimia, en la cual no tuvo hijos y hubo en una noble doncella hijosdalgo llamada Aldonza de la Tomilla, a Fernán Alfonso de Córdoba, que le sucedió en su casa y mayorazgo y fue señor de la villa de Belmonte y Veinticuatro de Córdoba, el cual fue casado con Doña Inés de Herrera y Guzmán, hija de Luis de Herrera y de Herrera y de Doña Juana de Guzmán, su mujer, en la cual hubo el dicho Fernán Alonso de Córdoba, por hijos a Don Antonio Fernández de Córdoba, que fue señor de la villa de Belmonte y Veinticuatro de Córdoba, y a Doña Catalina Fernández de Córdoba, que casó con Pero Venegas Carrillo, y a Doña María de Guzmán que casó con Juan Carrillo Venegas y a Doña Elvira de Herrera que casó con Don Diego de Argote, Veinticuatro de Córdoba.

Don Antonio Fernández de Córdoba casó con Doña María de Córdoba, hija de Don Gómez de Figueroa y de Doña Juana Carrillo, su primera mujer, en la cual tuvo por hijos a Don Gómez Fernández de Córdoba, hijo mayor, y a Don Antonio de Córdoba, y a Don Pedro de Córdoba y a Don Fernando de Córdoba y otros.

Don Gómez Fernández de Córdoba, hijo mayor, sucedió por señor de la villa de Belmonte, y es Alférez mayor de Córdoba y Veinticuatro de la dicha ciudad, con primer voto en Cabildo, lo cual es anejo al oficio de Alférez mayor. Casó este caballero con Doña Isabel Ponce de León, hija de Don Diego Fernández de Córdoba, Alférez mayor de la dicha ciudad y de Doña Aldonza Manrique, su mujer.

Laus Deo

SUCESION DE LA CASA DE LOS MARQUESES DE COMARES, SEÑORES DE LUCENA

Autor Anónimo

Cumpliendo con lo que debo y deseo servir a V. S..ª, y con lo que me tiene mandado, de que he recibido muy gran merced, quiero brevemente poner por orden la ilustrísima ascendencia de la Casa de V. S.ª procurando sacar de las Crónicas de los Reyes de Castilla y de adiciones antiguas, con el mayor cuidado y verdad que me ha sido posible, viendo en ellas que todo lo pasado ha sido digno de memoria eterna. Comenzando desde los primeros ganadores de esta insigne y ubérrima ciudad de Córdoba y algunos de más atrás ascendientes suyos, los cuales con maravillosa grandeza de hechos heroicos y animosos, mostrando el alteza de sus generosos ánimos, la cual dejaron a sus descendientes que se hallaron en la toma y conquista de esta ciudad y aún de las más de Andalucía, donde adquiriendo fama de inmortal gloria, triunfando con admirable honor contra los enemigos de nuestra fe Católica con sus acciones sirviendo a sus Reyes en paz y guerra con contínuos y leales servicios, tales que merecieron mercedes de ellos, aún sin pedírselas, que han gozado los pasados y gozan los que viven con mucha honra y prosperidad y gozarán por largos y prósperos años, ellos y sus descendientes, y la verdad de lo dicho consta por las Crónicas del Rey Don Fernando el Santo que la ganó, y otras que se ven de los reyes que después sucedieron.

Lo cual fue en el año de mil y doscientos treinta y cinco por el mes de Enero, en lo cual se halló aquel famosísimo caballero de quien habemos de tratar, Don Fernán Núñez de Temes, que siempre fue siguiendo a Don Alvar Pérez de Castro, su tío, en las guerra y conquistas que adelante sucedieron en esta Andalucía hasta la batalla de Jerez, donde fue muerto el Rey Moro de los Gasules, que vencieron los cristianos, habiendo para cada uno diez moros. Padre de tan nobilísima familia, como esta Casa de Córdoba, de la grandeza de la cual aún procede la real de España, como adelante en su lugar se dirá, y porque el antigüedad del linaje del dicho Don Fernando Núñez de Temes, procede de mucho atrás del antiquísimo apellido de Castro, Casa de los Condes de Lemos de Galicia, es de saber, como arriba está referido, era sobrino del dicho Don Alvar Pérez de Castro, y así lo dice Gudiel en el libro de los "Girones" prefiriendo al Conde Don Pedro de Portugal, y a Pedro Jerónimo de Aponte en el libro

de los linajes de España, y si como en las Crónicas se refiere de los caballeros ascendientes de V.ª S.ª y señores de su Casa, por largo aquí lo hubiera de poner, pudiera ser un gran volumen de papel, que viniera mucho y muy bueno que leer en él, pero por excusar proligidad y retocando en suma lo que las Crónicas refieren por largo.

La ascendencia de Don Fernán Núñez de Temes y Don Alvar Pérez de Castro pone Gudiel en esta manera: que en Galicia fue, el primero, señor de la Casa de Castro y de este apellido de Castro, el Conde Don Gutierre de Castro, el cual tuvo una hija que se llamó Doña Toda Gutiérrez, la cual casó con don Nuño Alvarez de Amaya. De este matrimonio tuvieron por hija a Doña Jimena Jiménez, la cual casó con Fernán Lainez, hermano de Diego Lainez, padre del Cid Ruy Díaz, y tuvieron por hijo a Alvar Fañez de Amaya, cuya hija fue Doña María Alvarez, que casó con Don Fernando, hijo del Rey de Navarra. De este matrimonio tuvieron por hijo a Don Fernán Ruiz de Castro, padre de Don Pedro Fernández de Castro y de Don Fernán Alvarez de Castro, y Don Pero Fernández de Castro, fue hijo de Don Alonso Pérez de Castro, el cual fue Capitán General contra los moros, en la Peña de Martos, donde tenía su asiento, y era visorrey del Andalucía, por el Rey Don Fernando el Santo, que la ganó, del cual dijo el Rey grandes alabanzas como por su Crónica parece.

Don Fernán Alvarez de Castro tuvo por hijo a Alvar Ruiz de Castro, y este Alvar Ruiz tuvo por hijo a Nuño Fernández, que fue padre de Don Fernán Núñez de Temes, cabeza y tronco del gran linaje y casa del nombre y apellido de Córdoba, señor del solar de Temes de Galicia, cerca de la villa de Chantada, donde se dice que hay un solar y un sepulcro en él, con un epitafio que dice: Aquí yace Vasco Fernández de Temes y grande de esforzo, boo de rogar y mao de forzar.

Don Fernán Núñez de Temes, de quien queda hecha relación, casó en esta ciudad de Córdoba con Doña Ora Muñoz, hija de Miguel Martínez Muñoz, que fue hermano de Domingo Muñoz, capitán de los adalides, que fue el mayor de los hermanos, el cual fue casado con Doña Gila, de cuyo casamiento dicen que no tuvo hijos. Otro hermano hubo en ellos que se llamó Fernán Martínez Muñoz, que tampoco dicen que tuvo hijos varones, cual fue alguacil mayor de Córdoba, y el Domingo Muñoz, Alcalde mayor de Córdoba. Todos tres fueron hijos de Don Martín Muñoz, caballero principal de las Montañas de Jaca, en Aragón, donde dicen que hasta hoy hay caballeros de este apellido de Muñoces, los cuales traen por arma siete jaqueles en campo colorado como cruces floretadas por orla de oro. De estos tres hermanos de quien queda hecha relación, el Domingo Muñoz, que fue Capitán de los adalides y alcalde mayor de Córdoba, fue el que

dice la Crónica del rey Don Fernando que para venir a tomar a Córdoba, junto la gente que vino con él en Andújar, y llegados a la puerta de la ciudad que hoy se llama del Colodro, dijo a las gentes que con él venían: pues aquí somos llegados mi parecer es que nos encomendemos a Dios y a la Virgen Santa María su Madre y pugnemos por entrar en esta Ciudad, y si las escalas no pudiéramos echar, pondremos las de fuste y subirán los que saben la lengua arábiga, vestidos a la morisca, y Dios nos ayudará, pues es en servicio suyo y ensalzamiento de su Santa Fe Católica. Y haciendo la señal de la cruz comenzaron a poner las escalas de fuste las cuales vinieron cortas, y añadieron otras con que subieron por ellas. El primero fue Alvar Colodro y el otro Benito de Baños, vestidos a la morisca y sabían la algarabía, y entraron en la torre que ahora dicen de Alvar Colodro y hallaron en ella cuatro moros, y entre ellos el uno era el que les había dado aviso como Córdoba no se guardaba, y como los oyó preguntó qué gente era, y respondió Alvar Colodro: "somos las sobreguardas que andamos", y el moro lo conoció en la habla y le asió la mano y se la apretó y le dijo: "yo soy uno de aquellos que tú sabes, pugna por matar estos mis compañeros, y ganarás esta torre y el muro". Y Alvar Colodro y los demás que habían subido, echaron de la torre abajo a los moros, los cuales mataron luego los que estaban allá y de allí pasaron adelante ganando el muro y las torres hasta llegar a la puerta de Martos, la cual abrieron y entraron por ella Martín Ruiz de Argote y Martín Ruiz Tafur, aunque algunos dicen que Martín Ruiz de Argote hizo un portillo al muro, por donde entró, y todos dentro en el Ajerquia, que era el Arrabal, se hizieron fuertes y barrearon las calles, salvo la que iba a entrar en la villa; y luego avisaron a Don Alvar Pérez de Castro que estaba en Martos, y vino luego con sus gentes a los socorrer; y también escribieron al Rey Don Fernando que estaba en Benavente, el cual convocando toda la tierra muy a priesa, vino al socorro, aunque se detuvo más de lo que el quisiera, por el fuerte tiempo que hacía de aguas. Y en el entretanto que Don Alvar Péde Castro vino, y con él Don Fernán Núñez de Temes, dejó en la peña a la condesa Doña Juana y Reina su mujer.

Un caballero, que se llamaba Tello Alfonso de Meneses, que acaso un día salió de la peña a correr la tierra de los moros y aquel mismo día vinieron los moros a correr la peña y viose sola la Condesa, mandó a sus doncellas y criadas se pusiesen las canecas como hombres y anduviesen por el muro, y estando en este estado llegó Tello Alfonso a la peña con su gente, y viendo como estaba cercada dijo: "señores quien me quiera seguir, me siga y demos de tropel en los moros y pasemos de la otra parte a socorrer a la Condesa mi señora". Y así lo pusieron por obra y dieron

de tropel de manera que pasaron a la peña sin faltar más que uno de todos, y entraron en la Peña y la defendieron de los moros que la tenían cercada, lo cual visto por ellos alzaron el cerco y se fueron.

A este caballero Domingo Muñoz, de quien vamos hablando, le dio el Cabildo de la Iglesia mayor una capilla que hasta hoy retiene el nombre de la Capilla de los Adalides, y así parece por una escritura de dotación que está en el archivo de la Iglesia Mayor donde está la dicha capilla, dice así: Conocida cosa sea a todos los nomes que esta carta vieren como yo, Domingo Muñoz el Adalid, alcalde mayor de Córdoba, e yo Doña Gila su mujer vecinos a San Salvador de Córdoba, Nos ambos en uno marido y mujer damos y otorgamos a los de Santa María una rueda de aceña que havemos en Guadalquivir sobre la nuestra aceñaque es al vado del Martos. E yo Domingo Muñoz pongo mio sello en esta carta por ser más firme y más estable. Fecha esta carta en seis andados de Noviembre Era de mil y doscientos y ochenta y seis años.

Y por no tener el dicho Domingo Muñoz hijos, es así que en su hacienda sucedió Doña Ora Muñoz su sobrina y como otros quieren su hija, como quiera que sea hija de los hermanos, mujer de Don Fernán Núñez de Temes. Hubo por herencia el castillo de Dos Hermanas y el alguacilazgo mayor de Córdoba, que era del otro hermano Fernán Martínez Muñoz, y también la torre Fernán Martínez, que por ser suya tomó el nombre, del cual se dice, cuando el Rey Don Alonso el Sabio fue llamado para ser Emperador, habiendo salido de España su hijo Don Sancho el Bravo se alzó con el Reino y se intituló Rey de Castilla, lo cual sabido por su padre, volvió del camino, y viendo el Reino ocupado y tomado por nuevo señor, se fue al Rey de Granada y le pidió favor y ayuda para cobrar el reino, el cual vino con ochenta mil moros sobre Córdoba, y el Rey de Granada con él, y llegó el Rey don Alonso a la torre de la Carrahola, que entonces se decía la Oracha, y llamó a guardas y les dijo que le dijesen a Fernán Martínez, su Alguacil mayor, que lo acogiese en Córdoba, y se le nombrase, como él lo hiciera, alguacil mayor y le diese las llaves de la ciudad, y lo armara caballero, y lo casara y hiciera otros beneficios. Lo cual todo parece que se lo dijo al dicho Fernán Martínez Muñoz, y respondió que la ciudad era de cristianos, y él venía acompañado de muchos moros enemigos de nuestra Santa Fe Católica, por lo cual no era razón entregarla ni acoger moros en la ciudad, que cuando él viniese como debía, sin moros, sería recibido en ella. Otro día siguiente llegó a la ciudad Don Sancho, su hijo, que había tomado título de Rey, y sabido esto por el Rey Don Alonso, hizo a los moros que alzasen el cerco y dejó libre la ciudad.

De este matrimonio y casamiento de Don Fernán Núñez de Temes

y de Doña Ora Muñoz su mujer, que en su padre hubieron el castillo de Dos Hermanas y la torre Fernán Martínez, y a él le fue hecha merced del alguacilazgo Mayor de Córdoba, tuvieron por hijo a Nuño Fernández, que murió sin dejar hijo varón, que lo mataron los moros en una batalla que el rey Don Alonso tuvo con ellos cerca de Ecija, de que hace relación el capítulo 59 de su Crónica. Otro hijo tuvieron clérigo, que se llamó Ruy Fernández. Fue Arcediano de Córdoba y se llamó Alfonso Fernández, que fue el primero que tuvo este apellido de Córdoba. Fue señor del castillo de Dos Hermanas y de la Torre Fernán Martínez y adelantado mayor por el Rey en la Frontera, a quien el Consejo de la Ciudad de Córdoba hizo donación de la torre de Cañete, con su término, en ocho de Junio de 1331 años, y luego se la confirmó el Rey Don Sancho el Bravo a los ocho de Julio siguiente, porque, como dice la merced, le sirvió mucho en las guerras y toma de Baena, Luque y Zuheros y otros lugares.

Este caballero, Alonso Fernández, según la Crónica del Rey Don Alonso el Onceno en el capítulo 238, fue el primero Alcaide de los Donceles y así lo tiene por constante Ambrosio de Morales, Cronista del Rey, donde se refieren las palabras siguientes: El Rey mandó a Alonso Fernández, el su Alcaide de los Donceles que hiciese tres celadas juntas en diversas partes de los sus donceles contra los moros y que ellos comenzasen la pelea porque desde que saliesen de la celada, si los moros huyesen, ellos estuviesen bien cerca para hacerles daño. Y este alcaide y estos donceles eran omes que se había criado en la cámara del Rey desde muy pequeños y en la su merced, y eran omes bien acostumbrados que habían buenos corazones y servían al Rey de buen talante en lo que él les mandara y estos fueron a comenzar la pelea con los moros, y eran hasta ciento de caballo que andaban en la guerra y que lo hicieron muy bien aquel día. Esto fue cuando aquella famosísima batalla del Salado. **Este caballero, Alonso Fernández, cuya relación queda hecha, casó con Teresa Ximénez de Góngora, hija de Luis de Bardoma y de Góngora, y Ximena Ximénez de Aristan, caballeros de la Casa Real de Navarra, de los primeros pobladores de esta Ciudad de Córdoba**

De este matrimonio tuvieron por hijos a Don Fernán Alfonso de Córdoba y a Martín Alonso de Córdoba y Urraca Alfonso. Trataremos aquí solo de Don Fernán Alonso y su descendencia, porque la de Martín Alfonso es la de la Casa de Montemayor, Conde de Alcaudete, que hubo el castillo de Dos Hermanas. Urraca Alonso casó con Garci Méndez de Sotomayor, señor del Carpio que de presente tienen título de Marqueses del Carpio, y esta señora enviudó moza y casó segunda vez con el señor de Palma, que ahora tienen título de Condes de Palma. Este caballero Don

Fernán Alfonso de Córdoba, fue de mucho valor y esfuerzo, alguacil mayor de Córdoba y señor de Cañete y alcaide de Alcaudete, el que con gran peligro de su persona y de los que llevaba en su compañía que eran Pay Arias de Castro, señor de Espejo, y Fernando Martínez de Argote, entró en Baena teniéndola cercada el Rey Moro de Granada con gran muchedumbre de moros. Y fue de tanto efecto el socorro del dicho Don Fernán Alfonso de Córdoba que, saliendo al campo a pelear con mucho esfuerzo, hizo levantar al moro con mucha afrenta suya la guerra y descercar Baena. El cual casó con Urraca González, hija de Men Rodríguez de Viedma, señor de Jabalquinto, en el obispado de Jaén, caballero principal. Casolo la reina Doña María, mujer del Rey Don Sancho, que era su dama, y de este matrimonio tuvieron por hijos a Gonzalo Fernández de Córdoba, de quien descienden los Marqueses de Priego. Tuvieron también a Teresa Fernández y Juana Fernández del dicho matrimonio, del cual enviudó, y casó segunda vez con Mayor Martínez según algunos, y de este matrimonio, o del primero, que esto no lo he podido averiguar, tuvo por hijos, el dicho Don Fernán Alfonso de Córdoba, a Diego Fernández de Córdoba, segundo Alcaide de los Donceles y alguacil mayor de Córdoba y otros que adelante se dirán Diego Fernández de Córdoba, es de quien hace relación la Crónica del Rey Don Pedro, que no habiendo causa para ello lo mandó matar a él y a Gonzalo Fernández de Córdoba su hermano, y a Martín Alonso de Montemayor su primo, por una cédula que envió firmada de su nombre a Don Martín López de Córdoba, Maestre de Santiago. Y habiendo el Maestre recibido la cédula, convidó a comer a los tres caballeros ya dichos, y después de comer mostróles la cédula del rey y díjoles que aunque el Rey le mandaba cortar las cabezas él no lo había de ejecutar, por ser natural de esta ciudad y hechura de los de su linaje, y así los dejó libres, pidiéndoles que tuviesen aquel negocio secreto, aunque como no se ejecutó el mandato del Rey, lo supo luego, y mandó a un fraile que se llamaba Pedro Girón, que tenía por el Maestre el castillo y Peña de Martos, que fuese a Córdoba, donde estaba el Maestre, procurase ocasión para lo prender y matar; el cual fue y anduvo con el Maestre, hasta que se fueron ambos y Martos y entrando el Maestre en el castillo con poca gente el Pedro Girón lo prendió, y vista su prisión envió a priesa al Rey Moro de Granada para que pidiese al Rey Don Pedro su libertad y le soltase, y así el Rey lo hizo y mandó soltar por el mucho respeto que tenía al Rey Moro de Granada, por la necesidad que de él tenía para las competencias que traía con el Rey Don Enrique su hermano. Y sabiendo el Rey Don Pedro, que los tres caballeros se habían hecho fuertes en Córdoba por excusarse de la crueldad que con ellos quería el Rey usar, el cual se fue para el Rey

Moro de Granada y le pidió gente para cercar a Córdoba y haber a sus manos a los tres caballeros. Y así vino el Rey moro de Granada con ochenta mil peones, y seis mil de a caballo, de más otros seis mil peones que tenía el Rey Don Pedro y mil quinientos seis de a caballo, con todos los cuales cercó a la ciudad de Córdoba y tales y tan recios fueron los combates, que luego tomó la Carrahola, y hizo seis portillos en el Alcázar Viejo, por donde se dice que los moros entraron a las calles de la dicha ciudad de Córdoba, en cuya sazón dice la Crónica, que salieron las matronas cordobesas llorando y mesándose sus cabellos, haciendo gran llanto, y diciendo a los caballeros que defendían la ciudad que peleasen con valor y esfuerzo, y no permitiesen que sus mujeres y hijos viniesen a poder de los enemigos de la Santa Fe Católica y suyos, con las cuales palabras los Cristianos tomaron tanto ánimo y pelearon con tanto esfuerzo y valor, que echaron al os moros fuera de la ciudad, en cuya salida los Cristianos hicieron tanto estrago que, matando y hiriendo los echaron fuera, y del contento, gozo y alegría del vencimiento, la noche siguiente, se dice, casi la gastaron en bailes, danzas y muchos juegos, y otro día siguiente volvieron los moros al combate, en el cual hallaron a los de la ciudad tan grande defensa que no hicieron efecto ninguno; la noche siguiente, con silencio, alzaron el cerco y se fueron por la madrugada, camino de Jaén, la cual y a todo lo que de camino hallaron lo destruyeron y saquearon, matando gran número de gente Cristiana, y pasaron a Granada, por lo cual el Cabildo de la Santa Iglesia de Córdoba hizo donación a Diego Fernández de Córdoba una capilla, refiriéndole muchas gracias por las hazañas y valerosos hechos que en la defensa de la ciudad había hecho, llamándole en ella Libertador de la Patria y defensor de ella y de la Santa Fe Católica, de buen cristiano, y haber librado a la ciudad de Córdoba de la sucesión y servidumbre de los moros sus enemigos, con esfuerzo y hechos de gran valor, y otras palabras semejantes, como aquel famoso hecho lo merecía y a tan gran caballero se debía. Este caballero como queda referido **alcaide de los donceles, y alguacil mayor de Córdoba, casó con Doña Inés Martínez de Pontevedra, hija de Martín Yáñez de Pontevedra,** caballero muy principal, privado del Rey Don Pedro, señor de Chillón, aunque después hizo con él lo que con los demás, que lo mandó matar. Y pasó así, como en su Crónica se refiere, que el Rey mandó a Martín Yáñez, que el tesoro que tenía suyo en Sevilla, se lo llevase a Galicia en unas galeras que allí tenía, el cual cumpliéndolo metió en ellas todas las joyas de la recámara del Rey y 36 quintales de oro, que era el tesoro, y caminó con las galeras, como el Rey se lo había mandado. Lo cual, sabido por el Rey Don Enrique, envió tras él a Micer Gildo de Bocanegra, su almirante, y lo alcanzó y tomó las galeras, y a Mar-

tín Yáñez con el tesoro, por la mucha gente que llevaba todo lo trujo ante el Rey Don Enrique, de lo cual él tomó la mayor parte y lo demás repartió entre muchos caballeros que en su servicio andaban, y a Martín Yáñez le mandó que se quedase en su compañía, donde estuvo, hasta que pasaron algunos días fue a Galicia, donde el Rey Don Pedro supo que estaba, y lo envió a prender, y fue preso y traido ante el Rey, el cual, sin oirle defensa ninguna lo mandó matar. Con esta señora, Doña Inés Martínez, hubo en casamiento Diego Fernández de Córdoba, la villa de Chillón, que la heredaron del dicho Martín Yáñez su suegro y padre, como queda referido.

Hubo más el dicho Fernán Alfonso de Córdoba, otro hijo, que se llamó Martín Fernández de Córdoba, que casó con Doña Beatriz Fernández de Cárcamo, hija de Fernán Iñíguez de Cárcamo, señor de Aguilarejo, las Alcantarillas y Madroñiz, del cual matrimonio nació Juan Fernández de Cárcamo, que casó con Doña María Carrillo.

Tuvo el dicho Fernán Alfonso de Córdoba otro hijo que se llamó Ruy Fernández de Córdoba, que fue Veinticuatro de Córdoba, el cual casó con Mayor Martín de Argote, en la cual tuvo por hijo a Alfonso Fernández de Córdoba, que también fue Veinticuatro de ella, el cual casó con Teresa Alvarez Gaitán, hija de Alvarez Gaitán, Caballero principal de Toledo, de cuyo matrimonio nació Fernán Alfonso de Córdoba, el cual mató a los Comendadores, como luego se dirá. Este Fernán Alfonso, casó primera vez con Doña Beatriz de Hinestrosa, con la cual halló a Jorge y Fernando, hermanos Comendadores de la Orden de Calatrava, y la noche que los halló, los mató, y a ella y a otras personas de la casa sabedores del delito. Después casó segunda vez con una señora que sellamó Doña Costanza de Baeza y de Haro, hija de Ruiz de Baeza, un caballero principal de ella y de Doña Urraca de Sandoval su mujer, de cuyo matrimonio tuvieron por hijos a Antonio de Córdoba, señor de la villa de Belmonte, que fue capitán de hombres de armas de los Reyes Católicos. El cual tuvo por hijo, en Doña Aldonza de la Tomilla, a Fernán Alfonso de Córdoba, Veinticuatro de ella, caballero muy valeroso, que en su tiempo pudo mucho en la dicha ciudad y fue muy estimado en ella y casó con Doña Inés de Herrera, hija de Luis de Herrera, señor de Pedraza, de cuyo matrimonio nació Don Antonio Fernández de Córdoba, sucesor en su Casa y mayorazgo, que casó con Doña María de Figueroa, hija de Don Gómez de Figueroa, cuyo hijo es Don Gómez Fernández de Córdoba, alférez mayor del pendón Real de la ciudad de Córdoba, que lo tiene con muchas preminencias. El cual es casado con Doña Isabel de Córdoba, hija de Don Diego de Córdoba. De cuyo matrimonio tuvieron por hijo a Don Antonio de Córdoba, caballero de mucha virtud.

Porque esta descendencia de Ruy Fernández de Córdoba toca a Don Lope de Angulo, que tan de casa de V.ª S.ª es, la pongo aquí hasta llegar a él, donde V.ª S.ª verá cómo está claramente descendiente de su casa, y es así, que el dicho Ruy Fernández de Córdoba, como queda dicho, tuvo por hijo a Alfonso Fernández de Córdoba, y además de Fernando, Veinticuatro, tuvo una hija, que hubo del segundo matrimonio, en que casó con Beatriz Fernández de Cabrera, hija de Fernando Díaz Cabrera y Mayor Venegas, su mujer, y así se llamó hija de Alonso Fernández de Córdoba Mayor Venegas, la cual casó con Juan de Verrio, señor de la villa de Carcabuey, Veinticuatro y Alcalde mayor de Córdoba, hijo de Juan de Verrio y de Catalina Muñoz de Godoy, y nieta del Maestre Don Pedro Muñiz de Godoy, que tuvo en tiempo del Rey Don Enrique los maestrazgos de Santiago y Calatrava, de cuyo matrimonio tuvieron por hijo a Luis de Verrio, que casó con Doña María de Gahete y tuvieron por hija a Doña Mencía Berrio, la cual casó con Lope de Angulo, hijo de Pedro de Angulo, Comendador y trinchante del Rey Don Fernando el Católico. Los cuales tuvieron por hijo a Pedro de Angulo, Veinticuatro que fue de Córdoba, y este caballero casó con Doña María de Angulo, del cual matrimonio nació Don Lope de Angulo, caballero del hábito de Santiago y Veinticuatro de Córdoba, casó con Doña María del Corral, de cuyo matrimonio nació don Pedro de Angulo, su hijo único, sucesor en su Casa y Mayorazgo de la Morena, que tiene una torre, y Jurisdicción en lugar de Carcabuey, que dicen haberlo quitado a Juan de Verrio, en tiempo de las alteraciones de esta tierra, Don Alfonso de Aguilar, porque seguía la parcialidad del Conde de Cabra, y en un reencuentro que hubo la gente del uno y del otro en Aguilarejo, a la parte que dicen los Turuñuelos, un hijo del dicho Juan de Verrio, que también dicen que se llamaba Juan de Verrio, mató uno por uno a Luis de Pernia, alcaide de Osuna, que era de la valía de Don Alfonso de Aguilar, de lanzadas que le dió, peleando ambos en el campo, por cuya causa el Don Alonso procuró haber en su poder a Francisco de Verrio, por ser valiente caballero, y le pidió se quedase en su compañía, por ser para aquel tiempo de provecho, el cual no queriéndolo hacer, Don Alonso de Aguilar le quiso cortar la cabeza, y lo hiciera si le fueran a la mano los deudores de Juan de Verrio, que eran de su valía de Don Alonso de Córdoba.

De este Alonso Fernández de Córdoba desciende también otro hijo que se llamó Ruy Fernández de Córdoba, que fue Alcaide de Antequera. Casó con Teresa Suárez de Figueroa y de estos fue hijo Fernán Alfonso de Figueroa, que casó con Doña María de Argote, cuyo hijo fue Bernardino de Figueroa, el cual casó con Doña María de Guzmán, padres de Don

Gómez de Figueroa y él casó con Doña Lucrecia Mejías, hija de Alonso Mejías, del hábito de Santiago, siendo el Corregidor de Ecija, donde a la sazón estaba el Don Gómez de Figueroa. Y de este matrimonio hubieron a Don Luis de Figueroa, caballero del hábito de Santiago y Veinticuatro de Córdoba, casado con Doña María de Argote, hija de Don Diego de Argote. Otros caballeros hay en esta ciudad de Córdoba de esta descendencia, que por ser muchos dejo de referir. Si a V.ª S.ª le diere gusto saberlo, yo lo diré. Y volvamos a Diego Fernández de Córdoba, hermano mayor de la familia referida Sotomayor como está dicho

Es así que este caballero Diego Fernández de Córdoba, segundo Alcaide de los Donceles y señor de Chillón, de quien queda hecha relación, tuvo por hijo mayor a Martín Fernández de Córdoba, tercero Alcaide de los Donceles y señor de Chillón, el cual fue gran caballero y de gran valor. Casó con María Alfonso de Argote, hija de Juan Martínez de Argote, por cuyo casamiento vino a ser señor de las villas de Espejo y Lucena, que eran de la dicha María de Alfonso de Argote, y para casarse tuvieron necesidad de dispensación, que eran parientes en tercero grado, y la trujeron, en la cual se hace relación el parentesco y que por ser caballero tan principal, valiente y esforzado, de muchos deudos y parientes, y que él, mejor que otro ninguno, sería bastante a defender de los moros los dichos lugares y castillos de Espejo y Lucena convenía casar con la dicha María Alfonso. Toda esta relación y más hace la dicha dispensación y según escrituras y provisiones antiguas que yo he visto del Rey Don Enrique el bastardo, hermano del Rey Don Pedro, la villa de Lucena vino a ser de esta señora, en esta manera, según el arzobispo Don Rodrigo dice en su Crónica que Córdoba se ganó, la dio el Rey Don Fernando el Santo en dote y donación al obispo y Iglesia de esta ciudad, y teniéndola en su poder, era tan perseguida de los moros, que en tiempo del Rey Don Alonso Onceno la desampararon, y el Rey mandó a Fernán Alonso de Argote, Alcaide mayor que era de Córdoba, con la gente del Rey, la defendiesen, y así lo hicieron muchos días, hasta que la dio a Doña Leonor de Guzmán, y por ella la tenía el dicho Fernán Alfonso, después de ella muerta, y aún antes, en tiempo del Rey Don Pedro, que se la tomó, y la tuvo hasta que lo mató el Rey Don Enrique, en el cual medio tiempo el Don Pedro la había dado al Consejo de Córdoba. Muerto él, Don Enrique la dio a Fernán Alonso de Argote, en propiedad, de lo cual se agravió el Consejo de Córdoba, y porque se apartasen de su querella, dio a la ciudad el Rey Don Enrique a Almodóvar del Río, como consta y parece por provisiones que sobre ello hay y yo he visto. Y de esta manera sucedió María Alonso de Argote en esta villa. De este matrimonio de Martín Fernández de Córdo-

ba y María Alonso de Argote, nació Don Diego Fernández de Córdoba, cuarto alcaide de los Donceles, señor de las villas de Chillón, Espejo y Lucena, que a la cuenta del tiempo en que vivió, fue en el Rey Don Juan el Primero y del Rey Don Enrique el Doliente, que vivieron poco, y estuvieron en el Reino, aunque no sosegados, porque Don Juan el Primero en las guerra con Portugal fue desgraciado. El sucesor Don Enrique el tercero, el Doliente, que con sus enfermedades no pudo emprender cosa notable, y al tiempo que quiso comenzar, lo atajó la muerte, dejando a su hijo Don Juan el segundo en la tutoria de edad de veinte meses, en poder de su madre la reina Doña Catalina la inglesa y el Infante Don Fernando, hermano del Rey, de quien adelante se dirá en su lugar propio.

Martín Fernández de Córdoba, de quien queda hecha relación, enviudó por muerte de la dicha María Alfonso de Argote, y casó segunda vez con Doña Beatriz de Solier, hija de Mosen Arnao de Solier, Señor de Villalpando, en la cual tuvo por hijos a Don Pedro de Solier, que fue Obispo de esta ciudad de Córdoba, y a Don Jorge, y a Don Fernando de Córdoba, los Comendadores de Calatrava, de cuya muerte dejamos hecha relación arriba, y con estos hijos tuvo una hija que se llamó Doña María de Solier, como adelante se dirá. Diego Fernández de Córdoba, hijo mayor de Martín Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y señor de las dichas villas de Chillón, Espejo y Lucena, casó con Doña Catalina de Sotomayor, hija de García Méndez de Sotomayor, y Señor del Carpio y Morente, de cuyo matrimonio tuvo hijos descendientes, como iremos diciendo, acabados los de Don Diego de Córdoba, su padre

El Obispo Don Pedro de Solier, tuvo un hijo que se llamó Don Alonso de Solier y de Córdoba, que fué padre de Don Juan de Córdoba, el cual casó con Doña Elvira de los Ríos, hija de Pedro de los Ríos el Gobernador, y de este matrimonio nació Don Alonso de Córdoba, que casó con Doña Beatriz Carrillo, todos señores de Zuheros, padres de Don Alonso de Córdoba, que tuvo por hija a Doña Elvira de Córdoba, señora de Zuheros que casó con Don Luis Ponce de León, Caballero del Hábito de Santiago, de esta ciudad de Córdoba, hijo de Andrés Ponce de León, que fué Veinticuatro de ella.

Doña María de Solier casó con Don Luis Méndez de Sotomayor, señor del Carpio y Morente, de quien descienden los señores de aquellas villas, Marqueses del Carpio. Otra hermana que tuvo Doña Inés de Solier, casó con el señor de Luque, de quien descienden los señores de ella.

Don Diego Fernández de Córdoba, de quien queda dicho, hijo mayor del dicho Martín Fernández de Córdoba, de su casamiento con Doña Catalina de Sotomyor tuvo por sus hijos, a Martín Fernández de Córdoba,

que sucedió en su Casa y mayorazgo, villas y castillos dichos y alcaides de los donceles, fue gran caballero, valiente y esforzado, siempre se ocupó en negocios y cosas de guerra, caballero, y así fue, por tal, estimado entre todos los de la corte del Rey Don Juan el Segundo, especialmente por la reina Doña Catalina y el Infante Don Fernando, en el tiempo de las tutorias, que fue cuando el Infante determinó de hacer guerra a los moros de la Frontera del Andalucía, y primero se mostró tener las calidades referidas en el socorro que hizo a Albendín en esta manera: que teniendo el Rey Moro de Granada, con gran cantidad de moros, cercado a Alcaudete, estando en el cerco, envió muchos de los moros, con muchas recuas de acemilas, por trigo, a Albendín, en cuya guarda iba mucha gente de a caballo, y habiendo llegado allí los moros, y hecho cargar y comenzado a cargar, llegó el dicho Martín Fernández de Córdoba, y el obispo Don Pedro de Solier, su hermano, con sus gentes, y dieron tal carga en los moros, que les hicieron dejar las cargas de trigo y otros mantenimientos, y les quitaron las acémilas, y a ellos los hicieron ir huyendo, en cuyo seguimiento mataron e hirieron muchos, y de ellos llegaron pocos a dar las nuevas al Rey. Después de lo cual salió de Córdoba acompañando al Infante Don Fernando en la toma de Antequera, donde se dice que fue gran caballero y en especial de esta Andalucía, por ir el Infante por su persona a la guerra, a quien todo el Reino, de todas suertes, era muy aficionado, por su gran virtud, y salieron aunque con gran trabajo, con la empresa y tomaron a la ciudad de Antequera. Así mismo, la Reina y el Infante pusieron los ojos en la persona de Martín Fernández de Córdoba, por su mucha prudencia y discreción, para enviarlo por embajador del Rey Don Juan el Segundo a Constancia, donde se juntó Concilio, para el cual ministerio oficio estaba primero elegido el Infante Don Enrique, Maestre de Santiago, hijo del mismo Infante Don Fernando, el cual parece que no fue, en su lugar, fué Martín Fernández de Córdoba, con demostración de gran caballero, como lo era, llevando en su compañía muchos y principales criados y letrados famosos, y en su compañía a Don Diego de Anaya Maldonado, arzobispo de Sevilla, y supo también componer Martín Fernández de Córdoba las cosas del Concilio, que eran graves, porque fue para deshacer el Cisma que había de tres pontífices, que pretendían el sumo pontificado cada uno, con canónica elección, y al fin se vino todo a concordar, y elegir papa canónicamente,no embargante que el Benedicto, que fue el dicho trece, no después de grandes persuadiciones, que los Reyes de Castilla y Aragón le hicieron, y quitándole obediencia, no quiso renunciar, y murió solo y miserable en Peñíscola, un lugar de Aragón, y acabada la jornada se volvió a España donde fue muy bien recibido de la reina y del

Infante y del Rey Don Juan el Segundo, que ya era muy buen mozo, casaron con la reina Doña María su primera mujer, y luego que al Rey le nació una hija por el año de 422, que fue la primera que tuvo de la Reina Doña María su mujer, mandó que fuesen sus compadres y la sacasen de pila Martín Fernández de Córdoba y Don Luis de Guzmán. Maestre de Calatrava, a la cual pusieron el nombre de su abuela Doña Catalina "la Inglesa". Luego de a pocos días mandó el Rey a los mismos caballeros, que desde Illescas, donde había nacido la Infanta, la llevasen a Toledo, donde se juntaron Cortes, y fue jurada por heredera en defecto de varón, y después de los días del Rey, lo cual todo se puso por obra y cumplieron estos dos caballeros como el Rey lo mandó, según queda dicho y declarado.

En este tiempo estaba Lucena muy perseguida y corrida de los moros por estar tan en frontera, lo cual sabido por el Rey don Juan y como los moradores de ella recibían notables agravios de los moros, por el mucho amor que tenían a la casa de Martín Fernández de Córdoba, mandó que los caballeros de contia de la ciudad fuesen por su rueda a residir y defender el castillo y villa de Lucena, como lo hicieron muchos años

Hubo más otro hijo el dicho Don Diego Fernández de Córdoba, de quien queda hecha relación, que se llamó Gonzálo Fernández de Córdoba, que casó con Doña Beatriz de Angulo, hija de Alonso Martín de Angulo, padre también de Angulo, que fue Obispo de Córdoba, y Doña Aldonza López de Montemayor, su mujer, de cuyo matrimonio nació Luis de Angulo, que casó con Doña Mayor de las Infantas, hija de Alonso Ruiz de las Infantas. Tuvieron por hijo a Gonzalo Fernández de Córdoba, que fue Veinticuatro de esta misma ciudad, el cual casó con Doña Ana de Guzmán y tuvieron por su hijo a Luis de Angulo, que fue Veinticuatro de Córdoba, que casó con Doña Inés de Argote, del cual matrimonio nació Don Diego Fernández de Córdoba, caballero del hábito de Santiago y Veinticuatro de Córdoba, el cual tuvo por hijo a Don Luis Fernández de Córdoba, de la cual descendencia hay otros caballeros en esta ciudad, entre los cuales fué otro que se llamó Alonso Fernández de Argote, Veinticuatro que fue de Córdoba, padre de don Juan de Argote, colegial en el colegio de San Bartolomé de Salamanca.

Tuvo más Don Diego Fernández de Córdoba una hija, que se llamó Doña Isabel Méndez de Sotomayor, la cual casó con Antonio de Benavides, señor de las Estrellas y su torre, junto a las Posadas, de cuyo matrimonio nació Garci Fernández de Córdoba, que en sus días las vendió todas y murió sin dejar hijos. Tuvo otra hija que llamó Doña Beatriz de Córdoba, la cual casó con Fernán Alfonso de Montemayor, señor de los castillos

de Albendín y Montalbán y torre Don Lucas, cuyos descendientes son unos caballeros de Ecija de este apellido de Montemayor, aunque no retienen ninguno de los castillos, están allí ricos con hacienda que han habido por casamiento.

Martín Fernández de Córdoba, hijo mayor de Don Diego Fernández de Córdoba, de quien queda hecha relación, casó con Doña Leonor de Arellano, hija de Pedro Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, y Doña Elvira de Herrera su mujer, hija del señor de Pedraza, del cual matrimonio nació Don Diego Fernández de Córdoba, Alcalde de los Donceles y señorde las dichas villas, y alcalde mayor de Córdoba, que fué primero Marqués de Comares, caballero de gran corazón, de maravillosos y notables hechos, en paz y en guerra. Tuvo más, otro hijo que se llamó Pedro Fernández de Córdoba, doncel al cual por toda la caballería de Córdoba donde vivió, tuvo mucho respeto, por ser hombre de grande autoridad, caballero del hábito de Santiago, encomendado en ella, padre de Don Diego Fernández de Córdoba, doncel del hábito de Santiago, que vivió en Jaén, donde queda su posteridad y descendencia, y allí viven.

Don Diego Fernández de Córdoba, de quien vamos hablando, primero Marqués de Comares, fue el que con gran valor y ánimo, prendió al Rey Moro de Granada que llamaron "el chiquito", Muley Baudalin, a legua y media de Lucena, en el arroyo Martín, que viniendo por aquella tierra, con gran multitud de moros, en orden de guerra, y tanto que, para cada cristiano, había diez moros, donde el Marqués y Alcaide de los Donceles, salió con su gente, y en su socorro, vino el Conde de Cabra con la suya; los cuales desbarataron a los moros, que luego se pusieron en huida y dejaron a su Rey, que con pocos de ellos se quedó en el dicho arroyo, donde fue preso por el Alcaide de los Donceles y su gente y traido a Lucena donde fue desarmado, y bien se entiende haber sido así pues sus armas están hoy en la casa de San Jerónimo de Valparaiso, de la sierra de Córdoba, donde se muestran a los que las quieren ver, y también los estandartes que en el desbarato se tomaron a los moros, están en la capilla mayor, que el dicho Don Diego Fernández de Córdoba erigió para sepultura suya, y aunque hay quien dice que el Conde de Cabra lo prendió y llevó a Baena, la verdad es la que está dicho, y así lo quiere Garibay, donde de este hecho trata y tradiciones antiguas de esta ciudad de Córdoba, de personas que lo oyeron así a sus padres y abuelos que se hallaron presentes en aquel reencuentro, y cosa semejante a verdad, pues no había de ir el Alcaide de los Donceles a quitarle al Rey las armas a Baena, aunque verdad es que el Conde de Cabra entró con el Alcaide y el Rey moro en Córdoba, trayéndolo en medio, por mandado del Rey Don Fernando, a Córdoba, donde

el Rey le dio después libertad sin interés ninguno, y demás de lo dicho, haber preso el Alcaide de los Donceles al moro, lo funda otra razón que es la letra que el Alcaide puso en el escudo que los Reyes dieron por armas a ambos a dos, donde dice: "haec omnia operatur unus", y la respuesta del Conde "side ipso factum est nihil", entendido con lo cual concluye haber sido él el que obró la hazaña y maravilloso hecho. Afirmase haber perdido los moros nuevecientas acémilas y quinientos caballos y muertos gran número de moros y los que de allí escaparon huyendo, fueron a dar donde estaba Don Alonso de Aguilar, que a la sazón había salido donde estaba en Antequera, a buscar la gente de los moros, que había tenido nueva de su salida y como a la vuelta iban sin orden, mató y hirió muchos, tantos que fueron pocos los que a Granada pudieron llevar la nueva.

Eeste valiente y esforzado caballero le encomendó el Rey Don Fernando el Católico una gruesa armada que juntó por mar y le dio título de **Capitán General** contra los moros de Africa, el cual saliendo con ella, que fue **el primero que con este nombre navegó contra Africa** y la comenzó a conquistar en el año décimo, ganó de los moros enemigos de nuestra Santa Fe Católica el fuerte puerto de Mazarquivir, desde donde salió en campo y tuvo muchos reencuentros con el Rey de Tremecén, de tal manera que a los moros les puso horror y espanto, venciéndolos todas las veces que le aguardaron, sin muchas que en viéndolo huían. Mató y prendió muchos de ellos, y hizo grandes estragos, de que grandemente estaban atemorizados, y después, habiendo ganado Don Fray Francisco de Cisneros, arzobispo de Toledo, la ciudad de Orán, donde fue por su persona, el Rey se lo dio con el mismo título de Capitán General, el cual lo tuvo en propiedad todos los días que vivió, aunque no residió allí por su persona, pero dejó por su teniente a Martín de Argote, caballero principal de Córdoba y deudo suyo.

En este tiempo, habiendo conquistado el Reino de Navarra y quitándole al Rey de ella, el Duque de Alba, por mandado del Rey Don Fernando el Católico y habiendo quedado por Vissorrey de ella, después de acabado, nombró el Rey Don Fernando al Marqués y Alcaide de los Donceles por visorrey de Navarra, el cual, dejando en Orán a Martín de Argote como está dicho, fue a servir en aquella tan gran plaza, lo cual defendió y con mucho valor gobernó, como todo lo que tomó a su cargo.

Antes de esto había servido mucho a los Reyes Católicos en la guerra del Reino de Granada, especialmente en la toma y conquista de Vélez-Málaga, y después de Málaga, y fue así que saliendo el Rey Don Fernando de Córdoba, le encargó particularmente a él y mandó a los mariscales que

llevaban cargo de aposentar los reales, ningún sitio ni lugar señalasen, sin parecer y orden del Alcaide de los Donceles, y le diesen particular cuenta de ello y de los caminos por donde hubiesen de caminar, en lo cual puso tanta diligencia y cuidado que, en todo el camino, aunque había malos pasos para pasar el artillería, los reparó y mandó aderezar y poner todo de manera que ningún inconveniente tuvo el Real en todo el camino.

Habiendo llegado a Vélez-Málaga y asentado el Rey sobre ella y queriendo el Rey Don Fernando ir a visitar el Real, como lo hizo acompañado del Alcaide de los Donceles y otros caballeros, dice que los cristianos tomaron un oteruelo o cerrillo, de donde los moros, dentro de la ciudad, recibieron daño de los cristianos. Y no pudiéndolo sufrir los moros, salieron a echar a los cristianos del oteruelo, y llegando el Rey por aquella parte, los cristianos, apretados de los moros, comenzaban a dejar el sitio, lo cual visto por el Rey y Alcaide de los Donceles y los demás que con él iban, socorrieron la gente, con cuyo socorro cobró tanto ánimo que dieron en los moros con tanta fiereza que los hicieron huir y meter en la ciudad, con mucha pérdida suya de muertos y heridos, y el otro quedó por los cristianos como antes estaba, y a la sazón el Rey no llevaba más armas, coraza y espada, por lo cual le fue suplicado no aventurase su persona real de aquella manera.

Después de lo cual, en la toma de Málaga, que fue la más dificultosa de tomar del reino, se halló en el cerco de ella el Alcaide de los Donceles, con los Reyes Católicos, que viendo la Reina su pertinacia porque no se alzase el cerco hasta tomarla, fue por su persona a ayudar en él, y fue tanta la indignación que contra aquellos moros tomaron los Reyes, que cuando se quisieron dar a partido no los quisieron recibir, ni otorgarles privilegio alguno, antes casi los más de ellos fueron muertos, presos o cautivos, en el cual cerco y toma de Málaga uno de los que más trabajaron y pelearon con los moros fueron el Alcaide de los Donceles, Don Diego Fernández de Córdoba, de eterna memoria, Marqués de Comares, que en el tiempo del levantamiento de los moros del Reino de Granada, el año 4, recién ganada la tierra, le fue encomendado el allanamiento de Belefique y Lanjarón, que fue lo más peligroso. Ello allanó y redujo a buen punto con su mucha industria y fortaleza de ánimo. Este gran caballero, de quien queda hecha relación, Don Diego Fernández de Córdoba, fue casado con Doña Juana Pacheco, hija del Maestre Don Juan Pacheco, de cuyo matrimonio nació Don Luis Fernández de Córdoba, segundo Marqués de Comares, señor de Chillón, Espejo y Lucena, el cual asi mismo tuvo lo de Orán, como lo tuvo su padre, donde gastó grandes sumas y contías de maravedís en sustentar aquello en servicio del Rey, haciendo muchos estragos en los

moros con maravilloso ánimo y valor. Tuvo más, Don Diego Fernández de Córdoba, de quien queda dicho, de este matrimonio, una hija que se llamó Doña Leonor de Arellano, la cual casó con Don Martín de Córdoba y de Velasco, Conde de Alcaudete, señor de Montemayor, valiente y esforzado caballero, el cual asi mismo fue Capitán General de Orán, donde hizo muchas entradas en la tierra de los moros y saqueó muchos lugares. Tuvo por hijos a Don Alonso de Córdoba, que le sucedió en el estado, y a Don Francisco de Córdoba, Comendador de las casas de Calatrava.

Don Luis Fernández de Córdoba, segundo Marqués de Comares, de quien comenzamos a decir, casó con Doña Francisca Fernández de Córdoba y de la Cerda, hija del Conde de Cabra, y señor de Baena, y porque es este el lugar para a donde dejé el decir como la Casa Real de España desciende de la de Córdoba, lo que pasa es, que Diego Fernández de Córdoba, señor primero de Baena, fue casado con Doña Inés de Ayala, señora de Pinto y Casarrubios, de cuyo matrimonio tuvieron por hija a Doña Juana de Córdoba, la cual casó con Don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, y de este matrimonio tuvieron por hija a Doña Juana Enríquez, que casó con el Rey Don Juan de Navarra y después fue Rey de Aragón, padre del Rey Don Fernando el Católico, quinto de este nombre en Castilla, que casó con la Reina Doña Isabel propietaria de estos Reinos, madre de la Reina Doña Juana y abuela del Emperador Don Carlos, y bisabuela del Rey Don Felipe, que hoy reina. De este caballero, Diego Fernández de Córdoba de quien arriba queda dicho, entre muchas propiedades que de él dicen buenas, se dice una y es que, en más de ochenta años que vivió, que fueron largos sus días, en todos ellos no dijo a persona palabra que le pesase.

Don Luis Fernández de Córdoba segundo Marqués de Comares, de quien habemos hecho relación y Doña Francisca Fernández de Córdoba y de la Cerda, con quien fue casado, tuvieron por hijos a Don Diego Fernández de Córdoba, Duque de Segorve y Cardona y Marqués dè Comares, que hoy vive y viva muchos años y prósperos a V.ª S.ª, el cual felicísimamente casó con Doña Juana de Aragón, hija del Duque Don Alonso de Aragón, Duque de Segorve y de Doña Juana de Cardona, Duquesa de Cardona, hija mayor del Duque Don Fernando de Cardona, que sucedió en su casa y mayorazgo, que casó con el Duque Don Alonso, que fue hijo del Infante Don Enrique, que por otro nombre se llamó "Fortuna" y Doña Guiomar de Castro, hija del Conde de Faro, hermano del Duque de Braganza y prima hermana de la Reina Doña Isabel, que ella la casó con el Infante.

Llamáronle Fortuna por los varios casos y sucesos que en sus días tuvo, en esta manera, que el Rey Don Enrique el IV lo quiso casar con Doña Juana, la cual llamaron la Beltraneja, y para este efecto lo trajo a Getafe, dos leguas de Madrid, donde tuvo concertado de meterlo con pompa real en él, y así lo tenía determinado de hacer para su sucesor...

(Faltaba en el original una hoja).

NOTA. — En el libro 269 de la Comisión Provincial de Monumentos de Córdoba, Manuscrito de Joseph Vázquez Venegas, entre los folios 162 rt.º y 195 vt.º, existe copia de **"Ynstrumentos y Notizias de los Señores de la Casa de Córdova, conthenidas en la Historia Genealógica de esta familia compuesta por Dn. Gabriel Carrillo de Sotomayor, quien compendió y añadió la de el Abad de Rute, D. Franco. de Córdova"**, que no lo incluimos, por ser en su mayoría una repetición de la obra primordial, por lo tanto damos por finalizado cuanto a la **Casa de Córdoba** se **refiere.**

SUMARIO

		Páginas
I.	Retrato de Don Juan Valera y Alcala Galiano ...	3
II.	Cartas familiares de Juan Valera, por Mr. Cyrus Decoster	5
III.	Genealogia de los Valeras. Estudio sobre la genealogía cordobesa de Eamon de Valera, Jefe de Estado de Irlanda, por Don Gregorio Sánchez Mohedano	27
IV.	En el centenario de la novela de Pepita Jimenez, por Don José Valverde Madrid	35
V.	Tres cartas ineditas de Don Juan Valera, por Don Rafael Gracia Boix	41
VI.	Vidas paralelas, por Juan Gómez Crespo	49
VII.	Miscelaneas valerianas	
	a). *Juicios críticos en el 150 aniversario del nacimiento de Don Juan Valera, por Paco Carmona*	57
	b). *Contribución a una moderna bibliografía de Valera*, por Don Antonio Moreno Hurtado	61
	c). *El sepulcro de Pepita Jiménez*, por Doña Matilde Galera de Reina	64
	d). Conferencia de Doña Matilde Galera sobre el tema: "*Don Juan Valera y su Obra*"	68
	e). En la Real Academia de Córdoba. *Sesión conmemorativa de la obra "Pepita Jiménez"*	73
	f). *La agricultura y Valera*, por Don Bernardo V. Carande	76
	g). *El talante filosófico de Valera*, por Don Angel Rodríguez Bachiller	78
	h). *Sesenta aniversario de la muerte de Don Juan Valera*, por P. C.	80
	i). *Don Juan Valera torna a su tierra*, por Don Juan Infante Galán	94
	j). *Don Juan Valera, en la feria de abril de 1851*, por Don J. Valera	95
	k). *Del testamento de Don Juan Valera*, por Don Julián García	97
	l). *Testamento de la viuda de Valera*, por Don Julián García García	99
	m). *Valera orientalista*, por Don Rafael Castejón	101
VIII.	Cronica academica	103
IX.	Historia de la Casa de Priego, de autor anónimo, páginas separatas desde 9 a 42.	

El Director responsable de esta publicación es el de la Academia, asesorado por el Consejo de Redacción, formado por la Junta Rectora de la misma.

Este Boletín sólo refleja actividades de la propia Academia, no tiene publicidad comercial y su presupuesto se cubre con subvenciones oficiales del Estado, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Diputación Provincial y Ayuntamiento de Córdoba.

Domicilio de la Academia:
Pedro López, 7. Córdoba - España

SUMARIO

Páginas

REAL ACADEMIA DE CORDOBA
RENASCENTUR QUAE IAM CECIDERE
SENECA